
VALERIE NASH
Donde arde el
DESEO
COWBOYS DE COLORADO 3

Índice

Donde arde el deseo
Sinopsis
Créditos
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33

Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Epílogo
Nota de la autora
Mis otras novelas

Donde arde el deseo

Serie Cowboys de Colorado, 4

VALERIE NASH

Sinopsis

Donde arde el deseo

Un romance pasional de enemies to lovers con proximidad forzada entre un rudo cowboy y una chica de ciudad

Una guerra de miradas, un rancho en juego y un amor que quema más que el sol del verano.

Susan Collins juró que nunca volvería a pisar Deep Valley. Pero cuando la muerte de su abuela la obliga a **regresar al rancho familiar en el corazón de Colorado**, descubre que su pasado no ha terminado con ella… y que el destino tiene un perverso sentido del humor.

Ahora **debe compartir la herencia —y el mismo techo— con James Miller**, el hombre que la rechazó sin piedad una década atrás. Él es todo lo que Susan odia: **arrogante, mandón y demasiado atractivo para su propio bien**. Pero el calor abrasador del verano de Colorado no es nada comparado con la tensión que estalla entre ellos cada vez que se cruzan por la casa… o por los establos.

Una convivencia forzada.

Un rancho que arde en cada esquina.

Y un deseo que amenaza con destruir todo lo que creían controlar.

En Red Valley no hay espacio para mentiras, ni para huir de lo que se siente de verdad.

Porque **cuando el deseo arde, no hay nadie que salga ileso**.

¿Estás preparada para enamorarte de un cowboy que te hará perder el norte… y la ropa?

© Valerie Nash, 2025.
Impreso por Amazon.
Todos los derechos reservados.

Prólogo

Susan

Nunca estamos preparados para que la vida nos dé una bofetada y, mucho menos, si, como yo, estás en una cafetería elegante de Manhattan, con el portátil abierto y la cabeza llena de ideas sobre mármol blanco, paneles de roble oscuro y telas de terciopelo para el proyecto que tienes entre manos. Mi cliente quiere algo que transmita lujo sin resultar frío, y yo estoy ahí, completamente absorta, ajustando detalles en el diseño de su súper ático en el Upper East Side.

De pronto, mi móvil vibra sobre la mesa y el nombre de mi tía abuela Betty parpadea en la pantalla. El estómago me da un vuelco. No solemos hablar mucho, y cuando lo hacemos, no suele ser para dar buenas noticias.

—¿Tía Betty? —pregunto, intentando parecer tranquila.

—Susan... —Su voz suena rota, y el nudo en mi estómago se convierte en una garra de uñas afiladas al escucharla—. Tu abuela... Está muy mal. Dice el médico que no le queda mucho.

La gente sigue charlando a mi alrededor, pero yo no escucho nada. Mi cabeza se queda en blanco, como si una mano misteriosa hubiera apagado el interruptor.

—¿Cómo que no le queda mucho? —consigo preguntar, aunque siento que la voz que sale de mi garganta no es mía.

—Los médicos ya no pueden hacer nada. Está en casa, con cuidados paliativos. Si quieres despedirte, tienes que venir ya.

Cierro los ojos y trago saliva para intentar que el dolor que siento en mi pecho no me ahogue. Hace años que no voy al rancho de mi abuela, durante los que he evitado mirar atrás, porque pensar

en Red Valley significa pensar en lo que dejé allí y en lo que nunca tuve el valor de enfrentarme. Pero ahora... no puedo hacerme la cobarde, porque debo despedirme de la abuela por última vez.

—Voy para allá —le respondo sin dudar, aunque el corazón me late desbocado y me cuesta creer que esas palabras hayan salido de mi boca.

Cuelgo y me quedo mirando la pantalla de mi portátil. El bullicio de la cafetería vuelve a hacerse presente, pero ahora es como si estuviera en otro planeta. Todo parece lejano y difuminado. Me obligo a recoger los papeles que tengo esparcidos sobre la mesa, a cerrar el ordenador y meterlo en el bolso, aunque mis manos tiemblan como si acabara de correr una maratón.

Salgo de la cafetería y el calor de Manhattan me golpea en la cara. El ambiente es tan sofocante que me cuesta respirar. El ruido de los coches, el olor a asfalto caliente y el murmullo constante de la gente a mi alrededor me ensordecen. Estoy a punto de romperme aquí mismo, en medio de la acera, pero me niego a dejarme vencer. Mi abuela Margaret siempre me enseñó a mantener la cabeza alta y a no dejar que nadie me viese caer, y eso es lo que voy a hacer.

Así que ahora voy a ir a mi apartamento a prepararme la maleta y a coger el primer vuelo hasta Colorado.

Levanto la mano para parar un taxi y cuando uno se detiene, me meto dentro casi de un salto. Mientras el coche avanza, me recuesto en el asiento y cierro los ojos. No quiero pensar, pero los recuerdos se cuelan en mi cabeza sin permiso, como si fueran una película antigua, que se proyecta en mi mente.

Red Valley, los caballos corriendo en el campo abierto, el sol abrasando la piel y el olor a heno en el granero. Y él. James Miller. El cabrón que me hizo sentir que nada de lo que había en ese pueblo era suficiente para mí.

Aprieto los labios, negándome a pensar en él. Ahora no puedo, porque lo único que debería importarme es llegar a tiempo para despedirme de la abuela. Pero mi cabeza no deja de jugarme malas pasadas y de traerme imágenes de aquel último verano, cuando todo parecía posible... hasta que él me demostró que no lo era.

El taxi sigue avanzando por el tráfico denso, zigzagueando entre coches que pitan y conductores que gritan. El calor del verano se cuela por la ventanilla entreabierta y noto cómo las gotas de sudor resbalan por mi nuca. Miro hacia el horizonte, donde los rascacielos se alzan como gigantes impasibles, mientras en mi mente continúa el caos y el miedo. La última vez que vi a la abuela fue hace casi cinco años, cuando vino a visitarme a la ciudad. Pasamos unos días juntas y ella insistió en que fuéramos a ver un espectáculo de Broadway. Recuerdo cómo sonreía, maravillada por las luces y la música, mientras yo intentaba esconder el bochorno por sus exclamaciones.

—Siempre has sido una urbanita, Susan —me dijo aquella vez, con su voz firme y llena de sabiduría—. Pero el rancho nunca ha dejado de ser tu hogar. No te olvides de dónde vienes.

En ese momento, lo tomé como una simple frase hecha o una advertencia sin importancia de la abuela. Pero ahora, después de todo este tiempo, me doy cuenta de que tenía razón. No importa cuántos años pasen o lo lejos que me vaya, Red Valley sigue siendo una parte de mí, aunque no esté preparada para asimilarlo, ni tampoco la muerte de la abuela, ni volver a ver a James, ni a todo lo que ese lugar significa.

Después de hacer una maleta, con más prisa que con piezas de ropa, vuelvo a la calle a tomar un taxi de camino a JFK. Sigo pensando en la abuela mientras el taxi se acerca al aeropuerto. Cuando llego, pago al conductor y bajo con el bolso colgado del hombro y arrastrando mi maleta.

Compro el billete en la máquina de autoservicio y busco la puerta de embarque. El vuelo a Colorado sale en menos de una hora. Respiro hondo y trato de calmar el nudo que se me ha formado en el pecho desde la llamada de Betty. Me siento en un banco frente a la puerta de embarque y trato de acompasar mi respiración y relajarme un poco, aunque no lo consigo. Mi cabeza sigue dándole vueltas a lo que sucederá cuando llegue a Colorado. Ahora mismo, una parte de mí quiere dar media vuelta y regresar a casa y fingir que nada de esto está pasando. Pero no tengo escapatoria. Mi abuela se está muriendo y yo tengo que estar ahí a

su lado, a pesar de que despedirme por última vez de ella me destroce el corazón. Aunque tenga que volver a ver a James y revivir el dolor de aquel verano que todavía me persigue.

Cuando subo al avión, me acomodo en mi asiento, que, por suerte, está junto a la ventana. Poco después, el motor ruge bajo mis pies y el miedo me invade. No sé si podré soportar ver el rancho sin que mi abuela esté y sentir su ausencia en cada rincón.

El avión despega y cierro los ojos, dejando que los recuerdos me arrastren, uno a uno, mientras las lágrimas finalmente escapan y ruedan por mis mejillas a miles de pies del suelo.

Capítulo 1

Susan

El avión toca tierra en el pequeño aeropuerto regional de Colorado con un traqueteo que hace saltar mi corazón. Respiro hondo y me quedo sentada unos segundos más, dejando que la ansiedad se mezcle con el aire viciado de la cabina. A mi alrededor, la gente se levanta apresurada, estirándose, sacando las maletas del compartimento superior y charlando en voz baja sobre sus planes en Colorado. Yo apenas puedo moverme. Me siento anclada al asiento, como si mi cuerpo se negara a aceptar que he vuelto.

Cuando por fin reúno el valor para levantarme, cojo mi bolso de mano y me avanzo por el estrecho pasillo, evitando el contacto visual con los demás pasajeros. Salgo del avión y el calor seco me golpea de lleno al bajar la escalerilla. Colorado me recibe con un sol implacable, que parece querer derretir el asfalto de la pista. Es como si el calor quisiera recordarme que aquí nada ha cambiado, que el mundo sigue girando al mismo ritmo pausado, mientras yo he estado huyendo de todo esto durante los últimos años.

Recupero mi maleta en la diminuta terminal y me dirijo al mostrador de alquiler de coches. La chica que me atiende parece sorprendida de verme vestida tan arreglada en un lugar tan humilde. Miro mi reflejo en el cristal: vaqueros oscuros, camisa blanca meticulosamente planchada y zapatos de tacón. No es la mejor elección para este lugar, lo sé, pero es lo único que me hace sentir un poco más segura de mí misma.

—¿Puedo ayudarte? —me pregunta la chica, masticando chicle con desgana.

—Sí, tengo una reserva a nombre de Susan Collins —respondo, intentando que no me tiemble la voz.

Teclea en el ordenador mientras yo miro a mi alrededor, sintiéndome completamente fuera de lugar. El olor a caucho caliente y gasolina se cuela por las ventanas abiertas y un cartel desgastado da la bienvenida a los viajeros que llegan al corazón de Colorado.

—Aquí está —dice ella, entregándome la llave—. Está aparcado justo ahí afuera —me indica señalando hacia un coche, pequeño y cubierto de polvo.

Le doy las gracias y me apresuro a salir de la terminal, sintiendo cómo el aire seco me raspa la garganta. Me acerco al coche y lo inspecciono por fuera. El polvo cubre la carrocería y parece llevar semanas sin moverse de su sitio. Suspiro y cargo la maleta en el maletero antes de meterme dentro. El volante está extremadamente caliente y el aire en el interior del habitáculo es irrespirable. Abro todas las ventanillas y me quedo sentada un momento, dejando que la brisa desértica arrastre el aire sofocante.

Arranco el motor y me pongo en marcha, siguiendo las indicaciones del GPS. La carretera se extiende como una línea serpenteante entre campos secos y colinas doradas. A ambos lados, la hierba alta se agita con el viento y el polvo se levanta en espirales ligeras. El horizonte parece infinito y el cielo de un azul intenso hace que los recuerdos me golpeen con la misma fuerza que el viento cuando acelero.

Mientras conduzco, la nostalgia y el rechazo por este lugar se entrelazan en un nudo incómodo en mi pecho. Todo esto me resulta tan familiar como extraño. Los postes de madera que sostienen el tendido eléctrico, las señales de tráfico oxidadas y la tierra seca que se cuela por las ventanillas me traen imágenes difusas de mi infancia. No he vuelto a Deep Valley desde hace tanto tiempo, que casi había olvidado lo vasto que es el paisaje y lo pequeña que me hace sentir.

Al pasar junto a un rancho abandonado, un escalofrío recorre mi espalda. Siempre pensé que, al regresar, sentiría algo de alivio, pero lo único que me invade ahora mismo es una punzada de tristeza que se niega a soltarme.

Recuerdo las tardes montando a caballo bajo el sol abrasador, el olor a cuero y sudor que impregnaban el aire, mientras galopaba junto a James. Maldito James Miller. Solo de pensar en él me recorre un calor incómodo que me obligo a ignorar. No estoy preparada para encontrarme con él. Ni para enfrentarme a esos ojos negros, que siempre parecían leerme el alma. Aprieto el volante con fuerza y niego con la cabeza. No voy a dejar que su recuerdo me desestabilice ahora.

El paisaje sigue pasando a ambos lados de la carretera y me esfuerzo en concentrarme en el camino. No quiero que mi mente se pierda en recuerdos, que ya no tienen cabida en mi vida. He trabajado muy duro para dejar todo esto atrás y no voy a permitir que vuelva a atraparme, aunque la verdad es que me siento como una intrusa en mi propio pasado. Como si Deep Valley me estuviera recordando de nuevo, que ya no pertenezco aquí.

A lo lejos, vislumbro la silueta de una estación de servicio y decido parar para tomar un poco de agua y estirar las piernas. Aparco junto a uno de los surtidores y bajo del coche, sintiendo el calor abrasador pegarse a mi piel como una manta sofocante. Entro en la tienda y el aire acondicionado me envuelve con un alivio casi doloroso. El dependiente, un hombre mayor de barba gris y mirada curiosa, me observa mientras recorro los estantes buscando una botella de agua.

—No eres de por aquí —comenta cuando me acerco a la caja.

—No. Solo estoy de paso —miento.

Él asiente despacio, como si no terminara de creérselo, pero no insiste. Pago la botella y vuelvo al coche, sintiendo que el nudo en mi estómago sigue ahí, cada vez más apretado.

Cuando regreso a la carretera, la voz del GPS indica que me quedan apenas veinte minutos para llegar a Deep Valley. El corazón empieza a latirme más deprisa y noto la tensión acumulándose en mis hombros. No quiero pensar en lo que me espera al llegar. El reencuentro con mi abuela moribunda y, sobre todo, James. No puedo evitar sentir un estremecimiento al pensar en él, en lo mucho que me dolió su rechazo y en lo mucho que odié sentirme insignificante delante de él.

Acelero un poco más, como si llegar antes hiciera que el miedo se disipara, pero en realidad lo único que consigo es aumentar la ansiedad que me oprime el pecho. Respiro hondo y me obligo a seguir adelante. Esta vez no hay vuelta atrás.

El coche avanza por la carretera polvorienta y el corazón me late con tanta fuerza que parece que se me va a salir del pecho. El horizonte se abre ante mí con esa vastedad que siempre me hizo sentir pequeña. La hierba dorada se agita con el viento caliente y el polvo se arremolina detrás de las ruedas. No hay nada que me prepare para el nudo que se aprieta en mi estómago cuando la silueta del pueblo comienza a dibujarse a lo lejos. Deep Valley sigue igual de siempre: inmóvil, atemporal y anclado en su propio ritmo lento.

Reduzco la velocidad del coche cuando entro en la calle principal. Los edificios viejos y desgastados siguen en pie, desafiando al tiempo. A cada lado, pequeños comercios con carteles de madera y ventanas llenas de polvo exhiben productos que ya nadie parece comprar. El letrero de The Rusty Spoon chirría con el viento, recordándome las veces que Maggie y yo nos escabullíamos allí a tomar batidos, mientras cotilleábamos sobre los chicos que nos gustaban.

Las miradas de los lugareños se clavan en mí como dardos envenenados. Sé que me reconocen, aunque han pasado muchos años. Es como si el simple hecho de ver que he regresado hubiera despertado el interés morboso de todos. Aunque esto no es nuevo para mí, porque en Deep Valley todo el mundo se conoce y nadie escapa de los chismes. Pero lo cierto es que no me importa lo que piensen. No he venido a hacer amigos, ni a disculparme por haberme ido. Estoy aquí para despedirme de mi abuela, nada más.

Aparco frente a The Rusty Spoon y me quedo un momento en el coche, intentando recomponerme antes de enfrentarme a más miradas curiosas. Respiro hondo y me bajo, sintiendo el calor del asfalto bajo los tacones. El sonido de la puerta de mi coche al cerrarse resuena en la calle vacía. Camino hacia la puerta del café y

cuando entro, el aire cargado con el olor a café tostado y pan recién hecho me envuelven.

—¡Susan! —Maggie me ve desde el mostrador y deja lo que está haciendo para salir corriendo hacia mí.

Sonrío mientras ella me envuelve en un abrazo que casi me deja sin aire. Su cabello rubio recogido en una trenza y el delantal manchado de harina me arrancan una risa suave. No ha cambiado nada.

—¡Dios mío, cuánto tiempo! —exclama apartándose lo justo para mirarme—. Estás igual… Bueno, más arreglada, claro.

—Y tú estás exactamente igual —respondo, notando cómo el nudo en la garganta se afloja un poco.

—Ven, siéntate. Te pongo un café. —Me empuja hacia una mesa junto a la ventana, mientras ella se apresura a servirme una taza.

Maggie se sienta frente a mí con la taza en la mano y me mira como si todavía no pudiera creerse que estoy aquí. El silencio se instala durante un instante antes de que ambas nos echemos a reír, soltando el aire que llevábamos contenido demasiado tiempo.

—No me puedo creer que estés aquí —dice Maggie, apoyando la barbilla en la mano—. Pensé que jamás volverías a este agujero.

—Yo tampoco lo pensé nunca —confieso, removiendo el café sin mucho interés—. Pero la abuela… Está muy mal. Me llamó mi tía Betty y he venido para despedirme.

El gesto de Maggie cambia, su mirada se vuelve seria y asiente en silencio.

—Lo sé. La pobre Margaret lleva semanas empeorando. Todos en el pueblo están preocupados. Ya sabes que tu abuela siempre ha sido como una institución aquí. —Suspira, como si las palabras fueran demasiado pesadas para cargar con ellas.

—Siempre lo ha sido, sí —murmuro, sintiendo el dolor arremeter de nuevo contra mi pecho—. No podía quedarme sin decirle adiós.

Maggie asiente, y noto cómo me observa con esa mezcla de curiosidad y afecto que siempre tuvo.

—James ha estado cuidando del rancho desde que su padre murió —comenta de pronto.

El nombre de James resuena en mis oídos como un latigazo. No esperaba escucharlo tan pronto.

—¿James Miller? —finjo desinterés.

—Sí —Maggie sonríe de medio lado, como si notara el tono forzado de mi voz—. Heredó el cargo de capataz del rancho cuando falleció su padre. Ya sabes cómo era el viejo Miller, trabajaba como una mula y James no podía dejar que todo se fuera al garete.

—No me interesa lo que haga o deje de hacer —respondo con más brusquedad de la que pretendía.

Maggie sonríe, divertida.

—Claro que no. Nunca te interesó —dice con un tono sarcástico—. Excepto cuando te tenía loca.

—No me tenía loca —replico con dureza—. Solo era una cría y él se aprovechó de mí para hacerme sentir estúpida.

Maggie alza una ceja y sonríe, pero no me responde. La puerta se abre y una corriente de aire caliente del exterior inunda el local, haciendo que el aroma del café se mezcle con el polvo de la calle.

—Mira, no voy a quedarme mucho tiempo —le explico, mirando hacia la ventana—. Solo lo justo para despedirme de la abuela y volver a Nueva York. No soporto estar aquí más de lo necesario.

—Siempre has sido una urbanita —comenta Maggie, con un deje de tristeza en la voz—. Pero Deep Valley no va a dejarte ir tan fácil, Susan.

Termino el café y la abrazo antes de marcharme. Ella me retiene, como si temiera que desapareciera al soltarme de su abrazo. Cuando salgo a la calle de nuevo, el calor me golpea de lleno, devolviéndome a la realidad. Subo al coche y pongo el motor en marcha, dispuesta a llegar al rancho de la abuela al fin.

Al llegar al camino que lleva a la casa principal, el corazón me late con fuerza y un sudor frío me recorre la nuca. Aparco y bajo del coche, levanto la mirada… y ahí está. James Miller, en la entrada,

con los brazos cruzados y la expresión de pocos amigos, que tanto detesto, en la cara. Mis piernas flaquean un segundo al verlo, pero me obligo a mantener la compostura.

—Vaya, vaya… —murmura él, con esa voz ronca que siempre me ha sacado de quicio—. La princesa de la ciudad ha vuelto.

—Cállate, Miller —respondo con dureza—. No estoy de humor para tus idioteces.

Él no se inmuta, aunque noto cómo su mirada recorre cada centímetro de mi cuerpo, como si estuviera evaluándome. Esa sonrisa de medio lado, tan típica en él, me provoca ganas de golpearle, pero me mantengo firme.

—No has cambiado nada —comenta, casi con sorna.

—Tú tampoco —replico, sin poder evitar que mi voz tiemble un poco.

Nos quedamos así, enfrentándonos en silencio, mientras el aire caliente parece arder a nuestro alrededor. Y entonces lo sé: este va a ser el verano más largo de mi vida.

Capítulo 2

James

La cerca está hecha un desastre. Algún imbécil ha dejado suelto al ganado otra vez y los postes están medio arrancados. El calor ya aprieta a esta hora y el sudor me resbala por la nuca y pega la camisa a mi piel. A mi alrededor solo se oye el crujido de la madera cuando la golpeo con el martillo y el zumbido perezoso de algún mosquito. Me limpio la frente con el dorso de la mano y echo un vistazo al horizonte. Hoy el rancho parece más callado de lo normal, como si el calor le hubiera quitado las ganas de moverse.

Estoy a punto de clavar el último clavo cuando el ruido de un motor desconocido me pone en alerta. Suelto el martillo y me enderezo, entrecerrando los ojos hacia el camino de tierra que lleva a la casa. No es una *pickup*, ni uno de esos viejos todoterrenos que pasan de vez en cuando. Es un coche pequeño, blanco y con pinta de no haber visto nunca el polvo de un lugar como este. No hace falta que me esfuerce mucho para saber quién está al volante, porque su melena pelirroja es inconfundible.

La princesa de la ciudad ha vuelto.

El coche se detiene justo frente a la casa y la veo bajarse con esos aires de mujer de ciudad, que siempre me han sacado de quicio. Camisa blanca entallada, vaqueros oscuros ajustados y esos tacones absurdos, que apenas se hunden en la tierra. Se para un momento al cerrar la puerta, como si necesitara recuperar el aliento antes de enfrentarse a esto.

Joder. Está increíble. Sé que no debería pensar así, pero el impacto que me provoca su presencia me deja un segundo sin saber qué hacer. Me doy la vuelta, haciendo como que sigo trabajando en

la cerca, aunque cada fibra de mi cuerpo está pendiente de sus pasos acercándose hasta donde estoy. No quiero mirarla, pero me giro y ahí está, plantada delante de mí como si el tiempo no hubiera pasado, pero al mismo tiempo la hubiera convertido en alguien completamente diferente. Más mujer, más segura... y más guapa aún de lo que recordaba, aunque tiene pinta de seguir siendo la misma cabezota que se marchó hace años.

No debería haber venido. Lo noto en su mirada tensa, en la forma en que aprieta la mandíbula como si el propio aire del rancho le molestara.

—Vaya, vaya… —murmuro con la voz ronca que parece sacarla de quicio—. La princesa de la ciudad ha vuelto.

Se gira hacia mí con la misma furia de siempre en los ojos. Eso no ha cambiado y me dan ganas de provocarla solo para ver hasta dónde llega.

—Cállate, Miller —responde con dureza—. No estoy de humor para tus idioteces.

Cruzo los brazos sobre el pecho y la miro de arriba abajo, sin disimular. Está más curvilínea de lo que recuerdo y continúa luciendo una melena pelirroja rebelde, que parece arder bajo el sol. No me molesto en ocultar mi sonrisa de medio lado cuando veo cómo se pone tensa, como si supiera exactamente en qué estoy pensando.

—No has cambiado nada —comento, casi con sorna, aunque una parte de mí sabe que no es del todo cierto.

—Tú tampoco —replica, pero noto que la voz le tiembla un poco.

No me gusta cómo me mira, ni cómo me siento al verla, tan guapa como siempre, pero con una frialdad en la mirada que no reconozco.

—¿Cómo está mi abuela? —me pregunta de repente.

Vuelvo la vista hacia la casa y yo me muerdo la lengua para no soltar alguna tontería que lo estropee todo.

—Mal —respondo al final, sin mirarla—. Está muy mal.

No digo nada, porque sé que cualquier palabra de más, que se escape de mis labios, hará que me arrepienta. Ella asiente en silencio y noto cómo baja la mirada un instante, intentando disimular

el dolor que le cruza la cara. No quiero sentir lástima por ella. No puedo permitírmelo.

Antes de que pueda decir algo más, se gira y camina hacia la casa sin despedirse. La sigo con la mirada mientras sube los escalones del porche y desaparece por la puerta. Me quedo donde estoy, como si estuviera clavado en el suelo, intentando deshacerme de esa maldita sensación que me ha dejado en el pecho. No debería importarme ni hacerme sentir nada. Pero aquí estoy, viendo cómo su figura se pierde en el interior de la casa y pensando en lo jodidamente bien que la han tratado estos diez años que hacía que no nos veíamos.

Me limpio el sudor de la frente y cojo el martillo de nuevo, y vuelvo a golpear la cerca, aunque ahora con más fuerza de la necesaria. Necesito dejar de pensar en lo que fue y centrarme en lo que es. Una mujer que se largó sin mirar atrás y que ahora aparece de repente, como si no hubiera destrozado nada en su huida. Pero no puedo negar que, durante todos estos años, nunca he dejado de arrepentirme de haberle dado calabazas aquel verano. Porque, aunque me engañé a mí mismo, en el fondo siempre supe que la quería y que la sigo queriendo.

Me arrodillo para ajustar el último clavo y el sonido de los martillazos resuena en el silencio sofocante de estas horas. Mis pensamientos vuelven a aquel último verano, a esos paseos a caballo en los que Susan parecía la reina del rancho, sonriendo como si el mundo le perteneciera. Recuerdo la tarde en la que casi nos besamos en el río, cuando estaba a punto de perder el control y ella me miraba con sus ojos verdes llenos de deseo y cómo la aparté en el último segundo, diciéndole que no era más que una cría jugando a ser mujer. El dolor que vi en su cara me ha perseguido desde entonces y no he logrado borrarlo de mi mente.

Maldigo en voz baja y golpeo con el martillo en la madera con tanta fuerza que la vibración me sube por el brazo. Si pudiera dar marcha atrás, haría todo de manera diferente. No la dejaría marcharse pensando que no era suficiente para mí, porque la verdad es que nunca lo fue. Siempre fue demasiado para este lugar y para un imbécil como yo.

El sonido de un portazo me saca de mis pensamientos y levanto la vista para ver cómo cruza el porche de nuevo. Su gesto es tenso y sus pasos rápidos, como si quisiera huir de algo. No puedo evitar fijarme en cómo el sol hace brillar su cabello rojizo y en cómo sus curvas se marcan bajo la ropa ajustada que lleva. Cuando sube al coche y arranca el motor, siento una punzada de rabia y frustración en el pecho. Se marcha sin decir nada, sin mirarme siquiera, mientras yo me quedo ahí, como un imbécil, viendo cómo el polvo se levanta a su paso mientras se aleja. A veces pienso que lo mejor sería olvidarla, pero cada vez que he pensado en ella, me he dado cuenta de que estoy más jodido de lo que creía.

Capítulo 3

Susan

La casa principal de Red Valley se alza ante mí, igual de imponente y familiar que siempre. El porche de madera cruje bajo mis pasos, y el aroma a campo seco y madera vieja me envuelve como un manto cargado de recuerdos. Trago saliva y alzo la mano para empujar la puerta, pero antes de hacerlo, me detengo un momento. Necesito un segundo para mentalizarme y aceptar, que detrás de esas paredes está la mujer que me enseñó a ser fuerte y a mantener la cabeza alta, aunque el mundo se derrumbara.

Empujo la puerta y entro. El aire en el interior es cálido y tiene ese olor inconfundible de la casa de la abuela. La casa parece un reflejo de ella, como si cada rincón guardara una parte de su esencia.

—¡Susan! —La voz de mi tía abuela Betty me saca de mi ensimismamiento. Aparece desde el pasillo, con los ojos anegados de lágrimas y una sonrisa temblorosa en los labios.

Antes de que pueda decir nada, me envuelve en un abrazo fuerte y cálido. Cierro los ojos un segundo y me permito respirar el consuelo que su abrazo me brinda. Le acaricio la espalda con mis manos y trato de contener las emociones que amenazan con desbordarse.

—Ay, cariño… qué bien que hayas venido. Margaret lleva días preguntando por ti. —La voz de Betty se rompe y siento que el nudo en mi garganta se aprieta aún más.

—¿Está… muy mal? —le pregunto, aunque la respuesta ya la sé.

Betty asiente, apartándose un poco para mirarme a los ojos. Noto la preocupación en su mirada y el miedo que se ha instalado en ella desde que Margaret empezó a apagarse como una llama al final de su mecha.

—Sí, cielo. Apenas habla ya… pero ayer, cuando despertó un momento, te nombró y dijo que sabía que vendrías. —Sus ojos se llenan de lágrimas y yo me esfuerzo por mantener la compostura.

—Tengo que verla —susurro, notando cómo el miedo se arremolina en mi pecho.

Betty asiente y me guía por el pasillo hasta la habitación de la abuela. La puerta está entreabierta y el interior está bañado por la luz suave que entra por la ventana cubierta por las cortinas. Me quedo en el umbral, con el corazón encogido al ver la figura frágil de Margaret en la cama. Está tan delgada, que parece que la piel apenas cubre sus huesos. Su cabello blanco descansa sobre la almohada y su respiración es pausada, débil y casi inaudible.

Siento que las lágrimas comienzan a arder en mis ojos, pero me obligo a mantener la calma. No quiero que me vea llorar.

Avanzo despacio y me siento en el borde de la cama, tomando su mano entre las mías. Su piel está fría y parece tan delicada, que temo romperla si la aprieto demasiado.

—Abuela… —murmuro, tratando de que mi voz no tiemble.

Sus ojos se abren con lentitud y noto cómo intenta enfocar su mirada en mí. Una leve sonrisa asoma en sus labios resecos y su mano se mueve apenas en un intento de acariciar la mía.

—Sabía… que vendrías —susurra con esfuerzo, y su voz suena como un murmullo roto.

—Claro que sí, abuela. Aquí estoy. No podía dejarte sola. —Aprieto su mano y le acaricio los nudillos con el pulgar.

Ella cierra los ojos un momento y parece quedarse dormida, pero no le suelto la mano. Permanezco junto a ella y observo su gesto tranquilo, intentando convencerme de que sigue siendo la misma mujer fuerte y llena de vida que me enseñó a amar este lugar, aunque yo misma no quisiera admitirlo.

Mis pensamientos vuelven a aquellos veranos cuando era niña. Mi madre me enviaba al rancho durante los meses de calor, porque

decía que necesitaba centrarse en su trabajo y yo solo era un estorbo en la gran ciudad. No me importaba demasiado, porque pasar el verano con la abuela era lo mejor que me podía ocurrir. Margaret me enseñaba a hacer bizcochos en la vieja cocina, riéndose de mis torpes intentos por no quemar la masa o por no pringarme de harina hasta las cejas.

—Mira, Susan, la clave está en batirlo bien —me decía con paciencia, mientras yo intentaba imitar sus movimientos rápidos y precisos.

Luego, cuando los bizcochos estaban en el horno, salíamos al porche y me hablaba de la historia del rancho, de cómo su abuelo lo había levantado desde cero y de todo el esfuerzo que había supuesto mantenerlo durante generaciones. Me encantaba escucharla. Había un brillo en sus ojos y un orgullo, que parecía impregnar cada palabra cuando hablaba de Red Valley.

Por las tardes, solíamos ir al granero, donde me enseñaba a cuidar de los caballos y a cepillarlos con suavidad para que su pelaje brillara bajo el sol. Recuerdo el olor a heno y cuero mezclándose con el aroma dulce de los bizcochos recién horneados cuando los dejábamos enfriar en el porche. Margaret decía que los animales podían sentir el cariño y que, si los tratabas bien, ellos te lo devolvían con creces. Yo la creía, porque cuando ella acariciaba a los caballos, ellos la miraban como si supieran que a su lado estaban a salvo.

Suspiro y vuelvo al presente, acariciando la mano de la abuela. Me doy cuenta de que esas lecciones de paciencia y cariño que me enseñó en el rancho fueron las que me dieron fuerza para enfrentarme al mundo más adelante. Todo lo que soy se lo debo a ella, y ahora está aquí, tan frágil que parece que se va a romper en cualquier momento.

Betty aparece en la puerta y me mira con una sonrisa triste.

—Si necesitas algo, estaré en la cocina —me dice en voz baja.

Asiento sin dejar de mirar a la abuela, sintiendo que el nudo que tengo en mi pecho está a punto de estallar. No sé cuánto tiempo me quedaré aquí, pero pienso aprovechar cada segundo junto a ella.

Porque sé que cuando se vaya, este lugar nunca volverá a ser el mismo.

—Te quiero, abuela —murmuro, y una lágrima traicionera se escapa de mis ojos, resbalando por mi mejilla.

Afuera, el viento sacude las ramas de los árboles y el calor sigue golpeando con fuerza, como si el verano se negara a ceder ante el dolor que siento en este momento. El rancho siempre ha sido un refugio para mí, a pesar de que no he regresado durante todos estos años, pero ahora mismo siento que es un lugar que está a punto de desmoronarse junto con Margaret.

Me quedo en silencio, acariciando la mano de la abuela con la yema de los dedos e intentando memorizar cada línea de su piel. El tiempo parece haberse detenido en esta habitación, donde todo permanece igual que siempre: la colcha de cuadros que cubre la cama, el viejo jarrón de flores secas sobre la cómoda y el pequeño reloj de madera que cuelga en la pared, marcando las horas con un leve tic-tac que resuena en el aire.

De repente, el ruido de un motor me saca de mi ensimismamiento. Alzo la mirada hacia la ventana y veo una *pickup* que se aproxima por el camino polvoriento. La reconozco de inmediato, aunque hace años que no la veo. James aparca junto a la casa y baja del vehículo con esa forma despreocupada de moverse, que siempre me ponía de los nervios. Incluso a lo lejos, puedo distinguir el contorno de sus brazos musculosos bajo la camisa y el gesto serio que nunca parece abandonarle.

Me giro rápidamente para no seguir mirándole y vuelvo a centrarme en la abuela. Sin embargo, mi mente traicionera no puede evitar arrastrarme a aquel verano en el que todo cambió. Hace ya diez años, cuando James todavía me parecía el chico más guapo y arrogante del mundo. Recuerdo cómo pasábamos las tardes cabalgando por los campos, sus risas cuando me tropezaba y él me ayudaba a levantarme, siempre con esa media sonrisa que me hacía querer golpearle y besarle al mismo tiempo.

Aquel verano fue diferente a todos los anteriores. Algo en él había cambiado, y yo no podía dejar de mirarle cuando no se daba

cuenta. Mis hormonas adolescentes estaban fuera de control, y cada vez que sus manos rozaban las mías o nuestras miradas se cruzaban, sentía que el corazón se me iba a salir del pecho. No quería admitirlo, pero estaba perdidamente enamorada de él, y cada día que pasaba me resultaba más difícil ocultarlo.

Recuerdo especialmente aquella tarde en el río. Habíamos decidido darnos un baño para combatir el calor, y James se quitó la camiseta sin el menor pudor, dejando al descubierto su torso bronceado y definido. Yo intenté no mirarle, pero fue imposible. El agua estaba fría, y mis dientes castañeteaban mientras él nadaba con una facilidad que me daba rabia.

—¿Qué pasa, Collins? ¿El agua te da miedo? —me provocó, con la sonrisa torcida que tanto me molestaba.

—No tengo miedo a nada —mentí, zambulléndome hasta la cintura.

Él nadó hacia mí, salpicando agua como un niño grande, y cuando llegó lo suficientemente cerca, me atrapó por la cintura y me hundió bajo el agua con una risa que resonó en todo el río. Al salir a la superficie, le lancé una mirada furiosa, pero él solo me sonrió, divertido.

—Eres idiota —murmuré, tratando de ocultar el rubor que se me subía a las mejillas.

—Te pones roja hasta bajo el agua —se burló, acercándose un poco más a mí.

Nos quedamos mirándonos a escasos centímetros el uno del otro. El agua nos rodeaba, y el calor que sentía no tenía nada que ver con la temperatura. Mis labios se entreabrieron, y cuando estaba a punto de dar el paso que llevaba deseando todo el verano, él retrocedió bruscamente, como si acabara de darse cuenta de lo que estaba haciendo.

—Deja de comportarte como una cría —murmuró, apartando la mirada de mí.

El dolor me golpeó con tanta fuerza que sentí que me faltaba el aire. Él nadó hacia la orilla sin mirarme y yo me quedé allí, sintiéndome la chica más estúpida del planeta. Jamás me había

sentido tan humillada, y el rencor empezó a crecer en mi pecho desde aquel instante.

Vuelvo al presente, apretando la mano de la abuela con un suspiro. Miro su gesto tranquilo y me acerco para darle un beso en la frente, sintiendo cómo una lágrima resbala por mi mejilla.

—Estoy aquí, abuela —le susurro—. No te dejaré sola.

Margaret mueve ligeramente los labios, y me inclino para escuchar lo que intenta decir.

—Sabía que vendrías, niña —murmura con un hilo de voz—. No huyas esta vez.

Me quedo paralizada, tragando el nudo que me aprieta la garganta. Las palabras de la abuela se cuelan en mi pecho y me rasgan por dentro. ¿Acaso siempre supo que estaba huyendo? ¿Que me fui porque no podía soportar quedarme aquí después de lo que sucedió aquella tarde en el río?

—No voy a huir, abuela —respondo con la voz rota—. Te lo prometo.

Ella dibuja una mueca en los labios, que parece ser una leve sonrisa, como si supiera que esa promesa me va a costar cumplirla. Vuelvo a acariciar su mano y me acomodo en la silla junto a la cama. No pienso moverme de aquí. Si esta es la última noche que puedo pasar con ella, no voy a desperdiciar ni un solo segundo. La vigilo mientras duerme, su respiración entrecortada y pausada, y me aferro a cada suspiro y a cada gesto mínimo que me dice que sigue conmigo.

A lo lejos, escucho de nuevo el ruido de la *pickup* de James, pero ahora alejándose, y me doy cuenta de que he estado conteniendo la respiración todo este tiempo. Dejo escapar el aire y cierro los ojos, sintiendo cómo el agotamiento me pesa en los párpados. Me acomodo un poco mejor en la silla y apoyo la cabeza en el colchón, sin soltar la mano de la abuela.

Las horas pasan lentamente, pero no me muevo de su lado. En algún momento, el sueño me vence y me quedo dormida ahí mismo, aferrándome a la última chispa de vida que le queda. La oscuridad envuelve la habitación, pero estoy segura de que ella sabe

que estoy aquí y que no pienso volver a marcharme hasta que todo acabe.

Me quedo con ella toda la noche, escuchando el leve crujido de la madera y el ulular del viento en el exterior. Mi mente se pierde entre los recuerdos y el dolor, entre lo que fue y lo que nunca llegué a tener. Cuando finalmente el agotamiento me vence y me duermo, lo hago sabiendo que estoy donde debo: junto a la mujer que me enseñó a no rendirme nunca.

Capítulo 4

James

El amanecer se cuela por las rendijas del granero, mientras recojo los montones de heno que se desparramaron por el suelo anoche. Los hermanos Carter aún no han llegado y no puedo esperarles para empezar con las tareas.

El aire aún está fresco y el silencio me envuelve mientras apilo los fardos uno a uno en su sitio. El trabajo físico siempre ha sido mi mejor refugio y la forma en que consigo mantener la cabeza despejada y los recuerdos a raya. Afuera, los caballos relinchan de vez en cuando, inquietos por el cambio de temperatura. El día promete ser abrasador, así que cuanto antes termine con esto, mejor. Esta noche no he podido pegar ojo, sabiendo que Susan estaba en la casa con Margaret. Esa mujer siempre ha tenido el poder de meterse en mi cabeza y no la puedo sacar por mucho que me esfuerce en lograrlo. Durante años intenté olvidarla, pero ahora que está de vuelta, siento que el pasado vuelve a golpearme de nuevo y esta vez lo hace de frente y con contundencia.

El ruido de la puerta principal me hace detenerme. Me quedo inmóvil, con el bulto de heno entre las manos, escuchando los pasos que se acercan. Sé que es Betty incluso antes de verla aparecer en el umbral del granero. Su rostro lo dice todo, no hace falta que diga ni una sola palabra, porque la tristeza en su expresión habla por sí misma.

—James... —dice con la voz rota y con los ojos rojos y cansados.

Suelto el heno y me limpio las manos en los vaqueros antes de acercarme a ella. Betty no necesita decirme nada. Lo sé, lo noto en

la forma en que su labio inferior tiembla antes de apartar la mirada.

—Margaret ha muerto —murmura finalmente, como si escupiera las palabras con dolor.

Asiento en silencio y cierro los ojos un momento, intentando contener el peso que me aplasta el pecho. No debería doler tanto, pero lo hace. Margaret era mucho más que la abuela de Susan. Siempre fue como una segunda madre para mí, sobre todo después de que mi viejo se marchara. Me enseñó a trabajar el rancho, a cuidar de los caballos y a no rendirme nunca, incluso cuando parecía que todo estaba en mi contra. Siempre me decía que yo era el nieto que nunca había tenido.

—Lo sabía —digo al fin, con la voz áspera—. Sabía que estaba cerca.

Betty asiente y se limpia una lágrima con la manga de su vestido. Me mira con la misma tristeza que yo siento arremolinándose en el estómago.

—Susan está con ella. No se ha movido de su lado en toda la noche. Creo que sigue en *shock*.

Aprieto la mandíbula, sabiendo que Susan debe de estar hecha polvo. Siempre fue fuerte y obstinada, pero esta situación estoy convencido de que es demasiado incluso para ella. Me seco el sudor de la frente y asiento de nuevo, sin saber muy bien qué decir. Las palabras nunca han sido lo mío.

—Voy a quedarme aquí un rato —le digo, porque necesito un momento para asimilarlo todo.

Betty asiente y me da una palmada en el brazo antes de marcharse de nuevo hacia la casa. Me quedo en el granero, apoyado contra la pared, intentando procesar lo que acaba de suceder. No debería ser un golpe tan fuerte para mí, pero lo es. Margaret siempre estuvo ahí, como una constante en mi vida, como una roca firme a la que sabía que podía aferrarme cuando todo lo demás se tambaleaba.

Cojo un cubo de agua y me lavo las manos y la cara, para despejarme. Necesito ocuparme de algo, lo que sea, para no pensar. El dolor se me anuda en el pecho como un maldito hierro candente, y la frustración de no haber podido hacer nada me quema las

entrañas. Siempre pensé que Margaret era invencible, que nada podría arrancarla de este lugar. Pero el tiempo no perdona a nadie, ni siquiera a ella.

Me paso las manos por el pelo y me dejo caer en el banco que hay junto a la puerta del granero, mirando el horizonte que se va llenando de luz. El rancho sigue ahí, inmóvil, como si nada hubiera cambiado, pero sé que nada volverá a ser igual sin ella. Siento una punzada de culpabilidad por no haber estado más presente, por haberme encerrado en mi propio dolor cuando Susan se largó y todo se vino abajo.

Siempre me repito que hice lo correcto al alejarme de ella, que fue mejor para ambos. Pero, ahora mismo, con la noticia de la muerte de Margaret aún resonando en mi cabeza, me doy cuenta de que tal vez me equivoqué. Quizás debería haber luchado por lo que quería, en lugar de esconderme tras esa fachada de tipo duro que nunca necesita a nadie. Lanzo un hondo suspiro y regreso la mirada de nuevo hacia la casa y sé que tengo que ir, enfrentarme a la realidad y darle a Margaret el último adiós. No va a ser fácil, pero nunca lo ha sido. En este lugar, la vida siempre ha sido más dura que en cualquier otro sitio, pero eso es lo que nos ha hecho más fuertes. Aunque ahora me sienta como si me hubieran arrancado algo del pecho, sé que tengo que seguir adelante, porque es lo que ella hubiera querido.

Me levanto del banco, me limpio la cara con la camisa y respiro hondo para calmar el temblor de mis manos. No pienso llorar. No voy a permitírmelo, porque no es el momento. Aprieto los puños y me dirijo hacia la casa, sabiendo que al cruzar esa puerta voy a enfrentarme al dolor más grande que he sentido en años. Pero lo haré, porque Margaret se merece que le diga adiós como es debido.

Me acerco a la casa principal con paso lento, arrastrando mis botas sobre la grava como si fueran plomo. La puerta está entreabierta y el aire caliente de esta hora de la mañana se cuela por el hueco, acariciándome la piel. Respiro hondo y subo los escalones del porche, sabiendo que al cruzar esa puerta el dolor va a golpearme de lleno.

Cuando entro, el silencio lo invade todo y solo lo rompe el leve crujido de las vigas de madera bajo mi peso. Camino hasta el salón y allí me encuentro a Susan, que está de pie junto a la ventana, con la mirada perdida en el horizonte. Tiene los ojos rojos e hinchados por el llanto y la mandíbula apretada como si intentara mantener el control de sí misma a toda costa. Me gustaría acercarme y abrazarla, pero sé que no es mi lugar. No tengo derecho a consolarla después de todo lo que pasó entre nosotros hace años.

Suspiro y ella parece notar mi presencia, porque se gira despacio y sus ojos se clavan en los míos. Por un instante, ninguna palabra se atreve a salir de nuestras bocas. Solo nos miramos, como si intentáramos encontrar algo que decir en medio de tanto caos.

—Lo siento —le digo al fin, aunque las palabras se me quedan cortas. Nunca he sido bueno con esto de expresar lo que siento.

Susan asiente en silencio y baja la mirada al suelo, mordiéndose el labio como si temiera que cualquier sonido la hiciera romperse en mil pedazos. Me esfuerzo por no acercarme más de lo necesario, porque estoy seguro de que, si lo hago, no podré evitar el impulso de rodearla con los brazos, abrazarla con fuerza y dejar que se desahogue en mi pecho. Pero me contengo. Ella no precisa a un imbécil como yo consolándola.

—Si necesitas algo, estaré por aquí —murmuro antes de dar media vuelta y salir de la casa, sintiendo que el peso en mi pecho sigue aumentando con cada segundo que pasa.

Me dirijo al establo y ensillo a Shadow, mi caballo negro de siempre. Me subo de un salto y aprieto los talones contra sus costados, guiándolo hacia la parte más alejada del rancho. Necesito espacio, aire y alejarme de esa mirada rota de Susan, que me ha dejado más jodido de lo que pensaba.

Shadow galopa a buen ritmo y el aire me azota la cara, como si intentara borrar el nudo que tengo en el estómago. El camino se estrecha entre los campos y al fondo veo la colina, donde suelo ir cuando necesito pensar. Es mi refugio, el único lugar donde puedo dejar caer el peso de todo lo que cargo a cuestas.

Cuando llego, me bajo de Shadow y lo ato a un árbol, donde da algo de sombra. Me dejo caer en la hierba seca y apoyo la

espalda contra el tronco, mirando el horizonte que empieza a llenarse de luz. El cielo está limpio, sin una sola nube, y el calor ya empieza a notarse incluso a esta hora tan temprana de la mañana. Respiro hondo y dejo que el aire me llene los pulmones, intentando que el dolor afloje, aunque sea un poco.

El rancho se extiende a mis pies como una alfombra interminable de tierra y pasto seco. Los caballos pastan tranquilos en el cercado más alejado y la brisa mueve las ramas de los pocos árboles que resisten el calor del verano. Todo parece en calma, como si el mundo no se hubiera detenido por la muerte de Margaret. Como si nada hubiera cambiado. Pero yo sé que todo ha cambiado.

No sé cuánto tiempo paso allí, sentado bajo el árbol, sin moverme ni hacer el menor esfuerzo por alejar los recuerdos. Porque, por mucho que lo intente, no consigo sacarme de la cabeza el sonido de la voz de Betty diciéndome que Margaret ha muerto. En algún momento, sin previo aviso, noto cómo las lágrimas empiezan a quemarme los ojos. No debería llorar, porque no es algo propio de mí, pero el dolor es tan jodidamente grande que no puedo contenerlo más.

Dejo que las lágrimas caigan en silencio, resbalando por mi cara, como si fueran un alivio que llevaba demasiado tiempo postergando. No me importa que nadie me vea, porque aquí solo estamos Shadow, el rancho que tanto amo y yo. No hay nadie para juzgarme, ni que espere que mantenga la compostura de siempre. Así que, después de muchos años, me permito dejar caer la coraza y reconocer que me duele perder a Margaret, la única persona que siempre ha estado ahí, cuando todo lo demás se desmoronaba.

Aprieto los puños contra el suelo y dejo que el sol se cuele entre las hojas del árbol, calentándome la piel y secando las lágrimas que ya no intento ocultar. No me muevo y permito que el dolor me invada, porque sé que es lo único que puedo hacer ahora. Margaret se ha ido y el rancho ya no será el mismo sin ella. Pero mientras tenga vida y fuerzas para seguir adelante, pienso mantener en pie todo lo que ella amaba, porque es lo único que me queda y lo único que puedo hacer para honrarla.

Capítulo 5

Susan

El despacho del abogado está en la calle principal de Deep Valley, justo frente a la pequeña tienda de comestibles, donde mi abuela solía comprar harina y azúcar, cuando quería hacer un bizcocho conmigo. Aparco el coche junto a la acera y me quedo un momento mirando el cartel desgastado en el que se lee «Bufete Harper & Hensley». El nudo que tengo en el estómago no ha desparecido desde el día del funeral y el dolor sigue ahí, agarrado a mis entrañas, como si se negara a soltarme.

Hoy es la lectura del testamento de mi abuela, por eso he venido hasta aquí. He pasado los últimos días en un estado de agotamiento emocional, que apenas me ha permitido reaccionar a nada. Desde que murió, he permanecido en el rancho, intentando aceptar la realidad, pero la casa parece tan vacía sin ella... Por suerte, no puedo quedarme aquí durante mucho tiempo más. Así que, después de la lectura del testamento y todo esto termine, regresaré a Nueva York y, al fin, podré cerra este capítulo de mi vida de una vez por todas.

Respiro hondo antes de bajar del coche y abro la puerta. Inmediatamente, el aire caliente del exterior me golpea al salir, pero lo soporto como puedo. Camino despacio hacia la puerta del bufete, mientras trato de reunir el valor que me falta para cruzar el umbral. Cuando abro la puerta, un hombre mayor con un poblado bigote blanco y de aspecto serio levanta la mirada de unos documentos y me dedica una sonrisa educada.

—¿Señorita Collins? —pregunta con un tono profesional.

—Sí, soy yo. —Intento que mi voz suene firme, aunque tengo la garganta reseca.

—El señor Hensley la está esperando en su despacho. Pase al fondo, por favor —me indica mientras me señala con la mano derecha una puerta de madera oscura al final del pasillo.

Le doy las gracias y avanzo por el estrecho corredor, notando cómo los nervios se arremolinan en mi estómago. No sé por qué me siento tan ansiosa si ya sé lo que va a suceder. Mi abuela siempre decía que la casa y el rancho serían míos cuando ella no estuviera. Tiene sentido, porque soy su única nieta, la única familia que le quedaba, además de su hermana, la tía Betty, que no tiene hijos.

Pero entonces, ¿por qué tengo esta sensación de que algo no va a ir bien?

Al llegar a la puerta del despacho, llamo suavemente con los nudillos sobre la madera maciza y la voz grave del abogado me invita a pasar. Abro la puerta y lo primero que veo es una figura familiar sentada frente al escritorio. Mi estómago se revuelve al reconocer a James.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunto, sin poder evitar el tono de reproche en mi voz.

James alza la mirada y me clava esos grandes ojos oscuros, que siempre han logrado descolocarme. Su expresión es seria y tiene el ceño ligeramente fruncido.

—El señor Hensley me dijo que debía venir —responde con ese tono seco que tanto me molesta.

Frunzo el ceño y miro al abogado, que se levanta de su silla y me ofrece la mano con una sonrisa triste.

—Señorita Collins, lamento mucho su pérdida. Su abuela era una mujer admirable —dice con voz pausada.

—Gracias —respondo, y trago saliva para que la voz no se me rompa.

—Por favor, tome asiento —señala la silla que hay junto a James y yo me acomodo sin mirarle y noto cómo la tensión me recorre el cuerpo.

El despacho está decorado de forma austera, con estanterías llenas de libros legales y una lámpara de escritorio, sobre la mesa

que tengo frente a mí, que proyecta un círculo de luz sobre los documentos que descansan sobre ella. El ambiente es sobrio, casi intimidante, y me doy cuenta de que estoy apretando los puños con fuerza sobre mis rodillas.

—Bien, vamos a proceder a la lectura del testamento de la señora Margaret Collins —anuncia el abogado, ajustándose las gafas y hojeando los papeles que tiene ante él—. Antes de comenzar, quiero agradecerles a ambos su presencia. Margaret era una mujer muy querida en el pueblo y siempre me hablaba con mucho cariño de ustedes dos.

Al escuchar al abogado, siento cómo la emoción me aprieta el pecho y hago un esfuerzo por mantener la compostura, porque no quiero derrumbarme delante de James.

El señor Hensley toma aire y comienza a leer en voz alta las disposiciones del testamento. Habla de pequeños recuerdos personales, como los álbumes de fotos y algunas joyas antiguas que ha dejado a Betty y a algunas vecinas con las que compartía recetas y tardes de café. Me quedo esperando a que mencione la casa y el rancho, segura de que esos bienes están destinados a mí. Pero cuando el señor Hensley menciona mi nombre, lo hace con una pausa que me pone en alerta.

—En cuanto a la propiedad conocida como Rancho Red Valley, y la casa principal que en ella se encuentra... Margaret Collins dispone que el usufructo y la gestión de este pasarán a manos de... —Hace una pausa, y noto cómo el corazón me late con fuerza—. James Miller.

Mis ojos se abren de par en par y miro al abogado sin poder creer lo que acaba de decir. ¿James? ¿El rancho es de James? Miro a mi lado y él tiene la mandíbula apretada, como si tampoco pudiera digerir lo que acaba de escuchar.

—¿Perdón? —pregunto con la voz estrangulada.

El abogado alza la vista de los papeles y me dedica una mirada comprensiva.

—Margaret decidió que señor Miller se haría cargo de la gestión del rancho. Usted mantiene la propiedad legal de la casa y

del terreno, pero él será el responsable de su administración y mantenimiento.

La ira me sube desde el estómago hasta la garganta y no puedo evitar soltar una carcajada incrédula.

—¿Así que la casa es mía, pero él se queda el rancho? ¿Qué clase de broma macabra es esta? —espeto, mirando alternativamente al abogado y a James, que sigue callado, con la mirada fija en la mesa.

El señor Hensley suelta un suspiro y vuelve a leer un párrafo más.

—Margaret dejó claro que el rancho debía mantenerse en funcionamiento y bajo el cuidado de alguien que lo conociera bien. Según sus palabras, James siempre fue como un nieto para ella y confiaba en él para proteger lo que tanto esfuerzo le costó mantener a flote. Creía que usted preferiría venderlo, y no quería que el rancho acabara en manos de desconocidos.

Siento que me falta el aire y cierro los ojos un momento, tratando de asimilar lo que acaba de suceder. No puedo creer que Margaret me haya hecho esto. No después de todo lo que he luchado por mantener mi vida en pie lejos de este lugar.

James sigue sin decir nada, pero noto cómo su mandíbula se tensa más con cada palabra que el abogado pronuncia. Me levanto bruscamente de la silla y me giro hacia él, con la rabia ardiendo en mi pecho.

—¿Sabías que iba a suceder esto? —le espeto.

—No —responde de inmediato, alzando la vista para mirarme —. No tenía ni idea.

—Pues parece que te has llevado el premio gordo, ¿no? — escupo con sarcasmo antes de dar media vuelta y salir del despacho.

El eco de mis pasos aún retumba en el pasillo cuando escucho la puerta abrirse detrás de mí. Giro la cabeza solo un poco para ver a James salir del despacho, con el ceño fruncido y la mandíbula tensa. No soporto esa expresión suya de tipo duro, que siempre parece desafiar al resto del planeta. Aprieto los puños e intento mantener el control de la rabia, que se me ha acumulado en el pecho.

—Señorita Collins, espere un momento —me llama el abogado desde la puerta—. Todavía no hemos terminado. Necesito que regresen los dos.

Respiro hondo y miro a James, que asiente con un gesto seco antes de volver a entrar. No tengo más remedio que seguirle y ocupar mi sitio de nuevo. La cabeza me da vueltas, intentando encontrar sentido a todo esto. No entiendo por qué mi abuela ha hecho algo así. ¿De verdad creía que yo iba a dejar el rancho en manos de James sin luchar por él?

El señor Hensley vuelve a sentarse y ajusta sus gafas antes de aclararse la garganta.

—Hay una última cláusula que debo leer antes de concluir —anuncia, hojeando de nuevo el documento hasta dar con el párrafo correspondiente—. Margaret dejó estipulado que el rancho y la casa principal quedarán a nombre de ambos: Susan Collins y James Miller.

El corazón me late con fuerza en las sienes y miro al abogado con incredulidad.

—¿Cómo que a nombre de los dos? —pregunto, incapaz de procesar lo que estoy escuchando.

James, a mi lado, suelta una carcajada irónica que me hace hervir la sangre.

—Pues parece que al final estamos condenados a aguantarnos —dice con ese tono de superioridad, que me revienta los nervios.

El abogado levanta una mano para pedir calma y continúa leyendo.

—Sin embargo, hay una condición para que ambos puedan quedarse con la propiedad —añade, y siento que el estómago se me encoje—. Margaret dejó claro que tanto la casa como el rancho deben ser habitados por los dos durante un mínimo de un mes y medio. Ninguno de los dos puede abandonar el lugar durante ese tiempo, salvo causa de fuerza mayor. Si uno de los dos decide marcharse antes de cumplir el plazo, perderá su derecho sobre la propiedad.

Mis ojos se abren desmesuradamente y noto cómo la mandíbula de James se tensa aún más. Esto no puede estar pasando. No puedo quedarme aquí todo ese tiempo. Necesito

regresar a Manhattan, continuar con mi vida y mi trabajo. ¿Cómo demonios pensaba mi abuela que podría soportar estar bajo el mismo techo que James durante tanto tiempo?

—Además —prosigue el abogado—, si deciden vender la propiedad antes de cumplir el plazo de convivencia, el dinero de la venta será donado íntegramente al pueblo de Deep Valley para fines comunitarios.

Abro la boca para protestar, pero no logro que salga ningún sonido. Estoy en *shock*. Esto es una pesadilla y no puedo despertarme.

—¿Me estás diciendo que, si ella se rinde y se larga, me quedo con todo? —pregunta James, arqueando una ceja con una media sonrisa de suficiencia.

—Así es —confirma el abogado—. Pero si usted es el que abandona, será ella quien conserve la propiedad.

—Perfecto —responde James, sin dejar de mirarme—. *La princesa de la ciudad* atrapada en el rancho. Menuda jugada nos ha hecho Margaret.

Me levanto bruscamente, incapaz de contenerme más.

—¡Esto no puede ser legal! —exclamo—. No puedo quedarme aquí un mes y medio. ¡Tengo una vida en Nueva York!

—El testamento es claro, señorita Collins —interviene el abogado, con voz calmada—. Si uno de ustedes se va, el otro obtiene la propiedad en su totalidad.

James se apoya en el respaldo de la silla y cruza los brazos, sin borrar esa expresión irónica de su rostro.

—Vas a durar menos de una semana —me suelta, sin perder la calma.

—Ah, ¿sí? Pues no pienso darte el gusto de verme salir corriendo —le respondo, alzando el mentón con determinación—. No voy a cederte nada, Miller. Si tengo que soportarte para quedarme con el rancho, lo haré.

James suelta un resoplido divertido.

—Vamos, Susan. A ti te gusta demasiado la ciudad como para aguantar aquí más de un par de días. No eres capaz de ensuciarte

las manos. ¿Recuerdas lo que pasó la última vez que intentaste montar a caballo? Te caíste nada más subir y luego lloraste de rabia.

Siento que la sangre me hierve bajo la piel y doy un paso hacia él, incapaz de contenerme.

—Tenía trece años, idiota —espeto, apretando los dientes—. Las cosas cambian.

—Pero tú no —responde con frialdad—. Sigues siendo la misma niña que se marchó a la gran ciudad porque no podía soportar la vida real.

—Cállate —le espeto—. No tienes ni idea de lo que he pasado y no pienso darte el gusto de verme fracasar. Aguantaré aquí lo que haga falta, aunque tenga que soportar ver tu cara cada día.

El abogado carraspea, intentando interrumpir la discusión, pero ninguno de los dos le presta atención. La tensión entre nosotros es tan intensa que casi puedo sentir cómo el aire vibra a nuestro alrededor.

—Veremos cuánto aguantas —dice James, levantándose de la silla y dirigiéndose hacia la puerta—. Te apuesto lo que quieras a que no llegas ni a la primera semana.

—¿Apostar? —respondo con una sonrisa desafiante—. Voy a quedarme aquí el mes y medio solo para demostrarte que te equivocas y cuando lo consiga, quiero verte largándote de mi propiedad con el rabo entre las piernas.

James se gira un segundo antes de salir y me lanza una última mirada desafiante.

—Lo veremos —murmura antes de desaparecer por la puerta.

El abogado suelta un largo suspiro cuando me quedo sola en la sala. Me dejo caer en la silla, tratando de calmarme, pero el pulso sigue golpeándome en las sienes. No sé qué pretendía Margaret con esto, pero estoy decidida a demostrar que puedo hacerlo. No voy a permitir que James Miller se quede con lo único que me queda de mi abuela.

Salgo del despacho con la rabia en carne viva, sintiendo cómo la frustración me recorre el cuerpo como un veneno imparable. No puedo creer lo que acaba de suceder. Me subo al coche y doy un

portazo que resuena en toda la calle, como si necesitara liberar la presión que me está oprimiendo el pecho. Miro el volante un segundo, intentando controlar el temblor en mis manos. Esto no puede estar pasando. No puedo quedarme en este maldito pueblo atrapada con James bajo el mismo techo. No es posible.

Arranco el motor y acelero por la calle principal, sin rumbo fijo, dejando que el polvo se arremoline tras el coche. Los recuerdos se agolpan en mi cabeza, todos los momentos que pasé en el rancho con Margaret, las veces que me enseñó a hacer bizcochos en la cocina, sus abrazos cálidos y las noches en las que hablábamos de lo que haríamos cuando yo creciera. Siempre pensé que ella sabía que mi lugar estaba en Nueva York y que entendía que no podía quedarme aquí toda la vida. ¿Por qué demonios me ha hecho esto?

Respiro hondo y bajo la velocidad al salir del pueblo, notando cómo el nudo en la garganta amenaza con romperse en lágrimas. No voy a llorar y mucho menos delante de James, que seguro que está disfrutando de ver cómo pierdo el control. Es lo que siempre quiso, hacerme sentir pequeña, débil y fuera de lugar. Pero no voy a darle ese gusto.

Después de dar vueltas con el coche sin rumbo, regreso al rancho y aparco el coche junto a la casa principal. Me quedo sentada un momento, observando el porche vacío y la puerta que parece observarme con una especie de reproche silencioso. Salgo del coche y subo los escalones, notando cómo el calor empieza a apretar con fuerza. El aire parece inmóvil, como si incluso el clima quisiera atraparme aquí, en este maldito lugar que siempre he odiado tanto como he amado.

Abro la puerta y entro en la casa. Todo está en silencio, como si el mundo se hubiera detenido en el mismo instante en que Margaret dejó de respirar. Me apoyo contra la pared y cierro los ojos, dejando escapar el aliento que llevo conteniendo desde que escuché a Hensley leer el testamento. Estoy atrapada. No hay otra palabra para describirlo. Si quiero sacar algún provecho de esta situación y volver a mi vida en Nueva York, tengo que soportar a James durante un mes y medio. No hay más opción. Si me voy, lo pierdo todo, y él

se quedará con la propiedad que tanto esfuerzo le costó mantener a mi abuela.

Me paso una mano por la cara y me dejo caer en el viejo sofá del salón. Siento cómo el cansancio se me pega a los huesos y lanzo un hondo suspiro. No entiendo por qué Margaret ha hecho esto. ¿De verdad pensaba que podía funcionar? ¿Qué pretendía, que conviviéramos como una familia feliz? Eso es imposible. Lo único que vamos a conseguir es matarnos o sacarnos los ojos mutuamente. Margaret debía saber que lo nuestro estaba roto desde hace años, que nunca ha habido nada más que reproches, miradas de odio y ese deseo latente que siempre hemos negado.

Justo en este momento, me golpea la verdad como una bofetada. Margaret lo sabía. Sabía que lo nuestro nunca se resolvió, que siempre quedamos atrapados en ese último verano y en esa maldita tarde junto al río donde todo se torció. Me muerdo el labio, sintiendo cómo el dolor regresa con más fuerza que nunca. Margaret no quería que huyera. Sabía que llevaba una vida entera escapando de lo que sentía y de lo que nunca tuve el valor de hacer frente.

Me paso una mano por el pelo, tirándome de las raíces con frustración. ¿Cómo puedo enfrentarme a esto? ¿Cómo puedo convivir con él sin volverme loca?

Aprieto los puños, recordando su sonrisa sarcástica en el despacho, esa forma de mirarme como si ya hubiera ganado, como si estuviera seguro de que no duraré ni una semana. Pues se equivoca, porque no voy a darle el gusto de verme fracasar.

Me levanto del sofá y recorro la casa, como si necesitara recordar cada rincón antes de que él empiece a invadirlo con su presencia. Las fotos en la repisa me observan desde otro tiempo, cuando las cosas eran más fáciles y Margaret seguía sonriendo mientras hacía café en la cocina. Me detengo frente a una de las fotos enmarcadas donde estamos las dos, yo con trenzas y una sonrisa torpe y ella con su delantal y una mano en mi hombro. No puedo evitar acariciar el cristal con la punta de los dedos, sintiendo cómo la nostalgia me araña el corazón.

—¿Qué querías que hiciera, abuela? —susurro—. ¿De verdad pensabas que esto era lo mejor para mí?

El silencio es la única respuesta que obtengo, y me doy cuenta de que estoy sola en esta batalla. James no va a darme tregua. Si quiero ganar esta guerra, tengo que sacar toda la fuerza que me queda y mantenerme firme. No puedo dejar que me venza, ni darle la satisfacción de verme caer.

Respiro hondo y camino hacia la cocina. Abro la nevera y saco una botella de agua. Bebo con avidez mientras intento despejar la mente. Sé que tengo que ser inteligente y que no puedo dejarme llevar por la rabia o el dolor. Si Margaret quería que esto funcionara, debe haber una razón que aún no entiendo. Quizás pensaba que convivir con él me haría cambiar de opinión y me haría ver las cosas de otra manera. Pero lo único que siento ahora es una furia imparable que me impulsa a demostrarle a James que no voy a huir.

Vuelvo al salón y me dejo caer de nuevo en el sofá, mirando el techo como si en las vigas de madera estuvieran escritas las respuestas que necesito. Un mes y medio. Solo seis semanas y luego podré vender esta maldita propiedad e irme para siempre. No va a ser fácil, pero lo haré. Porque si algo me enseñó Margaret fue a no rendirme nunca, aunque todo pareciera estar en mi contra.

—No pienso perder, James —murmuro para mí misma, notando cómo una sonrisa desafiante se dibuja en mis labios—. Esta vez, no.

Capítulo 6

James

Aparco frente a la casa principal, apago el motor de la *pickup* y bajo de un salto, con las dos bolsas en una mano. El calor que hace esta tarde es sofocante, por suerte, no llevo mucho equipaje, solo lo justo para no tener que volver al otro lado del rancho durante este mes y medio que Margaret nos ha impuesto.

Miro la fachada desde el porche, intentando asimilar que esta va a ser mi casa durante las próximas semanas. Compartida, claro. Con ella. Suelto un bufido y abro la puerta. La abuela siempre decía que esta casa era el corazón del rancho y, aunque siempre ha sido un refugio para mí, ahora la siento extrañamente fría. El eco de mis pasos resuena en el suelo de madera mientras avanzo hacia la escalera. No veo a Susan por ningún lado, pero sé que está aquí, igual de atrapada que yo.

Dejo mis bolsas en el suelo y me detengo un momento en el salón. Me acerco a una de las estanterías, donde la abuela solía colocar sus recuerdos, y encuentro una foto mía con Margaret cuando yo era una niña, en la que aparezco sujetando una herradura como si fuera un trofeo. A su lado, una de Susan con trenzas, sonriendo mientras sujetaba un pastel desastroso que parecía más un montón de migas que un postre decente. Sonrío sin querer, y el mal humor se me atenúa durante un segundo.

Sacudo la cabeza y llevo las bolsas al piso de arriba. La casa tiene cinco habitaciones, pero la abuela siempre mantenía la de invitados preparada por si alguien venía a visitarla. Esa será la mía, al menos hasta que esto termine. Empujo la puerta con el pie y me encuentro con una cama cubierta con una colcha de cuadros, una

pequeña cómoda y una ventana que da al prado. Dejo las bolsas sobre la cama y miro alrededor, pensando en lo raro que es estar aquí, en esta casa, sin Margaret. Todo parece más vacío.

Empiezo a sacar la ropa de mis bolsas y la coloco en la cómoda, tratando de no pensar demasiado en lo que acaba de pasar en el despacho del abogado. Susan está furiosa, y no me extraña. Supongo que yo también lo estaría si la situación fuera al revés, pero no pienso decírselo. La conozco lo suficiente como para saber que no va a dar su brazo a torcer fácilmente, y me va a costar mucho hacer que acepte que esto ya no es solo su terreno.

Cuando bajo de nuevo al salón, escucho pasos ligeros en el piso de arriba. Supongo que estará desempolvando su vieja habitación. Me cruzo de brazos y me apoyo en el quicio de la puerta, esperando ver su melena pelirroja aparecer en cualquier momento, pero no lo hace. Me acerco a la cocina y abro la nevera, porque necesito beber algo frío, pero solo hay una jarra de agua y unos cuantos limones. Tomo un vaso y me sirvo agua, para intentar que el líquido helado me calme el maldito calor, que se me ha instalado en el cuerpo desde que la vi en el despacho, con esos ojos verdes ardiendo de rabia. No puedo evitar que una sonrisa amarga me cruce el rostro al recordar cómo me desafió, como si estuviera dispuesta a tragarse el orgullo solo para no dejarme ganar.

—¿Te divierte esto? —pregunta de repente desde la puerta, por lo que me giro bruscamente al escuchar su voz.

Susan está ahí, con los brazos cruzados y la mirada llena de reproche. Parece cansada, pero no pierde ese fuego en la mirada y en el tono de voz tan típico de ella. Trago saliva y dejo el vaso sobre la encimera.

—¿De qué hablas? —le respondo en un intento de sonar indiferente.

—De esto —señalael espacio entre nosotros—. De tener que convivir bajo el mismo techo como si fuéramos una pareja feliz.

La miro de arriba abajo, intentando contener una sonrisa, que sé que la pondría aún más furiosa.

—No, no me divierte —contesto—. Pero me parece bastante irónico que seas tú la que tiene que aguantarse las ganas de salir

corriendo.

Susan resopla y hace rodar los ojos, visiblemente harta de mi actitud.

—No pienso darte el gusto de verme huir —espeta—. Si tengo que soportarte para quedarme con el rancho, lo haré. No me conoces tan bien como crees.

—Oh, claro que te conozco —respondo, acercándome un paso a ella para que no me pierda de vista—. Sé que te gusta pensar que ya no eres esa niña que se caía del caballo y lloraba de rabia. Pero lo sigues siendo, solo que ahora lo ocultas mejor.

Me sostiene la mirada, desafiándome a retroceder, pero no lo hago. Siento la tensión acumulándose entre los dos, como una cuerda que está a punto de romperse. Su respiración se acelera y noto cómo la furia se le arremolina en la mirada.

—No tienes ni idea de lo que soy ahora —me suelta, apretando los labios—. Así que no te atrevas a juzgarme.

—Quizá no —admito, encogiéndome de hombros—. Pero no necesito conocerte para saber que vas a largarte antes de que termine el mes y medio que debemos permanecer bajo este techo.

—¿Eso crees? —me pregunta con una sonrisa desafiante—. Pues te voy a demostrar que te equivocas.

Se da media vuelta y sale de la cocina, dejándome con las palabras atascadas en la garganta. Me quedo mirando la puerta cerrada y siento que el calor que se me ha acumulado en el pecho no tiene nada que ver con el ambiente sofocante de la casa. Aprieto los dientes y vuelvo a beber agua, para apagar el fuego que Susan ha dejado encendido dentro de mí con su mirada.

No sé si voy a sobrevivir a esta convivencia, pero una cosa tengo clara: no pienso dejar que me gane. Si Margaret pensó que esto iba a hacer que nos reconciliáramos, se equivocó de lleno. Porque lo único que ha conseguido es encender la chispa de una guerra que no pienso perder.

Después de que Susan sale de la cocina, me quedo un buen rato, intentando calmarme. Esa mujer tiene el don de hacerme perder los papeles con solo abrir la boca. No sé qué demonios esperaba

Margaret al meterme en esta situación, pero lo único que ha conseguido es alimentar el fuego que llevo acumulado dentro de mí desde hace años.

Respiro hondo y me sirvo otro vaso de agua, pero el calor sigue pegado a mi piel. No sé si es por la discusión o porque llevo todo el día bajo el sol, pero el caso es que el cuerpo me pide una ducha urgente. Así que subo las escaleras de dos en dos y me meto en la habitación de invitados, dejando la puerta abierta para que circule un poco el aire. Me quito la camisa sudada y la tiro sobre la silla antes de sacar una toalla de la bolsa.

El agua fría de la ducha me golpea el cuerpo llevándose por las cañerías el polvo del día y el mal humor que Susan ha dejado instalado en mis huesos. Cuando salgo de la ducha, me seco el pelo con la toalla y después me la paso por el torso, dejando que el fresco se me pegue a la piel. No tengo ganas de vestirme, porque el calor sigue siendo insoportable y mi cuerpo continúa en tensión, si estuviera en casa me quedaría así un buen rato, hasta que la temperatura fuera algo más fresca, pero estando aquí.... creo que debo ponerme algo de ropa. Aunque… si Susan cree que puede hacerme sentir incómodo en mi propia casa, está muy equivocada. Voy a demostrarle que yo aquí estoy como en cualquier parte, y si verla incómoda es un beneficio adicional para mí, pues mejor.

Salgo al pasillo con el torso desnudo y el pantalón vaquero aún desabrochado, secándome el pelo con la toalla. Oigo pasos en la habitación de al lado y sonrío al imaginar su cara cuando me vea así. Decido ir a la cocina para beber agua fresca. Mientras bajo las escaleras, escucho el ruido de sus pasos y la veo aparecer en el umbral del salón. Cuando me ve, se queda clavada en el sitio al verme medio desnudo. Intento no sonreír, pero me resulta casi imposible.

—¿Qué coño haces así? —me suelta, con la voz más aguda de lo normal.

—¿Así cómo? —respondo, fingiendo indiferencia mientras abro la nevera y saco la cerveza—. Hace calor. ¿O es que hay algún reglamento de vestimenta que me haya perdido?

Susan rueda los ojos, pero no puedo evitar notar cómo su mirada se queda pegada a mi pecho durante un segundo antes de apartarla bruscamente. Me apoyo en la encimera y bebo un trago largo de cerveza, disfrutando de la tensión en sus hombros y de cómo intenta aparentar que no me está mirando.

—Podrías ponerte una camiseta, al menos —masculla, girándose para salir del salón.

—¿Por qué? No hay nadie más aquí que tú y yo —replico con una sonrisa burlona.

—Precisamente por eso —me espeta, antes de desaparecer por el pasillo.

Suelto una carcajada baja y sigo bebiendo mientras me apoyo en el marco de la puerta. No entiendo por qué sigue intentando ocultar lo evidente. Siempre fue igual de orgullosa, incluso cuando éramos críos. Pero ahora ya no es una niña, y su mirada ya no tiene nada de inocente. Me da rabia admitir que me gusta provocar esa reacción en ella, porque sé que no debería gustarme, pero lo hace. Quizás porque nunca admitió que me deseaba, ni siquiera cuando casi nos besamos junto al río.

Termino la cerveza y dejo en envase sobre la encimera. Subo a mi habitación, pero antes me cruzo de nuevo con ella, pero ahora en el pasillo. Va cargada con ropa de cama y toallas, y cuando pasa junto a mí, el olor de su champú me invade. Ella se aparta bruscamente, como si no soportara que estemos tan cerca, pero no dice nada. Cuando llego a mi habitación, cierro la puerta y me dejo caer en la silla, pensando en cómo demonios vamos a sobrevivir a esto sin matarnos.

A la mañana siguiente, decido aprovechar que ella sigue en su habitación para hacer el desayuno. El olor a café y a tostadas llena la cocina, y cuando escucho sus pasos bajando las escaleras, hago como si no la hubiera oído. La siento acercarse, pero no me vuelvo para darle los buenos días.

—¿Piensas quedarte todo el día en la cocina? —pregunta con un tono de reproche, como si el simple hecho de estar aquí le molestara.

—Depende. ¿Te molesta? —respondo, sirviendo el café en mi taza y cogiendo una tostada.

—Haz lo que quieras —murmura, sacando otro vaso para servirse agua.

Finjo ignorarla mientras me siento en la mesa y le doy un bocado a la tostada. El silencio se cuela entre nosotros, pero noto cómo me lanza miradas furtivas desde el otro lado de la cocina. Disfruto de esa incomodidad, que parece estar tragándose a la fuerza, y no puedo evitar provocarla un poco más.

—¿Pensando en largarte ya? —le digo sin mirarla.

—No me iré, Miller. No te lo voy a poner tan fácil —responde, con la voz firme.

—Eso quiero verlo —replico, con una sonrisa ladeada.

Susan rueda los ojos y vuelve a salir de la cocina. Me quedo un rato más disfrutando de mi café y saboreando el hecho de que cada vez que la provoco, su orgullo salta como un resorte. Voy a hacerle la convivencia todo lo incómoda que pueda, porque si ella cree que puede ganar esta guerra, está muy equivocada.

Dejo mi plato en el fregadero y salgo al porche para revisar la cerca del establo. Sé que los hermanos Carter llegarán en un par de horas para ayudarme a reparar los daños que hizo el último temporal. Pero hasta entonces, pienso en cómo mantener la cabeza fría mientras Susan esté bajo este mismo techo. Si ya me está afectando y ayer fue el primer día, no quiero imaginar cómo estaremos después de un mes y medio. Pero no pienso ceder. Esta es mi casa tanto como la suya, y no pienso dejar que me eche. Al menos, no sin hacer todo lo que esté en mis manos para lograrlo.

El día va pasando lento, como si el tiempo se hubiera estancado con este maldito calor. Después de revisar la cerca y comprobar que todo está en orden, decido volver a la casa principal. No tengo ganas de encontrarme de nuevo con Susan, pero no pienso pasar el día fuera solo para evitarla. Esto es tanto mi casa como la suya, y si quiere guerra, la va a tener.

Cuando entro en la cocina, la veo de espaldas, rebuscando en los armarios como si estuviera buscando algo con desesperación. No

puedo evitar quedarme parado en el umbral, observándola sin que se dé cuenta. Lleva el pelo recogido en una coleta alta y la camiseta ceñida a su cintura deja a la vista esa curva de su espalda que siempre me descoloca. Aprieto los dientes y me acerco despacio, sin hacer ruido, hasta que estoy justo detrás de ella. Entonces me doy cuenta de que se ha quedado quieta, como si hubiera sentido mi presencia antes de verme.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto con voz baja, casi ronca.

Ella se gira de golpe y casi tropieza conmigo, porque estoy tan cerca que la atrapo entre la encimera y mi cuerpo sin darme cuenta. Puedo ver cómo se le tensan los hombros y cómo sus ojos verdes se abren un poco más de lo normal.

—Buscando un maldito cazo —intenta sonar firme, aunque sin conseguirlo del todo—. Quiero hacerme un café y no encuentro nada en esta cocina.

Levanto una ceja y disfruto de la forma en que intenta mantener el control, a pesar de que estoy invadiendo su espacio personal de una forma que sé que la hace arder por dentro.

—No me sorprende. No tienes ni idea de cómo moverte aquí —comento con una sonrisa torcida.

Ella levanta el mentón, desafiante, pero noto cómo tiembla su respiración y cómo su pecho se agita un poco más rápido de lo normal. Sin moverme, dejo que mis ojos recorran su cara, memorizando cada gesto que hace cuando está a punto de explotar.

—¿Vas a apartarte o piensas seguir ahí plantado todo el día? —espeta, intentando sonar dura.

En lugar de moverme, me inclino un poco más hacia ella, dejando que mi aliento roce su mejilla.

—¿Qué pasa, Collins? ¿Te pongo nerviosa? —susurro, disfrutando de cómo sus pupilas se dilatan ligeramente.

—Ni lo sueñes —responde, aunque la voz le tiembla un poco.

Al escucharla, una sonrisa se cuela en mis labios al ver cómo intenta mantener la compostura. Su aroma me invade de lleno, dulce y cálido al mismo tiempo, y eso hace que el fuego que tengo bajo la piel se avive aún más. Pero no pienso darle la satisfacción de saber lo que provoca en mí.

—Entonces muévete tú —le digo sin apartarme ni un centímetro de ella.

—Eres un cretino —responde entre dientes.

Me encojo de hombros y paso a su lado, rozándole el brazo de manera intencionada, para notar cómo su cuerpo se tensa al contacto. Camino hasta el fregadero, sin dejar de sentir su mirada clavada en mi espalda. Abro el grifo y dejo que el agua fría me refresque las manos mientras intento tranquilizarme.

—Si piensas que puedes asustarme hasta hacerme correr, estás equivocado, Miller —espeta de repente, girándose hacia mí con los ojos encendidos de rabia.

Suelo ser bastante tranquilo, pero algo en la forma en que lo dice me enciende de mala manera. Me seco las manos con un trapo y me giro hacia ella, acercándome de nuevo hasta que tengo su cara a pocos centímetros del mío.

—No necesito asustarte, Collins —le suelto con voz baja y peligrosa—. Tú sola te irás en cuanto te des cuenta de que no perteneces aquí.

Ella me sostiene la mirada, pero veo cómo sus labios tiemblan ligeramente, como si estuviera luchando por no dejarse vencer por la furia que arde en sus ojos. Nos quedamos mirándonos y la tensión entre nosotros es tan palpable que podría cortarse con un cuchillo, pero ninguno se mueve ni un centímetro.

—No vas a ganarme —me dice desafiante.

—Eso lo veremos —respondo sin apartar la mirada de sus ojos.

Al final, es ella quien rompe el contacto visual, se da la vuelta bruscamente y sale de la cocina. Me quedo apoyado en la encimera, mientras trato de procesar procesar lo que acaba de suceder. Sin duda, ella sigue teniendo el poder de descolocarme, y eso me cabrea más que cualquier otra cosa.

Aprieto los puños y respiro hondo para calmarme. No voy a dejar que me gane, ni en esta guerra ni en la lucha contra el deseo que llevo acumulando desde que la vi aparecer en el rancho. No pienso ceder terreno, aunque tenga que dejarme la piel en el intento. Si Margaret pensaba que esta convivencia iba a servir para

reconciliarnos, no podía estar más equivocada. Esto va a ser un maldito campo de batalla, y no pienso permitir que Susan Collins salga victoriosa.

Capítulo 7

Susan

El primer día de trabajo en el rancho me pasa factura nada más empezar. Estoy de pie en el establo, con las botas llenas de polvo y el pelo recogido de cualquier manera, intentando encontrar la manera de ponerle la montura al caballo que James ha elegido para mí. El animal me mira como si supiera que no tengo ni idea de lo que estoy haciendo, y eso me desespera.

—¿Piensas tardar todo el día? —la voz de James me llega desde la entrada del establo, ronca y cargada de sorna.

—Estoy intentándolo —le espeto, sin mirarlo.

—Deberías haber aprendido esto hace años —comenta mientras se acerca hasta mí y cruza los brazos sobre el pecho.

—Pues no he tenido a nadie que me enseñara —respondo, apretando los dientes—. Tú estabas demasiado ocupado haciendo el idiota.

James sonríe, disfrutando de la tensión que me está provocando. No me da la gana admitir que tiene razón, porque pasé años escapando de todo lo que tuviera que ver con este sitio. No quiero que lo sepa, ni darle esa satisfacción.

—¿Sabes qué? —me dice al final, arrebatándome la montura de las manos—. Déjame hacerlo, antes de que mates al pobre animal.

—No necesito tu ayuda —protesto, pero él ya está ajustando las correas con habilidad.

—Claro que no —murmura, aunque noto la sonrisa en su tono.

Mientras termina de preparar el caballo, miro a mi alrededor y veo a los hermanos Carter trabajando en el campo. El sol pega con

fuerza y el calor hace que el polvo se arremoline en el aire. Ya estoy cansada y solo llevo aquí un par de horas. Mi entrenador personal de Nueva York siempre decía que tenía una resistencia impresionante, pero aquí, en el rancho, me siento como una inútil.

—Sube —ordena James, dándole una palmada al costado del caballo.

Lo miro con escepticismo, pero me niego a mostrar inseguridad. Así que agarro las riendas y coloco el pie en el estribo, tratando de mantener el equilibrio, mientras impulso el cuerpo hacia arriba. El caballo se mueve un poco y pierdo el equilibrio al tropezar con el estribo. De no ser porque James me atrapa en el aire, habría terminado de cara contra el suelo.

—¿Siempre eres tan torpe o solo cuando estoy cerca? —pregunta, rodeándome la cintura con un brazo, mientras el otro sostiene las riendas.

—Suéltame —mascullo, aunque el calor de su cuerpo contra el mío me deja sin aliento.

—No hasta que dejes de moverte como una cría —me replica con voz grave, y siento el aliento rozándome el cuello.

Trago saliva y noto cómo el corazón se me acelera al sentir su pecho pegado a mi espalda. A pesar de toda la rabia que me provoca, no puedo ignorar el calor que me recorre el cuerpo cuando estoy tan cerca de él. Su olor a cuero y a sudor me embriaga y, por un segundo, cierro los ojos, intentando mantener la calma.

—¿Te crees que puedes manejar esto sola? —susurra en mi oído, y el temblor de mi cuerpo me traiciona.

—Claro que sí —miento, aunque el tono bajo y ronco de su voz me hace temblar.

James resopla y, antes de darme tiempo a reaccionar, coloca sus manos en mis caderas y me impulsa hacia la silla. El caballo se mueve bajo mi peso y me tenso al instante, aferrándome a la montura como si me fuera la vida en ello.

—Relájate —me dice James, pasándome las riendas con calma —. Si te pones rígida, el caballo lo notará y se pondrá nervioso.

—No estoy rígida —protesto, aunque el miedo me domina de pies a cabeza.

James coloca una mano en mi pierna para estabilizarme y siento el calor que emana a través de los vaqueros. Me obliga a mantenerme recta, mientras él sigue controlando al animal desde abajo. Intento no pensar en lo bien que me siento al tenerlo tan cerca y concentro toda mi atención en no caerme de la maldita montura.

—Deja que él marque el ritmo —me indica—. No tires de las riendas.

Asiento en silencio, luchando contra la vergüenza que me produce no tener ni idea de lo que estoy haciendo. James da una palmada al costado del caballo y este empieza a moverse lentamente, llevándome consigo mientras intento no desmoronarme del pánico. Él camina a mi lado y controla que no pierda el equilibrio.

—No lo estás haciendo tan mal —admite, aunque su tono sigue siendo un tanto burlón.

—No necesito tus cumplidos —trato de sonar firme.

El calor sigue pegado a mi piel, y cada movimiento del caballo hace que el contacto entre mi pierna y su mano se intensifique. No quiero reconocer lo que siento, pero la tensión en el ambiente es casi palpable. Sé que no debería dejar que me afecte, pero su presencia me envuelve como una manta que no puedo quitarme de encima.

—Si te caes otra vez, no voy a cogerte —me advierte.

—No me voy a caer —le respondo con los dientes apretados, aunque estoy segura de que sabe que estoy mintiendo.

Pero no estoy dispuesta a darle el gusto de verme débil. Aprieto las riendas con fuerza y sigo avanzando, sabiendo que lo único que puedo hacer es mantenerme firme, aunque por dentro esté temblando. No pienso dejar que James vea lo vulnerable que me siento en este lugar que alguna vez llamé hogar.

El calor sigue apretando cuando por fin consigo mantenerme en la silla del caballo sin parecer que voy a despeñarme en cualquier momento. James se mantiene a mi lado, con esa expresión de falsa indiferencia que me pone de los nervios, como si estuviera disfrutando, viéndome luchar por no caerme.

—No lo estás haciendo tan mal —comenta de nuevo, aunque su tono sigue siendo burlón.

Me muerdo la lengua para no contestar, porque sé que lo único que quiere es sacarme de mis casillas. Así que me centro en el ritmo del caballo, dejando que los movimientos se vuelvan más naturales a medida que avanzamos por el camino de tierra. A mi alrededor, el paisaje se extiende como un inmenso océano de pasto y colinas. El aire seco me golpea en la cara y, por un momento, siento una extraña calma que me desconcierta.

—¿Te estás acostumbrando? —pregunta James, mirándome de reojo.

No quiero admitirlo, pero la verdad es que sí. Hay algo en la forma en que el caballo se mueve que me resulta hipnótico, casi adictivo. Respiro hondo y dejo que el viento despeje mi mente, pero la sensación de paz me inquieta. No debería estar disfrutando de esto. No debería sentirme bien en este sitio al que juré no volver jamás.

—Solo intento no matarme —contesto con sequedad.

James suelta una carcajada y sacude la cabeza.

—Relájate, Collins. Los caballos no muerden… a menos que les des un motivo —añade con una sonrisa socarrona.

Le lanzo una mirada asesina, pero él no parece darse cuenta o, si lo hace, no le importa en absoluto. Nos adentramos en la parte trasera del rancho, donde los hermanos Carter están arreglando una valla rota. Al vernos llegar, ambos se giran y uno de ellos se apoya en el poste que acaba de clavar en el suelo.

—Vaya, mira quién se ha dignado a montar —dice uno de los mellizos, el que siempre lleva el sombrero ladeado—. ¿No te has caído todavía, princesa?

—Cállate, Nate —responde James con voz firme, pero el chico sigue sonriendo como si nada.

El otro mellizo, Luke, se acerca con una sonrisa idéntica a la de su hermano.

—Ya era hora de que alguien la pusiera a trabajar —comenta, dedicándome una mirada que no sé si interpretar como desafío o burla.

Respiro hondo y me bajo del caballo con torpeza, pero consigo mantener el equilibrio. No estoy dispuesta a dejar que estos dos me hagan sentir una inútil.

—Si tenéis algo que decirme, decídmelo a la cara —espeto, cruzándome de brazos.

Los hermanos se miran entre ellos y sueltan una carcajada, como si fuera una broma compartida entre los dos.

—Tranquila, princesa. Solo estamos diciendo que no pareces el tipo de mujer que se ensucia las manos —dice Nate, mientras se seca el sudor de la frente con el antebrazo.

—No soy ninguna princesa —replico con los dientes apretados —. Y si creéis que no puedo hacer esto, estáis muy equivocados.

James los observa en silencio, pero noto que no interviene, como si quisiera ver cómo manejo la situación. Me acerco un paso más a los mellizos y los miro directamente a los ojos.

—Puede que no sea una experta en esto —admito—, pero os aseguro que no voy a dejar que nadie me diga lo que puedo o no puedo hacer. Así que más os vale acostumbraros a que esté por aquí, porque no pienso largarme hasta que todo esto sea mío.

Nate parece sorprendido por mi respuesta, pero Luke se limita a sonreír.

—Eso me gusta —dice, aunque su tono sigue siendo burlón—. A ver cuánto aguantas.

Me vuelvo hacia James, esperando algún tipo de reacción, pero él solo levanta una ceja y sigue ocupándose del caballo como si no hubiera pasado nada. Siento el calor subir por mi cuello y me doy cuenta de que no estoy tan furiosa como pensaba, sino que me he sentido viva por un momento, como si enfrentarme a ellos me hubiera devuelto algo que creí perdido.

No debería gustarme trabajar aquí, ni debería sentirme bien entre el polvo, el sudor y el esfuerzo físico. Pero hay algo en todo esto que me hace sentir distinta, como si estuviera desafiando no solo a los demás, sino también a mí misma y eso me aterra.

Vuelvo a subir al caballo con más seguridad y le doy un pequeño toque en los costados para que avance. James me lanza una mirada rápida, pero no dice nada. Solo sonríe, como si supiera que estoy

luchando contra mis propios pensamientos. Intento ignorarlo y me concentro en seguir el ritmo del animal, intentando acallar el caos que se ha instalado en mi pecho.

El sol ya empieza a bajar y el calor sigue pegándose a mi piel. No sé cuántas horas llevo aquí, pero tengo el cuerpo completamente agotado y los músculos me duelen como si me hubieran apaleado. Me dejo caer en el porche, con las piernas estiradas y la espalda apoyada en uno de los postes de madera. No me importa que el suelo esté lleno de polvo, porque ya estoy tan sucia que un poco más no va a cambiar nada.

Me paso una mano por la frente, intentando secarme el sudor, pero lo único que consigo es pringarme la cara de tierra. Resoplo y miro el horizonte, viendo cómo el cielo se va tiñendo de tonos rojizos. Los últimos rayos de sol arrancan destellos en las colinas y el aire empieza a enfriarse ligeramente, pero todavía continúa haciendo mucho calor.

No estoy acostumbrada a este tipo de trabajo. En Nueva York, mis días pasaban entre reuniones, muchas horas de oficina, eventos y alguna sesión en el gimnasio, pero aquí cada tarea parece pensada para destrozarme. He intentado cargar con los sacos de pienso como si fueran bolsas de la compra, pero cada uno pesa como si llevara piedras dentro. Los caballos no me hacen ni caso y los hermanos Carter no pierden la ocasión de burlarse de mí a la mínima que cometo un error. Me muerdo el labio, sintiendo cómo la frustración me va llenando el pecho poco a poco. No pienso darme por vencida, pero hoy ha sido demasiado. Necesito una ducha, comer y dormir durante una semana.

—Pareces un saco de patatas —comenta una voz grave a mis espaldas.

Levanto la mirada y ahí está James, con esa media sonrisa que me pone de los nervios. Está apoyado en la barandilla del porche, observándome como si fuera el espectáculo del día.

—Vete a la mierda, Miller —mascullo, demasiado cansada para enfrentarme a él como se merece.

James suelta una carcajada baja y se aparta de la barandilla, caminando hacia mí con una botella de agua en la mano. La lanza en mi dirección sin mucho cuidado y yo alzo la mano justo a tiempo para atraparla. Nuestros dedos se rozan en el aire y un escalofrío me recorre el brazo, como si una descarga eléctrica hubiera atravesado mi piel. Él también parece notarlo, porque sus ojos oscuros se quedan fijos en los míos durante un segundo interminable. No debería afectarme, pero lo hace.

—Bebe algo antes de desmayarte —me suelta, volviendo a apoyarse en la barandilla como si nada.

Me paso la lengua por los labios resecos y desenrosco el tapón de la botella, bebiendo un trago largo que me sabe a gloria. El agua fría baja por mi garganta y siento cómo el alivio se extiende por mi cuerpo. Me limpio la boca con el dorso de la mano y resoplo de nuevo.

—¿Disfrutas viéndome hacer el ridículo? —le pregunto, sin molestarme en disimular el enfado que me quema por dentro.

—Un poco —admite, sin perder esa expresión indescifrable—. Pero al menos estás intentando hacer algo. No esperaba que te esforzaras tanto.

—No pienso darte el gusto de verme fracasar —le espeto, sintiendo que la rabia se me acumula en el pecho.

James levanta una ceja, como si no creyera ni una palabra de lo que digo. La tensión en el aire es tan palpable que me cuesta respirar. Él sigue mirándome como si estuviera intentando descifrar algo en mi cara, pero no sé qué busca. Estoy demasiado cansada para intentar averiguarlo.

—No eres tan inútil como pensaba —dice al fin, casi en un susurro.

—Gracias por el cumplido —respondo con sarcasmo.

James no replica, solo me mira con esa intensidad que me desarma. No debería dejar que me afecte, pero la forma en que sus ojos recorren mi cara hace que el calor vuelva a invadirme con fuerza. Intento apartar la mirada y concentrarme en el atardecer, pero siento su presencia como una corriente eléctrica que no logro ignorar.

—Si vas a seguir mirándome así, al menos haz algo útil —le suelto, intentando romper la tensión.

—¿Cómo qué? —pregunta, acercándose un paso más.

—Como desaparecer —le digo con descaro.

Suelta una carcajada baja, como si mi respuesta le hiciera gracia. Luego, sin previo aviso, se sienta en el suelo junto a mí, apoyando la espalda en el mismo poste que yo. Su brazo roza el mío y tengo que contenerme para no apartarme bruscamente de él. El calor de su piel se filtra a través de la camisa y me maldigo por la estúpida atracción que me provoca.

—Si crees que voy a dejarte el rancho sin pelear, estás muy equivocada —añade, con la voz ronca y baja.

—No pienso irme a ninguna parte —le replico, apretando los dientes.

—Eso lo veremos —murmura, desviando la mirada hacia el horizonte.

Nos quedamos en silencio, observando cómo el sol termina de ocultarse tras las colinas. El aire empieza a refrescar un poco y siento que el cansancio amenaza con vencerme. No quiero quedarme dormida aquí, pero el cuerpo no me responde. James no se mueve ni dice nada más, y por un instante parece que la guerra entre los dos se haya pausado. Pero sé que no va a durar, porque nada con él es fácil.

Finalmente, me levanto con esfuerzo, limpiándome el polvo de los vaqueros.

—Voy a darme una ducha —anuncio, intentando sonar indiferente.

—Buena idea —responde sin mirarme.

Subo los escalones del porche y entro en la casa, sintiendo su mirada clavada en mi espalda hasta que cierro la puerta detrás de mí. No sé qué demonios le pasa por la cabeza, pero una cosa tengo clara: no pienso dejar que me venza, ni ahora ni nunca.

Capítulo 8

James

El sol está bajando y el aire empieza a refrescar, pero el calor del día sigue pegado a mi piel como una capa de polvo. He regresado establo para asegurarme de que los caballos tengan agua suficiente antes de la noche. Shadow me observa con sus ojos grandes y oscuros que parecen saberlo todo, como si estuviera juzgándome por lo que he hecho hoy. Resoplo y le doy una palmada en el cuello, intentando quitarme de la cabeza esa maldita sensación de que me estoy metiendo en un lío monumental.

Llevo toda la tarde evitando cruzarme con Susan, porque después de la escena en el porche, necesito espacio para aclarar las ideas. No me gusta que me descoloque así, ni que su presencia me saque de quicio tan fácilmente. Pero el problema es que no solo siento rabia. Es otra cosa, algo que lleva años anidando dentro de mí y que he intentado enterrar bajo capas de indiferencia y orgullo. Pero tenerla aquí, en el rancho, sudada, agotada y con esa expresión de desafío en la cara, está removiendo toda la mierda que creía olvidada.

Cierro la puerta del establo y me apoyo en ella, dejando que el aire fresco me despeje. No debería afectarme tanto, pero lo hace. Ella me afecta en muchos más sentidos de lo que querría admitir y eso me cabrea. No porque sienta cosas que no quiero sentir, sino porque ella lo sabe y siempre lo ha sabido. Desde que era una cría que intentaba seguirme el ritmo sin éxito.

Las voces de los hermanos Carter llegan desde el otro lado del campo y decido ir a comprobar que todo esté en orden. Cuando rodeo el establo, la veo. Está a unos metros, intentando cargar un

saco de pienso, que claramente pesa más de lo que ella puede soportar. La veo luchar contra él, sudando y maldiciendo por lo bajo, y no puedo evitar sonreír ante su cabezonería. No va a pedir ayuda, aunque se le caiga el saco encima y la aplaste.

—¿Quieres que llame a una grúa? —bromeo, acercándome con las manos en los bolsillos.

Ella me lanza una mirada asesina y sigue tirando del saco, como si mi presencia fuera insignificante.

—Puedo hacerlo sola —responde entre dientes.

—Claro que sí —murmuro, pero no me muevo para ayudarla.

Después de un par de intentos fallidos, logra levantarlo a duras penas y lo arrastra hacia el almacén. La dejo hacer, porque sé que, si intervengo ahora, me va a soltar alguna barbaridad. No he conocido a nadie tan orgulloso en mi vida. Ni tan cabezota.

Cuando por fin consigue dejar el saco donde toca, se gira hacia mí con el ceño fruncido y el pecho subiendo y bajando por el esfuerzo. El rostro sucio de polvo y los mechones de pelo escapándose de la coleta le dan un aspecto salvaje y desordenado que me hace apretar los dientes.

—¿Ya te has divertido lo suficiente? —me pregunta con la voz cargada de sarcasmo.

—Más de lo que pensaba —admito con una sonrisa ladeada.

Ella resopla y se limpia la frente con el dorso de la mano, como si quisiera borrar cualquier rastro de debilidad.

—¿Sabes qué? —suelta de golpe—. Estoy harta de tus comentarios. No necesito que me juzgues cada dos por tres.

—No te estoy juzgando —respondo, encogiéndome de hombros—. Solo estoy esperando a que tires la toalla.

Su expresión se endurece y puedo ver cómo su orgullo se enciende, como si acabara de prenderle fuego a algo muy inflamable.

—No voy a largarme, si es lo que esperas que haga —asegura, alzando la barbilla—. No pienso darte el gusto.

—Ya veremos —murmuro, acercándome a ella un paso más—. Si aguantas una semana sin quejarte, te tomaré en serio.

—¿Qué? —pregunta, como si no hubiera escuchado bien lo que acabo de decirle.

—Eso mismo. Una semana. Sin quejarte, sin huir a la ciudad y sin dejar que el trabajo te supere. Si lo consigues, dejaré de pensar que no perteneces aquí.

Sus ojos verdes se clavan en los míos, desafiantes.

—No necesito tu aprobación —replica—, pero te demostraré que estás equivocado.

—Entonces tenemos un trato —digo, alzando una ceja.

Ella duda por un segundo, como si no estuviera segura de lo que acaba de aceptar, pero al final asiente.

—Hecho.

Me cruzo de brazos y la miro con una sonrisa de satisfacción. Si quiere demostrar que puede hacerlo, que lo haga. Pero algo me dice que no va a aguantar y no porque no sea capaz, sino porque este lugar no es su mundo, por mucho que intente convencerse de lo contrario. No puede dejar de ser esa chica de ciudad que necesita controlarlo todo y la rutina de su trabajo de oficina, y aquí no hay nada de eso.

—No voy a ayudarte si te metes en problemas —le advierto, porque sé que es necesario dejarlo claro desde el principio.

—No necesito tu ayuda —repite con la misma firmeza que siempre.

La dejo ahí, con su orgullo intacto y la mirada desafiante, y vuelvo hacia el establo para terminar con las tareas del día. Pero no puedo evitar pensar que esta apuesta va a ser mucho más interesante de lo que esperaba. Porque si algo tiene Susan es que no sabe rendirse, y eso me hace admirarla, aunque me cabree a partes iguales. Si logra mantenerse firme, puede que tenga que empezar a verla con otros ojos, aunque no pienso decírselo nunca.

Capítulo 9

Susan

La ducha me devuelve la vida, pero no lo suficiente como para que desaparezca el dolor que siento en cada uno de los músculos de mi cuerpo. El agua fría cae sobre mi piel y arrastra el polvo y el sudor acumulados durante el día. Me apoyo en la pared de azulejos y cierro los ojos, dejando que el agua me despeje la mente. Todo lo que quiero es tumbarme en la cama y dormir hasta que el mundo deje de girar.

Me ha costado admitirlo, pero el trabajo en el rancho es infinitamente más duro de lo que imaginaba. Mi entrenador personal siempre me decía que tenía una buena resistencia, pero dudo que ni él hubiera podido soportar lo que he pasado hoy sin caer redondo. Me miro las manos, enrojecidas y llenas de pequeñas ampollas que empiezan a aparecer en varios puntos de mis dedos. Tengo las uñas hechas un desastre y arañazos por los brazos de haber lidiado con las cuerdas y los fardos de heno. Me muerdo el labio, intentando no dejarme llevar por el agotamiento y después largo un hondo suspiro de puro cansancio.

Después de secarme el pelo, me pongo una camiseta amplia y unos pantalones cortos de algodón. La tela suave es como un bálsamo contra mi piel irritada y me permito un suspiro de alivio. Me miro en el espejo y me doy cuenta de que tengo las mejillas enrojecidas y el cabello revuelto, pero estoy demasiado cansada para arreglarlo. Además, ¿a quién le importa? No tengo que impresionar a nadie y mucho menos a James.

Al salir de la habitación, escucho un ruido en la cocina y frunzo el ceño, preguntándome qué estará haciendo. Bajo las escaleras con el ceño fruncido, pero cuando llego al pasillo, el olor a pollo asado me golpea como una bofetada. El aroma es tan intenso, que mi estómago gruñe en protesta y maldigo por lo bajo. No me esperaba encontrarme con esto.

Me asomo a la cocina y ahí está él, de espaldas, con una camiseta gris ajustada y unos vaqueros desgastados que cuelgan bajos en su cadera. Está concentrado en lo que hace, moviendo una espátula en una sartén que humea con lo que parece ser pollo a la plancha. ¿Desde cuándo cocina este idiota?

—¿Qué estás haciendo? —le pregunto, tratando de sonar desinteresada, mientras cruzo los brazos y apoyo el hombro en el marco de la puerta.

James gira la cabeza y me dedica una mirada fugaz antes de volver a concentrarse en la sartén.

—Preparando algo de cenar —me responde sin más.

Me acerco un poco, como si solo estuviera inspeccionando lo que está haciendo, pero no puedo evitar que la sorpresa se me note en la cara.

—¿Para los dos? —le pregunto, arqueando una ceja.

—Si prefieres comer cualquier otra cosa, adelante —responde con indiferencia—. Pero ya que estamos bajo el mismo techo, pensé que podría hacer algo para los dos.

—Vaya, no sabía que sabías cocinar —murmuro con una sonrisa irónica—. Así podré evaluar tus dotes culinarias, Miller.

James resopla, pero noto la sombra de una sonrisa en el borde de sus labios. Está concentrado en lo que hace, añadiendo unas especias a la sartén y dándole la vuelta al pollo con un gesto preciso y seguro. Me quedo un momento observándole en silencio, sorprendiéndome a mí misma por no soltarle alguna tontería para picarle. Quizá es el cansancio, o tal vez el hecho de que huele tan bien, que no tengo fuerzas para discutir.

—Siéntate, te avisaré cuando esté listo —dice de pronto, sin mirarme.

Parpadeo, confundida por el gesto. No estoy acostumbrada a que nadie me haga nada sin pedírselo y mucho menos él. Algo en su tono, o en la naturalidad con la que lo dice, me desconcierta, aunque no le doy el gusto de notar que estoy impresionada.

—No te creas que esto va a conseguir que me caigas mejor —le suelto mientras me siento a la mesa y me cruzo de piernas.

James no responde, pero veo cómo su mandíbula se tensa, como si estuviera luchando contra el impulso de replicar. No estoy segura de por qué lo hace, pero el gesto me desconcierta. Es como si quisiera demostrar algo sin decirlo en voz alta, aunque no pienso preguntarle.

El aroma del pollo se intensifica y mi estómago vuelve a gruñir, recordándome que no he comido nada desde el desayuno. Intento mantener una expresión de indiferencia, pero el olor me está volviendo loca. James apaga el fuego y se acerca con dos platos, uno en cada mano. Deja uno delante de mí sin hacer ningún comentario y se sienta al otro lado de la mesa, sirviéndose agua en un vaso grande.

—No te acostumbres —me dice al final—. No pienso cocinar para ti todos los días.

—Qué generoso por tu parte —respondo con una sonrisa forzada—. Podría acostumbrarme a tener a alguien que haga las cosas por mí.

James se encoge de hombros y empieza a cortar el pollo en su plato, sin dignarse a responder. Yo hago lo mismo, intentando ocultar el hambre que me consume. El primer bocado me sorprende tanto, que casi me atraganto. El pollo está jugoso, tierno y perfectamente sazonado. Me tomo un momento para saborearlo antes de darme cuenta de que James me está observando de reojo.

—¿No vas a decir nada? —me pregunta, intentando sonar indiferente.

Me encojo de hombros, fingiendo que no me impresiona.

—Está bien —respondo, como si no fuera gran cosa—, aunque podría estar mejor.

James sonríe, pero no parece molesto. Esa media sonrisa suya, hace que una parte de mí se revuelva de frustración. Odio que

sepa cocinar tan bien.

El resto de la cena transcurre en un silencio incómodo, que intento disimular concentrándome en el pollo que James ha cocinado. No quiero admitirlo, pero está buenísimo. Lo suficientemente jugoso y con el toque justo de especias como para que me cueste no admitir que me ha sorprendido. Él sigue comiendo tranquilo, sin dedicarme más que alguna mirada rápida de vez en cuando. Estoy demasiado cansada para provocarle y demasiado hambrienta como para perder el tiempo en lanzar pullas que luego se me atraganten.

—Pensaba que ibas a quemarlo —le digo al final, intentando sonar despreocupada.

James levanta la vista con esa media sonrisa suya que me saca de quicio y mastica con calma antes de responder.

—Eso es porque sigues creyendo que no soy capaz de hacer nada bien —contesta, alzando una ceja—. No es la primera vez que cocino, Collins.

—Ah, ¿no? —finjo sorpresa, aunque estoy realmente intrigada —. ¿Desde cuándo sabes cocinar?

Él se encoge de hombros y toma otro bocado antes de responder.

—Desde siempre. Alguien tenía que alimentarse en casa cuando mi viejo se largaba —responde sin darle importancia encogiéndose de hombros, pero noto cómo algo en su mirada se endurece por un segundo.

Me quedo en silencio y me doy cuenta de que he tocado un tema sensible sin querer. Recuerdo vagamente cómo Margaret solía dejar comida preparada para que James se la llevara a casa de su padre cuando se quedaba solo. No suelo pensar en eso, pero me encoge el estómago recordar que también él lo pasó mal. A veces se me olvida que, aunque siempre me haya parecido un chico fuerte e inquebrantable, también tenía sus propios demonios.

—Margaret cocinaba para ti, ¿verdad? —pregunto en voz baja.

James asiente con un gesto seco.

—Sí. Siempre dejaba algo en la despensa por si aparecía y si no, me pasaba por aquí y me hacía un bocata —responde sin alzar la

mirada de su plato.

Dejo el tenedor y me paso la lengua por los labios antes de atreverme a decir lo siguiente.

—Era buena en la cocina —comento—. Hacía el mejor pastel de manzana del mundo.

James sonríe, pero esta vez no parece una sonrisa burlona, sino real, que consigue que me arda el pecho, porque no la veía desde que éramos adolescentes.

—Ese pastel estaba tan dulce que me empalagaba —admite—. Pero siempre lo comía solo por verla contenta.

Sonrío de medio lado, recordando cómo Margaret se pasaba horas horneando en la cocina, mientras me enseñaba a medir las cantidades y a no quemar la masa. Durante los veranos en el rancho, todo parecía más fácil, como si el calor no resultara tan pesado y los días fueran interminables.

—La primera vez que intenté hacer uno, quemé la mitad de la masa y la otra mitad se quedó cruda —confieso, recordando cómo Margaret se rio hasta que le dolió la barriga.

James suelta una carcajada baja y me mira de reojo, con esa expresión que me desarma.

—Yo la vi tirarlo a la basura cuando pensaba que no mirabas —dice entre risas—. No quiso decírtelo para no desanimarte.

—¿En serio? —Me llevo las manos a la cara, avergonzada—. Pues yo pensaba que le había gustado.

—Claro. Te dijo que estaba buenísimo y se comió un trozo delante de ti —me recuerda—. Pobre mujer, nunca te habría dicho que era lo más horrible que había comido nunca.

Me echo a reír, y la tensión se disuelve por completo. James también se ríe, como si por un momento olvidáramos que estamos atrapados en esta convivencia forzada. Es extraño, pero me reconforta recordar cosas que compartimos hace años, cuando todo era más sencillo y todavía éramos amigos.

Después, nos quedamos en silencio un momento, pero el recuerdo de aquellos veranos me hace pensar en lo que sucedió después y en la distancia que se abrió entre nosotros sin remedio. Antes de darme cuenta, las palabras me salen sin filtro.

—¿Por qué lo hiciste? —le pregunto de golpe, notando cómo su sonrisa desaparece al instante—. Aquel día en el río. ¿Por qué me rechazaste?

James deja el tenedor en el plato y su expresión se vuelve seria, como si de repente le hubiera lanzado un jarro de agua fría por la cabeza. Trago saliva, pero ya es demasiado tarde para echarme atrás. Necesito saberlo, aunque me duela.

—Porque eras una cría —responde con sequedad— y yo tenía demasiados problemas como para cargar con algo más.

Me quedo mirándole, intentando procesar lo que me acaba de decir. No es la respuesta que esperaba, ni la que quería oír. Aunque lo que más me duele es que lo diga así, como si mi amor adolescente hubiera sido una carga para él.

—Así que solo fui eso, ¿eh? —mascullo, notando cómo la rabia se me enreda en el pecho—. Una cría pesada de la que querías librarte.

—No fue así, Susan —admite después de lanzar un suspiro—. Pero tenía miedo de lo que pudiera pasar y de lo que podría significar. No quería arrastrarte a mi mierda.

Me quedo en silencio, intentando asimilar lo que ha dicho. No sé si me está diciendo la verdad o si solo intenta justificarse, pero hay algo en sus ojos que parece sincero. Me levanto de la mesa sin decir nada más y llevo los platos al fregadero, con la certeza de que la conversación me ha dejado más vacía de lo que esperaba.

James no dice nada más, pero sé que me está observando desde la mesa, como si estuviera esperando alguna reacción que no llega. Me esfuerzo en mantenerme ocupada, en fregar los platos para no pensar en lo que acabo de escuchar.

Cuando termino, James ya no está en la cocina. Lo escucho en el salón, trasteando con el mando de la televisión. Decido no darle más vueltas y subo a mi habitación, buscando refugio en el único espacio que siento mío en esta casa. Intento leer un libro que dejé en la mesita, pero las palabras se me mezclan y la concentración se me escapa entre los dedos.

Al final, dejo el libro a un lado y me tumbo en la cama, escuchando el murmullo lejano de la televisión en el salón. Me

cuesta admitirlo, pero me duele que después de tantos años siga afectándome lo que pasó. Porque no es solo el rechazo, sino la sensación de que nunca tuve una oportunidad real con él. Como si siempre hubiera estado destinada a perder en esta historia.

Cierro los ojos e intento ignorar el nudo que siento en el pecho, pero es inútil. Porque James está ahí, a pocos metros, y la certeza de que lo que siento por él nunca se fue me atraviesa como un puñal afilado.

Capítulo 10

James

El sol apenas asoma cuando salgo de la casa y el aire fresco de la mañana me golpea la cara y me despeja de golpe. A veces me pregunto si esta rutina de madrugar tanto es una locura o simplemente el único modo que conozco de mantenerme cuerdo.

El rancho está tranquilo a estas horas, solo se escucha el leve susurro del viento y el relincho ocasional de algún caballo. Voy directo al establo y abro la puerta de un empujón, dejando que el olor a heno y a cuero viejo me envuelva. Es un aroma que conozco desde crío, algo que siempre me ha hecho sentirme como en casa. Shadow está ahí, esperando pacientemente, como si supiera que vamos a tener otro día de trabajo pesado. Me acerco a él y le acaricio el cuello, murmurando algo que ni yo mismo entiendo. A veces me gusta hablarle como si pudiera responderme. Él solo resopla y me empuja con el hocico, como exigiendo que me ponga en marcha.

Empiezo a preparar el pienso y las mantas mientras le doy vueltas a lo que sucedió anoche. La cena con Susan fue… rara. No estoy acostumbrado a ese tipo de treguas y mucho menos con ella. Hubo un momento en el que parecía que todo iba a estallar, pero en lugar de eso, terminamos hablando de Margaret y de esos veranos en los que todo era más sencillo. No sé si me sentí aliviado o más atrapado que nunca, porque recordar esos días con Susan me hace darme cuenta de lo mucho que he intentado bloquearlo todo en mi memoria desde que se marchó.

Termino de dejar el pienso preparado y saco la montura para ir ensillando a Shadow. Es una de las pocas cosas que realmente me

relaja, el contacto con el cuero y el sonido del metal cuando ajusto las correas. Estoy tan concentrado que casi no escucho el ruido de unos pasos detrás de mí.

—¿Ya estás trabajando? —pregunta una voz conocida, cargada de sueño.

Me doy la vuelta y ahí está ella, despeinada y con los ojos medio abiertos. No puedo evitar una sonrisa burlona al verla así.

—No sabía que las princesas de ciudad madrugaran —suelto, disfrutando de la expresión de fastidio que se le dibuja en la cara al escucharme.

Susan frunce el ceño y se cruza de brazos, como si así pudiera parecer más intimidante.

—No soy ninguna princesa —replica, intentando sonar segura —. Además, no quiero que pienses que voy a quedarme en la cama mientras tú te cargas todo el trabajo.

—Eso sería una novedad —le respondo, levantando una ceja —. No te preocupes, no esperaba que hicieras nada útil.

Ella pone los ojos en blanco y da un paso más hacia mí, como si quisiera demostrar que no piensa achantarse.

—Te demostraré que puedo hacerlo —espeta, y noto un brillo en sus ojos cargado de rabia, que siempre me ha provocado curiosidad.

—Ver para creer —murmuro, terminando de ajustar la montura en Shadow.

Susan me observa en silencio durante unos segundos, como si estuviera debatiéndose entre soltarme alguna pulla o simplemente dejarme con la palabra en la boca. Al final, suelta un bufido y se dirige hacia el otro extremo del establo, donde están los fardos de heno apilados. La veo intentar mover uno y me cuesta contener la carcajada.

—¿Te ayudo? —le pregunto, solo por joder.

—Ni lo sueñes —me responde, y sigue forcejeando con el fardo hasta que por fin consigue moverlo unos centímetros.

Sigo a lo mío, preparando las herramientas para revisar la cerca del campo sur. La dejo a su aire, porque sé que lo último que va a querer es que me meta en lo que está haciendo. Es cabezota

hasta decir basta y, aunque sé que lo más sensato sería echarle una mano, también quiero ver hasta dónde llega su orgullo antes de rendirse.

Dejo escapar un suspiro y acaricio el cuello de Shadow, que parece observarlo todo con la misma calma de siempre. No sé cómo vamos a aguantar un mes y medio así. La convivencia ya se está convirtiendo en una batalla diaria y llevamos menos de una semana. Pero si algo tengo claro es que no voy a dejar que me gane. Aunque, en el fondo, no estoy seguro de qué significa realmente ganar en esta situación.

Antes de salir del establo, la miro de reojo y veo que sigue luchando con los fardos. Aprieta los dientes y tiene el ceño está tan fruncido, que parece a punto de explotar. Por un momento, casi me dan ganas de ayudarla, pero sé que eso solo haría que me soltase alguna barbaridad. Así que mejor dejarla a su aire.

—No te mates —le digo antes de salir, sabiendo que mi comentario solo va a provocar que se cabree aún más.

—Vete a la mierda —responde sin mirarme y no puedo evitar sonreír mientras cruzo el patio hacia el campo.

No puedo dejar de pensar en esa conversación sobre el río que tuvimos anoche, cuando me preguntó por qué la rechacé. No fui sincero del todo, lo sé, aunque tampoco tengo claro qué más podía decirle. Ella nunca entendió lo roto que estaba entonces. Ni siquiera yo mismo lo comprendía del todo. Solo sabía que acercarme a ella era un riesgo que no podía permitirme. Porque si le hacía daño o si de algún modo la arrastraba conmigo a la mierda que era mi vida, no me lo habría perdonado.

Aprieto los dientes y me concentro en el trabajo que tengo por delante. Ahora no puedo permitirme pensar en el pasado, cuando la tengo tan cerca y cuando cada roce accidental me recuerda lo que intento olvidar. Esto va a ser un infierno, pero no pienso ceder ni un centímetro, aunque me vuelva loco en el proceso.

El día avanza lento y el calor empieza a apretar. Llevo un par de horas revisando el cercado del campo sur y estoy sudando como un condenado. Los hermanos Carter están un poco más adelante,

reforzando un poste que se ha descolgado. Aunque tengo mucho trabajo por hacer, mi atención se desvía una y otra vez hacia el establo. Sé que Susan sigue allí, peleándose con los fardos de heno, aunque ya debe haber cambiado de tarea, porque no la he visto salir en un buen rato.

Me acerco a los Carter para asegurarme de que todo va bien y Nate me hace un gesto con la cabeza mientras clava el poste en la tierra reseca.

—Parece que la princesa está dándolo todo hoy —comenta con una media sonrisa.

Frunzo el ceño, pero no digo nada. No voy a darle la satisfacción de saber que su comentario me ha picado. Luke, en cambio, se limita a resoplar mientras asegura la cuerda al poste.

—Va a durar menos de lo que crees —añade Nate, lanzándome una mirada de complicidad—. No está hecha para esto.

No respondo y me limito a seguir reforzando la valla con la malla metálica. Algo en el comentario de Nate me hace sentir incómodo, pero no quiero reconocerlo. No voy a aceptar que hay una parte de mí que desea que Susan lo consiga y que sea capaz de demostrar que no es esa cría frágil y delicada que recuerdo.

Cuando termino de asegurar el tramo de la cerca, me incorporo y me paso el dorso de la mano por la frente. El sudor me pica en la piel y el calor del sol parece más fuerte que nunca. Alzo la mirada hacia el establo y la veo justo allí, luchando por abrir una de las puertas traseras para sacar a los caballos hacia el campo de entrenamiento. La madera parece haberse hinchado con la humedad de la tormenta de hace un par de noches, y la puerta no cede. Susan tira y empuja, maldiciendo por lo bajo, pero logra moverla ni un milímetro.

No puedo evitar sonreír al verla tan cabezota, con el pelo recogido de cualquier manera y la camiseta pegada al cuerpo por el sudor. Aunque sé que lo más fácil sería acercarme y abrirla yo mismo, me quedo a una distancia prudente, disfrutando del espectáculo. Finalmente, Susan suelta un bufido de frustración y le da una patada a la puerta con la punta de la bota. El golpe hace que

el marco se astille un poco y ella suelte un taco que incluso desde aquí me hace reír por lo bajo.

—¿Piensas quedarte ahí mirando todo el día o tienes intención de hacer algo útil? —me grita, al verme apoyado en la valla con una sonrisa.

—Solo estoy evaluando tu técnica —le respondo, burlón—. Muy efectiva, desde luego.

Susan me lanza una mirada asesina y vuelve a tirar de la puerta con más fuerza. Estoy a punto de acercarme cuando la madera cede de golpe y ella casi se cae hacia atrás, pero logra mantener el equilibrio. La escena me provoca una carcajada que no puedo contener y eso la cabrea aún más.

—Vete a la mierda, Miller —murmura mientras guía a los caballos hacia el campo.

Me acerco con calma, fingiendo que no tengo prisa, y la alcanzo justo cuando está ajustando las correas del primero de los caballos. Se nota que está agotada, el sudor resbala por su nuca y sus brazos tiemblan ligeramente por el esfuerzo. También noto cómo su respiración se agita y sus manos siguen temblando mientras trata no perder el control del caballo.

—¿Necesitas ayuda? —le pregunto, más por provocar que por ofrecerle mi ayuda.

—No —responde con brusquedad, sin mirarme—. Lo tengo controlado.

Frunzo el ceño, notando que algo no va bien, y entonces lo veo: una línea de sangre resbala por su pantorrilla. Cojo el pequeño botiquín que tenemos junto a la puerta y me acerco sin pedirle permiso y antes de que pueda apartarse, me agacho y le levanto la pernera del vaquero. Tiene una buena raspadura justo en la parte externa de la pierna, y aunque no es profunda, el polvo y la suciedad ya se están metiendo en la herida.

—¿Qué coño te ha pasado? —le pregunto, aunque no hace falta que me lo diga para saber que ha debido de engancharse con alguna de las cercas rotas.

—No es nada —masculla, apartándose de golpe, pero la agarro del brazo para que no se mueva.

—Deja de hacerte la dura y siéntate —le ordeno con firmeza.

Ella intenta zafarse, pero no se lo permito. Termina cediendo y se sienta en un pequeño banco junto al establo mientras cojo el botiquín. Me arrodillo frente a ella y coloco la pierna sobre mi rodilla, observando la herida con atención. Susan intenta apartarse, pero la sujeto por el tobillo para que no lo haga.

—Quietecita —le digo—. Si no te desinfecto esto, se te va a poner como un tomate.

—Sé hacerlo sola —replica, aunque no parece tan segura.

No le hago caso y abro el bote de antiséptico. Cuando el líquido entra en contacto con la piel, ella aprieta los labios, intentando no quejarse, pero veo cómo cierra los ojos con fuerza. Aprovecho para limpiar bien la herida con una gasa antes de envolver la pierna con una venda limpia.

—¿Siempre tienes que hacerte la fuerte? —le pregunto mientras aseguro el vendaje.

—¿Siempre tienes que comportarte como si supieras lo que me pasa por la cabeza? —me responde, clavándome sus grandes ojos verdes llenos de rabia.

No digo nada, simplemente paso la mano por su pantorrilla para asegurarme de que la venda no le aprieta demasiado. Cuando mi pulgar roza la piel desnuda, noto cómo se le eriza el vello y su respiración se vuelve más profunda. Levanto la mirada y la encuentro observándome con el ceño fruncido, pero algo en su expresión me dice que no está tan molesta como intenta aparentar.

—Podrías darme las gracias —murmuro, sin apartar la mano.

—No te creas tan especial —masculla, aunque noto cómo su voz tiembla un poco.

No me muevo de donde estoy y mantengo el contacto y dejo que esa tensión incómoda y densa se acumule entre nosotros. Finalmente, me pongo en pie y me limpio las manos en los vaqueros antes de lanzarle una mirada de advertencia.

—No vuelvas a ignorar una herida solo por tu maldito orgullo —le digo con firmeza.

Susan resopla, pero no replica. Simplemente me mira como si no supiera si odiarme o besarme, y eso hace que una sonrisa se

asome a mis labios antes de volver a lo mío. No sé qué me pasa con ella, pero la mezcla de cabreo y atracción está empezando a volverme completamente loco.

Capítulo 11

Susan

El estruendo de un trueno sacude toda la casa y me despierta de golpe. La tormenta lleva cayendo toda la noche, hace temblar temblar las ventanas y llena el aire de electricidad. Me incorporo en la cama y me paso una mano por la frente, en un intento de calmar el temblor de mis manos. El viento golpea la fachada de la casa con una furia implacable, y cada relámpago ilumina la habitación como si estuviera a plena luz del día.

No soporto las tormentas. Nunca lo he hecho. Cuando era pequeña, siempre corría a la habitación de la abuela Margaret y ella me acurrucaba entre sus brazos, mientras me susurraba que todo estaba bien. Pero ahora estoy sola, atrapada en esta maldita casa que parece más grande y fría que nunca. Respiro hondo, intentando convencerme de que soy una adulta y que los truenos no me van a devorar, pero el ruido es tan ensordecedor que por mucho que lo intento no puedo ignorarlo.

El dolor de la pierna me recuerda la caída de ayer. La venda está bien sujeta, pero la herida me palpita como si quisiera recordarme lo torpe que soy. Apreté los dientes cuando James me ayudó a limpiarla y vendarla, y tuve que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no estremecerme bajo el contacto de sus manos. No pienso admitirlo, pero estar tan cerca de él me hace perder el control. No puedo evitarlo. Notar su respiración contra mi piel, sus dedos ásperos pero cuidadosos... Me maldigo en silencio por dejar que me afecte tanto.

Otro trueno sacude la casa y decido que quedarme en la cama no es una opción. Necesito despejarme, así que me levanto con

cuidado y me acerco a la ventana, observando cómo la lluvia azota los cristales con una violencia que parece no tener límite. El cielo está completamente cubierto de nubes negras, y el viento arrastra ramas y hojas por el suelo del porche. Con este tiempo, no me extrañaría que alguna de las cercas se haya venido abajo.

La tensión que llevo acumulando toda la semana no me permite dormir bien y el agotamiento empieza a pasarme factura. Decido darme una ducha caliente para quitarme el malestar de encima y relajarme un poco. Quizás así consiga engañar al cuerpo para que se calme.

Voy al baño y cierro la puerta con un clic que parece resonar en la casa vacía. Me miro en el espejo y me veo pálida, con el pelo revuelto y los ojos cansados. Suspiro y empiezo a desnudarme, dejando caer la ropa al suelo. El agua caliente tarda en salir, pero cuando lo hace, un vapor espeso comienza a llenar la estancia, envolviéndome en una especie de nube que logra reconfortarme.

El agua recorre mi cuerpo y dejo escapar un suspiro de alivio al sentir cómo la calidez me relaja los músculos tensos. Me llevo las manos al pelo y lo empapo por completo, dejando que el agua caiga por mi espalda como una cascada. Cierro los ojos y me concentro en el sonido de la lluvia golpeando el tejado, tratando de ignorar la presión que siento en el pecho y que se niega a desaparecer.

Entonces, la imagen de James se cuela en mi cabeza sin permiso. Recuerdo sus manos en mi pierna y su mirada fija en la herida, mientras sus dedos rozaban mi piel con una delicadeza impropia de James. Me muerdo el labio, odiándome por sentir este calor subiendo desde mi estómago hasta la garganta. Me apoyo en la pared de la ducha y cierro los ojos con fuerza, tratando de borrar su cara de mi mente.

—Susan —suena una voz al otro lado de la puerta, y el sobresalto hace que casi me resbale en la bañera. Reconozco el tono grave y ronco al instante y mi corazón se acelera.

—¿Qué quieres? —pregunto, intentando sonar indiferente, aunque la voz me sale más temblorosa de lo que esperaba.

—¿Estás bien? —insiste, y noto la preocupación en su tono, aunque trate de ocultarla.

Me paso una mano por el pelo mojado y respiro hondo, intentando calmar el nudo que se me ha instalado en el pecho.

—Estoy bien, no necesito tu ayuda —respondo, tratando de sonar segura.

Hay un breve silencio al otro lado, y creo que ya se ha marchado, pero su voz vuelve a filtrarse a través de la madera de la puerta, grave y suave, casi como un susurro.

—No estoy tan seguro de eso, Collins.

El tono de su voz hace que un escalofrío me recorra la columna. Siento cómo el calor se acumula en mi vientre y me muerdo el labio con fuerza, intentando ignorar el deseo que se enrosca en mi estómago. No quiero sentir esto, ni tampoco admitir que su cercanía me hace arder por dentro, pero cuando escucho sus pasos alejándose, una parte de mí se siente frustrada, como si deseara que hubiera cruzado la puerta y lo tuviera frente a mí, cara a cara.

Resoplo y cierro el grifo, dejando que el agua termine de caer en hilillos débiles. Me envuelvo en una toalla y me quedo un momento mirándome en el espejo, con el corazón aún golpeando fuerte en mi pecho. No puedo seguir así, ni dejar que el maldito James Miller me afecte de esta manera.

Me visto rápidamente y salgo del baño, todavía con el pelo húmedo y la respiración entrecortada. Cuando cruzo el pasillo hacia mi habitación, escucho un crujido proveniente de la sala de estar. Por un instante, me quedo inmóvil, preguntándome si James está ahí o si simplemente es el viento sacudiendo la casa. Pero cuando llego al rellano y asomo la cabeza, lo veo, sentado en el sofá con un vaso en la mano y la mirada perdida en el paisaje que se ve a través de la ventana.

No me oye llegar, así que me quedo en la sombra, observándole en silencio. Tiene el ceño fruncido y los hombros tensos, como si estuviera luchando contra algo que no puede controlar. Me pregunto qué estará pasando por su cabeza en este momento, pero enseguida desvío la mirada y regreso a mi cuarto, cerrando la puerta con cuidado. Me dejo caer en la cama, con el

peso de la tormenta aplastándome el pecho, y trato de convencerme de que puedo seguir ignorando lo que está creciendo dentro de mí.

El calor sofocante de Deep Valley se cuela por cada rendija de las ventanas mal ajustadas, y la tormenta sigue rugiendo en la distancia como una bestia que se acerca. Me envuelvo más en la vieja colcha de verano, que he encontrado en el fondo del armario de mi habitación. Me la paso por los hombros y la aprieto contra mí, mientras camino descalza por el pasillo. Al llegar al salón, la luz de un relámpago atraviesa las ventanas y dibuja sombras irregulares en las paredes. Me sobresalto y suelto una maldición por lo bajo, mientras noto cómo el corazón me late desbocado en el pecho. No estoy asustada... No, claro que no. No soy una niña, pero hay algo en esta tormenta que me pone los nervios de punta.

—¿Tienes miedo de una tormenta, Collins? —La voz profunda de James me hace girarme de golpe. Está apoyado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho y una media sonrisa arrogante que siempre consigue sacarme de quicio.

—No soy una niña, Miller —le suelto con la barbilla en alto.

James da un paso adelante, lento, como un depredador acechando a su presa y me recorre de arriba abajo con la mirada, deteniéndose en la colcha que llevo encima.

—Ah, ¿no? Podrías engañarme. Pareces una cría intentando esconderse bajo una manta vieja —dice con ese tono burlón que me hace apretar los dientes.

—¿No tienes nada mejor que hacer que molestarme? —le espeto, tratando de parecer indiferente, aunque sé que estar a la defensiva me delata.

James no me responde. Solo me observa con su mirada negra y profunda, que parece atravesarme. Otra sacudida de la tormenta hace vibrar los cristales, pero yo me niego a apartar la vista de él. No voy a dejar que me intimide, aunque su presencia haga que me sienta acorralada.

—¿Por qué siempre tienes que ser tan insoportable? —murmuro, clavando las uñas en la tela de la colcha.

—Porque tú siempre huyes cuando las cosas se ponen difíciles —me responde casi en un susurro, que me pone la piel de gallina.

—¿Perdona? —Mis ojos se entrecierran, desafiándolo.

—Eso es lo que haces. Huir. Lo hiciste cuando eras una cría y lo sigues haciendo ahora. —Su tono es amargo, lleno de reproche, y siento un nudo en la garganta al escuchar lo que me dice.

—No hables como si me conocieras, James. Porque no me conoces, no tienes ni idea de la mujer que soy —le respondo, sintiendo cómo la rabia empieza a subir por mi pecho.

—Oh, claro que te conozco. Eres la misma cría que salió corriendo cuando se dio cuenta de que el rancho no era un cuento de hadas —espeta, acercándose más hasta que casi puedo sentir el calor de su cuerpo rozando el mío.

—¿Eso crees? —le pregunto con la voz temblorosa por la frustración—. Fuiste tú el que me rechazó cuando más lo necesitaba. ¿Te acuerdas? ¿O prefieres fingir que nunca ocurrió?

James endurece el gesto, como si no hubiera esperado que sacara ese tema. Un rayo ilumina la habitación y, por un instante, veo su expresión vulnerable, casi dolida, antes de que vuelva a enfundarse en su habitual máscara de frialdad.

—No sabes lo que dices —murmura, pero su voz ahora ya no suena tan firme.

—Claro que lo sé —le respondo, ardiendo por dentro—. Fui una idiota por pensar que alguna vez te importé lo suficiente como para arriesgarte, pero no lo hiciste, ¿verdad? Porque siempre has sido un cobarde.

Nos quedamos en silencio. El viento golpea la casa y un trueno sacude los cimientos, pero ninguno de los dos se mueve. James me mira con los ojos entrecerrados, como si estuviera evaluando cada una de las palabras que he dicho. De repente, suelta una carcajada corta, amarga, que me deja helada.

—¿Cobarde? —repite, acercándose tanto a mí, que su aliento roza mi mejilla. —¿De verdad crees que no me arriesgué? ¿O eres tan estúpida que no te diste cuenta de lo jodido que estaba por ti?

Me quedo sin palabras al escuchar lo que me acaba de decir. Su mirada quema, pero no puedo apartar la mía de él. Y antes de

que pueda procesar lo que está pasando, su boca atrapa la mía en un beso feroz, furioso y lleno de años de rabia contenida.

Respondo sin pensar, dejando que el deseo explote en mis venas, enredando mis manos en su cabello mientras él me empuja contra la pared. Me sujeta por la cintura con una fuerza, que parece que va a romperme, pero no me importa. No puedo pensar, ni respirar, solo quiero perderme en este beso que sabe a desquite y a desesperación.

Pero de repente, la realidad me golpea con fuerza y lo empujo con ambas manos, apartándome de él como si me quemara. La confusión en su mirada me da una punzada en el pecho, pero no puedo quedarme ahí, no después de lo que acaba de suceder. Salgo corriendo por el pasillo y me encierro en mi habitación, cerrando la puerta tras de mí con un golpe sordo. Apoyo la espalda contra la madera y me dejo caer al suelo, tratando de recuperar el aliento. Aún me hormiguean los labios y me tiemblan las manos. ¿Qué demonios ha sido eso?

La tormenta sigue rugiendo afuera, pero yo apenas la escucho. Estoy atrapada en mi propio caos y soy incapaz de procesar lo que acaba de ocurrir. Cierro los ojos y, contra mi voluntad, recuerdo los días de mi infancia en el rancho, cuando la lluvia caía sobre los campos y yo me escabullía hasta el cobertizo para sentirme segura.

Me envuelvo en la colcha y me quedo en el suelo, temblando de frío y calor al mismo tiempo. Sé que no voy a dormir esta noche después de lo que ha pasado y, mucho menos, después de lo que ese beso ha desatado dentro de mí.

Capítulo 12

James

El amanecer me encuentra sentado en el porche, con el café frío en la mano y la cabeza hecha un lío. No he pegado ojo en toda la noche, y no es precisamente por la tormenta que ha azotado Red Valley hasta hace unas horas. El motivo de mi desvelo es ella.

Sigo notando el sabor de su boca en mis labios, el temblor de su cuerpo bajo mis manos y el calor abrasador de su piel contra la mía. Me maldigo una y mil veces por haber dejado que el deseo me ganara la partida y haberme lanzado a besarla. Pero, joder, ¿cómo se supone que iba a controlarme? Ella me miraba de esa manera que me hace perder la cabeza.

Me paso una mano por el pelo, despeinándolo aún más, mientras intento que el café me despierte de esta neblina en la que me encuentro. A lo lejos, el sol empieza a asomar tras las colinas, y el cielo despejado parece burlarse de mí, porque anoche el mundo parecía que el mundo se venía abajo con la tormenta y ahora todo está tranquilo, como si no hubiera pasado nada. Pero algo ha cambiado y no dejo de preguntarme si ella siente lo mismo o si solo se dejó llevar y ahora se arrepiente.

El crujido de la puerta me hace girar la cabeza y ahí está, en el umbral, con el pelo revuelto y el gesto serio. No me mira directamente, pero noto cómo intenta aparentar que no pasó nada anoche. Bien, si eso es lo que quiere, puedo jugar a lo mismo. Aunque me hierva la sangre al pensar que puede hacer como si nuestro beso no hubiera significado nada para ella.

—¿Cómo que has madrugado tanto? —le suelto intentando que no note lo irritado que estoy. Ella me lanza una mirada fugaz

antes de bajar la vista al suelo.

—No podía dormir —responde, con la voz queda.

—¿Remordimientos? —dejo caer, más por picarla que porque realmente quiera saberlo. Ella se tensa y sé que he tocado su fibra sensible.

—No tengo nada de lo que arrepentirme —me contesta, con la barbilla alta y esa actitud que me saca de quicio y me enciende a partes iguales. —¿Tú sí?

Muerdo el interior de mi mejilla para no soltarle una sarta de tonterías, porque evidentemente que no me arrepiento, pero no pienso decírselo. No quiero que crea que tiene poder sobre mí.

—No fue nada —digo finalmente, intentando sonar indiferente. La veo fruncir el ceño, como si no esperara esa respuesta, y eso me provoca un ligero placer. A lo mejor esperaba que le suplicara otro beso, pero no pienso darle el gusto.

—Perfecto —responde con una frialdad que no cuadra con el brillo incómodo de sus ojos. —Olvidémoslo, entonces.

Asiento, aunque la idea de fingir que no pasó nada me jode mucho. Me levanto del porche y paso junto a ella, intentando ignorar el aroma de su piel aún húmeda por la ducha. Respiro hondo, porque si me dejo llevar, la empotraré contra la pared y la besaré hasta que deje de hacerse la orgullosa. Pero no, no lo voy a hacer, no pienso darle esa satisfacción.

—Voy a revisar la cerca del este —anuncio, casi como si le estuviera haciendo un favor informándola de mis movimientos. —Si tienes algo que hacer, hazlo y no me molestes.

Ella me lanza una mirada de puro fuego al escucharme, pero no responde. Aprieto los puños mientras camino hacia el granero, tratando de sacármela de la cabeza, aunque me resulta imposible, porque nuestro beso sigue tatuado en mis labios.

¿Qué me pasa con Susan?

Debería estar más que acostumbrado a su actitud insoportable, pero ahora todo ha cambiado. Ahora la quiero en mi cama, bajo mi cuerpo y gimiendo mi nombre.

Golpeo el poste de la cerca con más fuerza de la necesaria, intentando liberar la frustración que me consume. El trabajo físico

siempre me ha servido para pensar con claridad, pero hoy no me funciona, porque cada vez que cierro los ojos, vuelvo a sentir sus labios contra los míos y el sabor de su rabia en mi boca. Y sé que, si me vuelve a desafiar, no voy a poder contenerme, porque lo que ocurrió anoche no fue suficiente para mí. Ni de lejos.

Termino de revisar la cerca del este, asegurándome de que las maderas estén bien firmes y los postes bien clavados en el suelo. El sudor me resbala por la nuca y me pega la camisa al cuerpo, pero el trabajo físico no está logrando calmar la tormenta que llevo dentro. Susan sigue en mi cabeza y lo desordena todo, como si se hubiera quedado tatuada bajo mi piel.

Al regresar al granero, oigo su voz en la distancia. Está hablando con alguien, y mi estómago se revuelve al reconocer el tono dulce que utiliza. Me acerco despacio, con la mandíbula apretada, hasta que distingo su figura apoyada en la valla del corral, sujetando el móvil contra la oreja. No puedo oír lo que dice, pero su expresión habla por sí sola. Está sonriendo como una maldita cría enamorada.

Cuando me acerco lo suficiente, escucho un nombre que me hace querer golpear algo: Ryan Davenport. ¿Es el mismo Ryan con el que la vi hace un tiempo besándose en su *feed* de Instagram? ¿Qué coño hace hablando con ese imbécil?

—Claro que sí, Ryan. No te preocupes, todo va bien aquí. Solo estoy... adaptándome. —Su voz suena despreocupada.

La rabia me quema la garganta y no puedo contenerme.

—¿Te lo estás pasando bien, Collins? —le suelto, más brusco de lo que pretendía. Ella se gira y me lanza una mirada de sorpresa.

—¿A ti qué te importa? —responde con una media sonrisa mientras termina la llamada y guarda el móvil en el bolsillo trasero de sus vaqueros.

La miro de arriba abajo, tratando de controlar el impulso de arrancarle el teléfono de las manos. Susan se cruza de brazos y arquea una ceja, retándome a decir algo más.

—¿Te molesta que tenga vida fuera de este rancho, Miller? —pregunta, adoptando esa postura de superioridad que me saca de quicio.

—Me molesta que pierdas el tiempo con idiotas —espeto, intentando parecer calmado, aunque sé que mi voz es demasiado tensa.

Ella sonríe con un deje de burla en los labios, y eso hace que mis tripas se retuerzan aún más.

—¿Idiotas? —repite, como si no supiera a qué me refiero. —¿Ryan te parece un idiota? Porque no lo parece cuando hablamos de cosas interesantes... o cuando hacemos cosas interesantes.

Su comentario me atraviesa el pecho, y antes de darme cuenta me planto frente a ella, lo suficientemente cerca como para notar el calor de su piel y el aroma de su perfume.

—¿Eso te divierte? —gruño, con la mandíbula apretada. —¿Provocarme a propósito? ¿Insinuar que pasas el rato con ese idiota solo para que yo me quede aquí, mordiéndome la lengua?

—Si eso te molesta, el problema es tuyo —responde, encogiéndose de hombros como si no le importara en absoluto lo que pienso.

Nos quedamos en silencio y mis manos arden con el impulso de agarrarla y hacerle entender que no me importa lo que diga, porque no pienso dejar que alguien como Ryan tenga lo que es mío. Me doy la vuelta, maldiciendo en voz baja, pero antes de alejarme escucho su risa contenida, como si disfrutara viéndome perder el control.

No puedo evitar darme la vuelta de nuevo, mirarla y soltar:

—¿Sabes lo que eres, Collins? Una cobarde. Te escondes detrás de tus palabras bonitas y tus sonrisas falsas, porque tienes miedo de admitir lo que realmente quieres.

Por un instante, veo cómo su expresión se rompe, como si mis palabras le hubieran golpeado donde más le duele.

—No tienes ni idea de lo que quiero, James. Así que no te atrevas a juzgarme.

La veo alejarse con pasos firmes, sin girarse. No puedo seguir así, peleando con ella cada dos por tres. Pero tampoco puedo dejar

de hacerlo, porque cada vez que la veo sonreír a otro hombre, me entran ganas de arrancarle de cuajo esa sonrisa con un beso y hacerle entender que no es de nadie más que mía.

El día sigue su curso mientras intento concentrarme en el trabajo. Las tareas en el rancho deberían bastar para mantenerme ocupado, pero mi cabeza sigue enredada en Susan. Maldita sea, ¿por qué no puedo quitármela de la cabeza?

Estoy en el corral, asegurándome de que los caballos estén bien alimentados, cuando noto su presencia a lo lejos. Está cargando pacas de heno, aunque a su manera torpe. La camisa se le ha subido un poco por el esfuerzo y deja a la vista un trozo de piel, que hace que la garganta se me seque de golpe. Aparto la mirada, consciente de que si sigo mirándola no voy a poder controlar lo que estoy sintiendo. Ella parece darse cuenta de que estoy ahí y se gira, se cruza de brazos y arquea una ceja. Me acerco, porque tengo que llevar un lazo para los caballos y no tengo más remedio que pasar junto a ella. Al llegar a su lado, estiro el brazo para darle la cuerda y, al hacerlo, mis dedos rozan los suyos de manera casi accidental. Ella da un respingo y me mira, como si nuestro leve contacto la hubiera electrocutado.

—¿Tienes algún problema? —le pregunto, sin soltar el lazo.

—Ninguno —responde, aunque su tono de voz es más de lo habitual.

Le suelto la cuerda y, en lugar de apartarse, me mira con sus ojos verdes que parecen querer leerme el pensamiento. Siento el impulso de acercarme más, pero me contengo, aunque apenas puedo ocultar la tensión que me recorre de arriba abajo.

Cuando se da la vuelta, noto cómo se pasa los dedos por los labios de manera provocativa, como si recordara el beso de anoche. La muy condenada lo está haciendo a propósito, y sabe exactamente lo que me provoca con su gesto. Aprieto los puños y respiro hondo, tratando de no perder el control delante de los otros vaqueros que están trabajando en el corral. Pero, aunque no quiera, mis ojos siguen cada uno de sus movimientos, como si estuviera hipnotizado.

Los hermanos Carter pasan cerca y los escucho cuchichear entre ellos. Sé que están hablando de Susan y de mí, y eso solo me irrita aún más. Pero lo que realmente me pone al límite es la sonrisa de suficiencia que ella me lanza cuando nota que la estoy mirando.

—¿Te falta mucho? —le pregunto con tono cortante.

—No sabía que tuvieras tanta prisa —responde, casi divertida. —¿O es que te molesta que trabaje aquí?

—Lo que me molesta es que no hagas bien tu trabajo —le suelto, sin pensar demasiado en mis palabras. Al escucharme, se pone tensa y su expresión se vuelve más fría.

—¿Y desde cuándo te importa lo que haga? Pensaba que estabas ocupado ignorándome —me lanza, desafiante.

La miro fijamente, tratando de encontrar una respuesta que no suene tan desesperada como realmente estoy. Pero no tengo tiempo para pensar en nada inteligente, porque Tom, uno de los vaqueros, se acerca con una cuerda en la mano y se coloca junto a Susan.

—¿Todo bien por aquí? —le pregunta Tom con una sonrisa y yo lo fulmino con la mirada, aunque él parece no darse cuenta.

—Sí, todo en orden —le responde Susan, dedicándole una sonrisa que hace que se me revuelvan las tripas. ¿Por qué cojones está coqueteando con él delante de mí?

Tom le dice algo sobre el ganado y ella le responde con una risa ligera, que me enerva aún más. No puedo seguir escuchando esta mierda sin hacer algo al respecto.

—Collins —le digo y se gira hacia mí, con una ceja arqueada.

—¿Qué pasa ahora? —pregunta, haciéndose la desentendida.

—Deja de perder el tiempo y ven a ayudarme con los caballos —le ordeno, sin molestarme en disimular mi tono autoritario.

—¿Perder el tiempo? —replica, pero noto que se ha tensado al ver mi expresión. —No estaba perdiendo el tiempo, estaba haciendo mi trabajo.

—¿Tu trabajo incluye reírte con Tom mientras los caballos están sin atender? —le suelto, sin poder contener que los celos se apoderen de mí.

Me lanza una mirada furiosa, como si estuviera a punto de decirme cuatro cosas, pero se calla y me sigue hasta el establo.

—¿Qué coño te pasa? —me suelta de repente, plantándose frente a mí. —¿Por qué siempre tienes que ser tan insoportable? ¿Te molesta verme hablando con alguien que no seas tú?

Me quedo callado, porque no pienso reconocer que verla con otro tipo me ha hecho perder los nervios. Ella se acerca, demasiado, hasta que puedo sentir su aliento rozándome la mandíbula y me mira de esa manera que me vuelve loco.

—¿Tanto te importa? —insiste, bajando la voz, como si intentara que confesara lo que estoy sintiendo.

No le contesto, porque no puedo. Si le digo la verdad, perderé lo poco que me queda de control. Ella sonríe de medio lado, como si hubiera ganado esta estúpida batalla. Me lanza una última mirada y se da la vuelta, pero no puedo permitir que se marche así. La agarro del brazo, obligándola a girarse y mirarme de frente.

—No juegues conmigo—le advierto, apretando la mandíbula—, porque no tienes ni idea de hasta dónde estoy dispuesto a llegar.

Ella no responde. El calor entre nosotros es casi insoportable y me maldigo por no poder mantener las manos lejos de ella. Finalmente, la suelto y me alejo, tratando de calmar la rabia y el deseo que me consumen.

Capítulo 13

Susan

Me lo he prometido antes de salir de la casa: esta noche me lo voy a pasar bien. No voy a dejar que la estúpida actitud de James me arruine otra vez. Esta noche es mi noche, por eso me he plantado el vestido más ajustado que he encontrado en el armario, uno que ni recordaba que había metido en mi maleta. Me he recogido el pelo en una coleta alta, que deja mi cuello al descubierto y me he pintado los labios de rojo.

El ambiente en la fiesta del rodeo es emocionante y divertido. Los vaqueros del pueblo se mueven con una seguridad desbordante, hacen apuestas en la pista, mientras los caballos trotan al ritmo de la música country que resuena desde los altavoces. Las chicas se agrupan en torno a las cervezas, lanzando miradas coquetas a los que se creen invencibles en la arena. Yo me apoyo en la barra y me pido una cerveza para calmar la rabia que llevo acumulada desde esta mañana. El camarero me sonríe cuando me la sirve, y le doy las gracias con la mejor sonrisa que soy capaz de fingir.

—¿Una chica como tú no debería estar en el centro de la pista? —dice alguien detrás de mí. Me giro y ahí está Ryan, tan elegante como siempre, con su habitual aire de superioridad que lo hace parecer fuera de lugar en Deep Valley.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto sorprendida.

—He venido a asegurarme de que estás bien —me responde mientras me recorre con la mirada de pies a cabeza—. Aunque parece que no necesito preocuparme por ti.

Me río, dejándome llevar por el alivio de ver una cara conocida que no me mire como si quisiera arrancarme la piel a tiras. Ryan

siempre ha tenido esa capacidad de hacerme sentir apreciada, aunque nunca fue el hombre adecuado para mí, ni siquiera cuando fuimos novios. Me acerco un poco más, sintiendo que el alcohol ya empieza a correr por mis venas.

—¿Sigues pensando en quedarte más tiempo por aquí? —me pregunta, inclinándose hacia mí para que su voz llegue solo a mis oídos.

—No lo sé —respondo, girando el botellín entre mis manos—. A veces me pregunto si no debería haberme quedado en Nueva York.

—Te lo dije, Susan. Este lugar no es para ti —Ryan roza mi brazo con los dedos, y la cercanía me provoca un escalofrío, pero no el tipo de escalofrío que me provoca James —. Vuelve conmigo.

Me tenso, consciente de que alguien está mirándonos. Alzo la vista y ahí está él, James, a pocos metros de distancia, con la mandíbula apretada y los ojos oscuros clavados en nosotros. Se esfuerza por mostrarse impasible, pero sé que está al límite. Así que aprovecho la situación, me acerco más a Ryan y le sonrío.

—¿Sabes? Quizás tengas razón —murmuro—. Quizás lo mejor sea irme de aquí.

Ryan parece sorprendido por mis palabras, pero su ego le hace pensar que estoy hablando en serio. No me importa. Lo único que quiero es que James reaccione de una vez y deje de actuar como si lo nuestro no le importara.

—Me alegra escuchar eso —responde Ryan, inclinándose para besarme la mejilla. Pero antes de que pueda siquiera rozarme, una mano fuerte lo aparta de un tirón.

—Aparta las manos de ella —gruñe James, y la tensión en su voz hace que todo el bar se quede en silencio.

Ryan intenta recomponerse, pero James no le da tiempo. Lo empuja con fuerza, haciendo que se tambalee hacia atrás y choque contra la mesa más cercana. La música se detiene y la gente se aparta, formando un círculo alrededor de nosotros.

—¿Qué demonios te pasa? —protesta Ryan, alzando las manos en señal de calma.

—Tú cállate —responde James, dándole un empujón más fuerte que lo tira al suelo—. No quiero volver a verte cerca de ella.

Antes de que alguien pueda intervenir, Ryan se levanta y lanza un puñetazo, que James esquiva con facilidad y le responde con un derechazo, que va directo a su mandíbula. El golpe suena seco y Ryan cae al suelo, sujetándose la cara mientras la sangre le resbala por el labio.

—¡Basta! —grito, apartándole antes de que vuelva a golpearlo —. ¿Se puede saber qué estás haciendo?

James me mira con sus ojos oscuros, todavía llenos de rabia, y me doy cuenta de que su respiración está descontrolada. Me agarra del brazo y tira de mí fuera del bar, sin decir ni una sola palabra. La gente murmura, pero nadie se atreve a detenerlo.

Cuando llegamos al aparcamiento, me suelta de golpe y se gira hacia mí, respirando con dificultad.

—¿Qué coño te pasa? —le espeto, cruzándome de brazos frente a él.

—Lo mismo que te pasa a ti —responde, sin apartar la mirada de mí—. No podemos seguir fingiendo, joder.

No me da tiempo a contestar antes de que me arrincone contra la camioneta, atrapándome con su cuerpo. Siento el frío del metal en la espalda y el calor de su aliento en mi cuello. Pasa un dedo por mi piel desnuda, siguiendo el camino desde la base de mi garganta hasta la clavícula, y me estremezco sin poder hacer nada por evitarlo.

—No te atrevas a jugar conmigo —susurra contra mi piel, y su voz ronca hace que me falte el aire.

Su boca se acerca a la mía, rozándola con una delicadeza que me desarma. Estoy a punto de ceder cuando se aparta, dejándome con el deseo atragantado en la garganta. Me muerdo el labio e intento recuperar el aliento.

—¿Es esto lo que quieres? ¿Provocarme hasta que pierda el control? —me pregunta, acariciándome el cuello con las yemas de sus dedos.

—Yo... —No consigo formular una frase coherente, porque tenerlo tan cerca me anula cualquier pensamiento racional.

—Dilo —exige, apretándose un poco más contra mí—. Admite que me deseas tanto como yo a ti.

Antes de que pueda decir nada, su boca atrapa la mía en un beso voraz y desesperado, que me hace arquearme contra él. Mis manos se hunden en su pelo, mientras él me agarra la cintura con fuerza, pegándome a su cuerpo. El calor nos envuelve como una llama que no puedo apagar y cuando se aparta, ambos estamos jadeando.

—Eres insoportable —murmuro contra su boca.

—Y tú eres mi maldita condena —responde, volviendo a besarme con la misma desesperación.

Nos quedamos enredados entre besos en el aparcamiento, mientras la fiesta sigue en el interior. Nada más importa en este momento, salvo el hecho de que por fin ha admitido lo que ambos llevamos tanto tiempo evitando.

Capítulo 14

James

—¿Qué coño estás haciendo? —me suelta, intentando sonar desafiante, pero su voz tiembla, y eso me dice mucho más de lo que ella quisiera admitir.

—Lo que llevo demasiado tiempo queriendo hacer —respondo sin pensar, y mis labios atrapan los suyos en un beso que no admite protestas. La agarro por la cintura y la pego a mi cuerpo, sintiendo cómo su piel arde bajo mis manos. Ella gime contra mi boca, y el sonido me atraviesa como una descarga que me recorre el cuerpo entero. Ya no hay marcha atrás.

La empujo contra la puerta de la camioneta y ella se arquea hacia mí, como si estuviera buscando más contacto, más de lo que solo yo puedo darle. Mis manos recorren su espalda mientras sus dedos se enredan en mi pelo, tirando de él con fuerza. Maldigo en voz baja, porque siento que me estoy volviendo loco, pero no soy capaz de detenerme.

—James... —susurra, y el sonido de mi nombre en sus labios me pone al límite. No puedo pensar ni contenerme. Mi cuerpo responde solo, duro y palpitante contra su vientre, y ella lo nota. Lo sé porque se tensa y un jadeo escapa de su boca antes de que la vuelva a besar con más furia, mordiendo su labio inferior y sintiendo cómo se estremece entre mis brazos.

Sus manos descienden por mi pecho y tiran de mi camisa como si quisiera arrancármela, y eso me excita aún más. Mis manos bajan hasta su cintura y la aprieto contra mí, haciéndole sentir cada centímetro de mi erección, que amenaza con estallar de lo dura que está. Ella jadea contra mi boca y sé que lo ha notado, porque sus

manos se aferran a mis hombros como si necesitara apoyarse en algo para no desmoronarse. La beso con más fuerza, más agresivo e incapaz de contener la rabia acumulada, el deseo frustrado y la necesidad de hacerla mía de una maldita vez.

—¿Esto es lo que quieres? —le gruño contra su boca, sin dejar de besarla—. ¿Provocarme hasta que pierda el control?

Ella me mira con sus ojos verdes llenos de deseo, como si estuviera disfrutando de cada segundo de este jodido tira y afloja. Pero antes de que pueda contestar, algo se mueve en mi campo de visión. Me giro lo justo y veo a Ryan de pie a pocos metros de nosotros, mirándonos con incredulidad y rabia contenida.

Susan lo ve también y, como si de repente le hubieran arrojado un cubo de agua fría, me empuja con ambas manos, separándose de mí como si acabara de despertar de un sueño. Me quedo paralizado, intentando procesar lo que acaba de suceder, mientras ella me mira con vergüenza y enfado.

—No puedo hacer esto... —susurra, esquivando mi mirada y apartándose de la camioneta.

Ryan sigue ahí, observándonos como si estuviera esperando una explicación, pero yo no pienso decirle ni una maldita palabra. Aún tengo el pecho agitado y las manos temblando de pura frustración. Susan me lanza una última mirada cargada de perplejidad antes de alejarse, dejando que el fresco de la noche se cuele en mis huesos, mientras intento calmar el deseo que sigue ardiendo en mi cuerpo.

Me apoyo en la puerta de la camioneta, respiro hondo y cierro los ojos para intentar despejar la cabeza. Estoy completamente jodido, atrapado en esta telaraña que ella ha tejido alrededor de mí. No puedo seguir luchando contra lo que siento, porque cada vez que la tengo cerca, el mundo entero desaparece y solo quedamos nosotros.

Me paso una mano por el pelo, mientras la veo alejarse hacia el bar acompañada por Ryan, que la sigue como un maldito perro faldero. Muerdo el interior de mi mejilla para no soltar una maldición. ¿Qué coño hago ahora? ¿La dejo ir? ¿Corro tras ella? Maldita sea, Collins, ¿qué me has hecho?

Me quedo apoyado en la camioneta, sin moverme, como si el tiempo se hubiera detenido en este momento, en el que he perdido el control por completo.

Capítulo 15

Susan

La casa está en silencio cuando llego. La rabia todavía me hierve por dentro, y no sé si es por el puñetazo que James le ha dado a Ryan o porque sigo sintiendo el calor de su cuerpo contra el mío. Me paro en mitad del pasillo y cierro los ojos, intentando recuperar el control, pero aún noto el roce de su boca ardiendo en mi piel y eso me mantiene demasiado alterada.

—Solo es atracción —murmuro para convencerme—. No significa nada más.

Pero sé que me miento a mí misma, porque sé que cuando nos besamos es como si todo lo demás se desvaneciera, y solo existiéramos él, con su aliento cálido y su manera de agarrarme como si fuera lo único que lo mantiene cuerdo, yo. Me paso una mano por el pelo, nerviosa. Esto no puede estar pasándome. No después de todo lo que ha sucedido entre nosotros y después de pasar tantos años odiándolo.

Respiro hondo y me dirijo al salón, intentando ignorar el dolor que siento en el pecho y la mezcla de culpa y deseo que me quema por dentro. Pero al cruzar la puerta, me lo encuentro apoyado contra el marco con los brazos cruzados y los ojos clavados en mí, como si me hubiera estado esperando toda la noche.

—No huyas —me dice con una voz que es casi un gruñido que me hace estremecer.

—No hay nada de lo que huir —le respondo con la barbilla alta, aunque la firmeza en mi voz no sea tan sólida como me gustaría.

Él se endereza y da un paso hacia mí. Mi estómago se contrae al notar el calor que desprende su cuerpo, pero no me aparto, porque no pienso darle el gusto de ver que me afecta.

—Entonces mírame a los ojos y dímelo —me desafía, acercándose más a mí.

Clavo la mirada en los suyos, intentando mantener la compostura, pero es imposible cuando me observa de esa manera, como si estuviera desnudándome el alma. Aprieto los labios y me trago las palabras que amenazan con salir disparadas sin control de mi garganta.

—No tengo nada que decir—susurro, aunque mi frase suena más como una confesión que como una afirmación.

James niega con la cabeza, con una media sonrisa que me crispa los nervios.

—Eso no te lo crees ni tú —responde, acercándose otro paso más a mí. Mis manos se tensan y noto que estoy temblando, pero me niego a dejar que lo note.

—No me importa lo que pienses —le espeto y me doy la vuelta para evitar que siga clavándome esos ojos oscuros que me desarman.

Pero él no me deja escapar tan fácilmente, porque me toma de la mano y me gira hacia él de un tirón, hasta que nuestros cuerpos quedan pegados. Su respiración golpea mi rostro y la mía se acelera, incapaz de mantener el control cuando está tan cerca.

—No huyas, Susan —susurra contra mis labios, y el sonido de mi nombre en su boca me desarma. —Llevas huyendo desde que llegaste.

—Cállate —le digo, intentando que mi voz suene segura y fuerte, pero su mirada continúa clavada en la mía, penetrante y decidida a romper todas mis barreras.

—Demuéstramelo, entonces —gruñe, y su boca vuelve a atrapar la mía con un beso tan desesperado que me corta la respiración. Mi cuerpo responde antes que mi cabeza, y enredo mis dedos en su pelo, aferrándome a él como si fuera la única cosa real en medio de este caos que me está devorando viva.

No hay manera de escapar de esto, porque no quiero escapar.

El beso se vuelve más intenso y urgente, como si ambos estuviéramos al borde del precipicio. Mis manos se enredan en su pelo, mientras sus dedos se clavan en mis caderas con una fuerza que casi duele, pero no me importa. Necesito esto, lo necesito a él y no quiero pensar en nada más.

La respiración de James se mezcla con la mía y noto su pecho contra el mío, fuerte y caliente. Sin darme cuenta de cómo, retrocedo hasta que la parte baja de mi espalda choca con el borde de la mesa de la cocina. Él me levanta sin esfuerzo, me sienta sobre la madera, y su boca sigue atrapando la mía con una desesperación que me desarma. Enredo las piernas en su cintura, me acerco más a él y siento la dureza de su erección que presiona contra mí, lo que me provoca escalofríos que recorren todo mi cuerpo.

Mis manos buscan los botones de su camisa, pero el deseo es tan fuerte que no consigo desabrocharlos con rapidez, así que los arranco sin pensar en el ruido de los botones cayendo al suelo. James suelta un gruñido gutural, que me provoca un temblor en el vientre, y sin darme tiempo a reaccionar, atrapa mis muñecas contra la pared un segundo y me presiona con su cuerpo mientras su mirada oscura me devora.

—No sabes lo que me haces —murmura contra mi cuello, dejando un rastro de besos húmedos y mordiscos, que arrancan gemidos incontrolables desde lo más profundo de mi garganta.

—Entonces demuéstramelo —le desafío, incapaz de controlar el tono tembloroso de mi voz.

No necesito decir nada más, porque su boca vuelve a devorarme, mientras sus manos recorren mi cintura, subiendo por debajo de mi camiseta hasta atraparme el pecho con una firmeza, que me hace arquear la espalda contra él. Siento que el deseo me consume y me arrastra a un lugar, donde no hay vuelta atrás. Su boca encuentra la curva de mi clavícula y la muerde con suavidad, arrancándome un gemido que no consigo contener.

Mis manos se deslizan por su pecho desnudo, exploro el contorno de sus músculos bajo mis dedos y siento la dureza de su piel caliente bajo mis caricias. Él baja la cabeza y sus labios encuentran el camino hacia mis pechos, los cubren de besos,

mientras cierro los ojos y me dejo llevar por el placer que crece con cada contacto.

—Joder, Susan... —gruñe y el sonido grave de su voz hace que mi estómago se contraiga de pura excitación.

Su cadera se mueve contra la mía y el roce nos arranca a ambos un jadeo entrecortado. Desabrocho su cinturón con dedos temblorosos, notando cómo él me observa, con los ojos entrecerrados y la mandíbula tensa, conteniéndose para no lanzarse contra mí con la fuerza de un huracán. Cuando por fin consigo desabrocharle los pantalones, él los empuja hacia abajo con impaciencia y luego me atrapa de nuevo con su boca, como si necesitara marcarme y dejar claro que no va a dejarme escapar esta vez. Mis manos bajan hasta sus caderas, atrayéndolo hacia mí, buscando ese contacto que hace que mi cuerpo estalle en mil sensaciones diferentes.

De un tirón, James baja mis braguitas, y cuando noto la piel desnuda contra la suya, todo dentro de mí se enciende como una chispa que prende fuego a todo lo demás. Me aprieta las caderas con fuerza mientras me penetra de una sola vez, arrancándome un grito ahogado que él sofoca con su boca. Sus estocadas son rotundas y certeras y mi cuerpo debe hacer un verdadero esfuerzo por adaptarse a la rotundidad de su sexo. Le clavo las uñas en sus brazos, mientras él me embiste de forma certera y profunda, haciéndome perder el equilibrio sobre la mesa. Entre nosotros no hay ternura, ni delicadeza, solo deseo puro y bruto que nos consume sin control.

—Dios... —gimo contra su cuello, mientras él me sujeta las caderas con fuerza y se mueve dentro de mí con una cadencia feroz que me deja sin aliento.

—No sabes lo que haces conmigo... —susurra contra mi oído, y su voz ronca y rota me atraviesa como una descarga eléctrica.

Me aferro a su cintura con mis piernas, y él me sostiene con firmeza, sin dejar de moverse. El calor se acumula en mi vientre y siento que estoy a punto de perder el control. El ritmo se vuelve frenético, y cuando alcanzamos el clímax a la vez, un grito desgarrador escapa de mis labios y él se tensa contra mí, hundiendo

su cara en mi cuello. Nos quedamos así, pegados el uno al otro, temblando por la intensidad del momento.

Mi pecho sube y baja con fuerza, mientras trato de recuperar el aliento, pero justo en ese momento la realidad me golpea de repente como una bofetada. Lo que acaba de pasar... No puede ser. Me aparto de él bruscamente y me bajo de la mesa sin mirarlo. Me arreglo la ropa como puedo y él intenta acercarse a mí, pero yo levanto una mano para detenerlo.

—No digas nada —susurro, incapaz de mirarlo a los ojos.

Me siento expuesta y vulnerable, como si hubiera cruzado una línea que no puedo volver atrás. Sin darle tiempo a reaccionar, salgo de la cocina y subo las escaleras casi corriendo, refugiándome en mi habitación antes de que el pánico termine de apoderarse de mí. Cierro la puerta y apoyo la espalda contra ella, tratando de calmar el latido frenético de mi corazón.

Pero no puedo dejar de pensar en lo que acaba de suceder. No puedo dejar de sentir su boca en la mía, su cuerpo contra el mío y el deseo que me ha consumido hasta hacerme perder la razón. Me dejo caer en la cama y entierro mi cara entre las manos, sintiendo cómo la culpa y la confusión me ahogan. No puedo dormir, ni pensar con claridad, lo único que tengo claro ahora mismo es que estoy atrapada en este desastre y que ya no hay forma de salir ilesa.

Capítulo 16

James

El amanecer se cuela por las ventanas del granero, y el calor empieza a apoderarse del aire. Estoy apoyado contra la puerta, con los brazos cruzados y la cabeza hecha un lío. No he sido capaz de pegar ojo en toda la noche. Cada vez que cerraba los ojos, revivía lo que pasó en la cocina, la manera en que se retorcía debajo mí y los gemidos que salían de su garganta. Joder, ¿cómo se supone que voy a actuar como si no hubiera pasado nada?

Me esfuerzo en hacer lo que siempre hago: centrarme en el trabajo. Pero la cabeza me traiciona cada dos por tres, volviendo al momento en que me apartó y subió las escaleras como si huyera de un monstruo. No entiendo qué demonios pasa por su cabeza, pero lo que sí sé es que estoy al límite. Necesito volver a sentirla, atraparla contra la pared y hacerle admitir que me desea tanto como yo a ella.

El ruido de unos pasos sobre el suelo polvoriento me saca de mis pensamientos, me giro y la veo entrando al granero con el ceño fruncido y el pelo recogido en una coleta. No me ve al principio, y aprovecho para observarla en silencio y compruebo que su expresión parece tensa. Se acerca a uno de los caballos y le acaricia el cuello con movimientos lentos, como si necesitara calmarse. Mientras, yo sigo inmóvil, mirándola como un jodido imbécil, incapaz de apartar la vista de ella. Pero, de repente, gira la cabeza y me pilla observándola. Mi cuerpo se tensa y nuestras miradas se encuentran y me desafía a decir algo. Pero no lo hago, porque no estoy dispuesto a darle el gusto de ser el primero en romper el silencio.

—¿Qué haces aquí?

—Trabajo —le respondo, encogiéndome de hombros—. ¿Tú qué crees?

Ella aprieta los labios y vuelve la vista hacia el caballo, pero noto cómo sus manos tiemblan ligeramente. El calor en el granero cada vez se hace más sofocante, y el sudor empieza a pegarme la camisa a la piel. Camino hacia ella, incapaz de contenerme, hasta que estamos a tan solo un paso de distancia. Lo suficiente para sentir su respiración agitada y el leve temblor que recorre su cuerpo.

—No va a volver a pasar —murmura, sin mirarme.

La rabia me sube por el pecho y agarro su barbilla con suavidad, obligándola a mirarme a los ojos.

—Mentirosa —le suelto con voz baja y áspera—. ¿De verdad crees que puedes fingir que no lo quieres? Que no te mueres por volver a sentirme dentro de ti.

Ella abre la boca para replicar, pero no le doy la oportunidad. Mi mano sigue atrapando su barbilla, y me inclino hacia ella, sin apartar la mirada de sus ojos desafiantes.

—Sabes que me deseas, Collins —gruño, dejando que mis labios rocen los suyos sin llegar a besarla—. Solo estás esperando a que yo dé el primer paso.

Su respiración se agita y su pecho sube y baja con fuerza. Pero sigue sin apartarse de mí. Ni siquiera intenta librarse de mi agarre. Dejo que mis labios rocen los suyos apenas un instante, lo justo para que sienta el calor de mi boca, pero sin llegar a besarla.

—No tienes ni idea de lo que quiero —murmura, intentando parecer segura, aunque le tiembla la voz.

—Claro que lo sé —le respondo, bajando la mano desde su barbilla hasta su cuello, acariciando la piel sensible de esa zona y que tanto me gusta morder—. Llevas días provocándome y esperando a que yo tome la iniciativa. Pues aquí estoy, Collins. Dime lo que quieres.

Ella se queda callada, con los labios entreabiertos y los ojos brillando de frustración. No la suelto, porque no pienso dejar que se escape de nuevo.

El calor en el granero se hace cada vez más insoportable, y no sé si es por el maldito verano o porque ella está a dos pasos de mí, con esos ojos verdes brillantes y lleno de rabia. No me deja de mirar, aunque lo único que quiero es provocarla lo suficiente para que se decida de una puñetera vez. De pronto, lo hace y se lanza sobre mí sin previo aviso, agarrándome de la camisa y tirando de mí hacia ella. Su boca atrapa la mía en un beso feroz, cargado de rabia y deseo acumulado, y no puedo evitar sonreír contra sus labios. ¿Así que ahora es ella la que toma la iniciativa? Perfecto. La dejo hacer durante un segundo, disfrutando de cómo se entrega y de cómo muerde mi labio inferior mientras sus manos se cuelan bajo mi camiseta, arañándome el pecho con desesperación.

Pero no pienso dejarle tener el control durante mucho rato. Así que la agarro de la cintura con ambas manos y la levanto del suelo sin esfuerzo, haciéndola chocar contra la pared de madera. El golpe resuena en el granero, pero ninguno de los dos parece darle importancia. Enreda las piernas en mi cintura, aferrándose a mi camisa mientras mi boca devora su cuello, dejando marcas que sé que mañana seguirán ahí. El sabor de su piel me enloquece y no puedo evitar morderle el lóbulo de la oreja, arrancándole un gemido que hace que mi entrepierna palpite de pura necesidad.

—¿Esto es lo que quieres, Collins? —gruño contra su oído, apretando sus caderas contra la pared—. ¿Provocarme hasta que no pueda contenerme?

Ella no responde, pero sus uñas se clavan en mis hombros y eso me basta como respuesta. Bajo una mano hasta su muslo, acariciando la piel desnuda bajo sus *shorts*, y noto cómo se estremece al sentir el tacto de mis dedos. La beso de nuevo, más agresivo y desesperado, como si necesitara marcarla y dejar claro que esta vez no va a escaparse. Desabrocho sus pantalones cortos y los dejo caer al suelo. Después, mis dedos encuentran el borde de sus braguitas y las bajo de un tirón, arrancándole un jadeo que me hace perder lo poco de autocontrol que me queda.

—Dime que me deseas —exijo, sin dejar de besarla.

—Maldito seas... —susurra entre besos, pero no consigue completar la frase, porque mi boca sigue devorándola. Su cuerpo se

arquea contra el mío y noto cómo se humedece bajo mis dedos, lo que hace que mi erección se endurezca aún más.

—Dímelo, Collins —gruño, apretándola contra la pared—. Dímelo o te haré rogarlo.

—Sí... —jadea al fin, aferrándose a mi camiseta—. Te deseo... Joder, te deseo tanto que me estoy volviendo loca.

Eso es todo lo que necesito oír. De un tirón, me bajo los vaqueros y la penetro de una sola embestida, arrancándole un grito que intento acallar con mi boca. Se aferra a mis hombros como si su vida dependiera de ello y sus piernas me rodean con más fuerza, impulsándome a moverme con brutalidad y sin compasión, como si intentara borrar cualquier duda de su cabeza con cada embestida.

Sus gemidos se mezclan con mis gruñidos. El sudor resbala por mi espalda y la camisa ya no sirve de nada, así que me la quito y la lanzo al suelo, volviendo a atraparla por la cintura para marcar el ritmo que ambos necesitamos. La intensidad del momento nos consume, y el calor en el granero se vuelve casi asfixiante, pero no puedo detenerme, no cuando la tengo así, totalmente rendida a mí.

—Joder, Susan... —gimo contra su cuello y le doy un mordisco que sé que le va a doler. Ella arquea la espalda, gritando mi nombre entre jadeos y sé que está cerca, porque su cuerpo tiembla contra el mío, como si fuera a romperse.

La embisto con más fuerza, perdiéndome en la sensación de su calor rodeándome y apretándome la polla. Cuando finalmente estalla de placer, su grito queda atrapado en mi boca y yo no puedo contenerme más, dejándome ir con ella mientras mis dedos se aferran a su cadera con una necesidad casi salvaje.

Respiramos con dificultad, mientras recuperamos el resuello, con el eco de nuestros gemidos resonando en el granero. Poco a poco, la realidad se cuela de nuevo entre nosotros y noto cómo se tensa, como si ya estuviera buscando una excusa para salir corriendo otra vez. La bajo con suavidad, dejando que sus pies toquen el suelo, y ella me esquiva la mirada, arreglándose la ropa con manos temblorosas.

—No vuelvas a hacer esto —murmura, dándome la espalda, y noto que la frustración me hierve en las venas.

—Claro que sí —respondo, atrayéndola hacia mí por la cintura para besar su cuello—. Porque lo vamos a hacer las veces que hagan falta hasta que lo aceptes.

Ella se suelta de mi agarre y sale del granero sin mirarme. Mientras yo me sigo con la respiración aún descontrolada y el deseo palpitando en cada fibra de mi cuerpo. Sé que estoy jodido y que, si esto sigue así, no voy a dejarla ir, aunque quiera. Pero maldita sea, no me importa, porque cada vez que la tengo entre mis brazos, el mundo parece detenerse.

Capítulo 17

Susan

El agua caliente resbala por mi piel y siento cómo me relaja los músculos tensos de la espalda y el cuello. Necesitaba esta ducha como el aire para respirar. Así que aprovecho y me quedo un rato con la frente apoyada en la pared de azulejos, dejando que el vapor inunde el cuarto de baño. Intento sacar a James de mi cabeza, pero es inútil. Su boca sigue ardiendo en mi piel y sus manos fuertes siguen recorriendo mi cuerpo en mi imaginación, aunque a mí me parece como si estuviera aquí mismo.

—Maldita sea —murmuro, cerrando el grifo con un golpe seco. Necesito dejar de pensar en él, pero está en cada maldito rincón de mi mente.

Salgo de la ducha y me envuelvo en una toalla aunque el agua de mi pelo mojado gotea por mi espalda dejo. Me estremezco al notar el aire frío de la habitación y un escalofrío me recorre de pies a cabeza. Me miro en el espejo, con las mejillas aún enrojecidas y el pulso acelerado. Parezco una loca, que no consigue sacarse a un vaquero cabezota de la cabeza.

Al abrir la puerta para volver a la habitación, me lo encuentro ahí, apoyado contra el marco, con los brazos cruzados y esa media sonrisa que me crispa los nervios.

—¿Vas a quedarte ahí mirándome toda la noche? —le suelto, intentando sonar segura, aunque mi voz tiembla un poco.

—Estaba esperando a que salieras —responde, sin moverse del sitio.

Paso junto a él, intentando aparentar indiferencia, pero su mano se mueve rápido y me atrapa la cintura, pegándome contra su

pecho. El calor de su cuerpo me golpea como una ola, y mi respiración se agita al instante.

—¿Qué haces? —susurro, sintiendo cómo su boca roza mi cuello.

—Lo que debería haber hecho hace mucho tiempo —responde y me quedo sin palabras, mientras su boca recorre la curva de mi mandíbula y deja tras su paso un rastro de besos lentos que me ponen la piel de gallina.

Apoyo las manos en sus hombros para intentar empujarlo, pero no pongo suficiente empeño porque, en el fondo, lo que quiero es que no se detenga. Su boca atrapa la mía con un beso lento y profundo que me hace olvidar cómo se respira. Me sujeta con firmeza y noto el tirón de la toalla cuando me la quita y la hace caer al suelo.

—James... —gimo, pero no me responde, solo me empuja hacia la cama y me hace tumbarme boca arriba. El colchón cede bajo mi peso y antes de que pueda procesar lo que está pasando, noto cómo sus manos recorren mis muslos y los separan con suavidad. Al instante, siento su boca bajando por mi vientre, dejando un rastro de caricias húmedas que me hacen arquear la espalda.

—Eres preciosa... —susurra, y su voz grave hace que mi piel se erice.

Antes de que pueda responder, su boca encuentra su objetivo y su lengua acaricia mi centro de placer con una lentitud que me hace perder la cabeza. Cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás, aferrándome a las sábanas mientras el placer crece con cada movimiento de su lengua. Me sujeta las caderas con fuerza, para mantenerme quieta cuando intento moverme, lo que aumenta la tensión en mi interior. Mi respiración se agita y los gemidos empiezan a escapar de mis labios sin control.

—Por favor... —gimo, incapaz de mantenerme en silencio.

James sonríe contra mi piel y acelera el ritmo, mordiendo suavemente antes de succionar el punto exacto que me hace perder la cordura. El placer me recorre en oleadas y mis manos se hunden en su pelo, tirando con fuerza cuando el orgasmo me invade sin

piedad. Grito su nombre y él sigue lamiendo con suavidad, prolongando cada uno de mis espasmos hasta que no puedo soportarlo más.

Se incorpora y me mira con deseo, mientras se quita la camiseta y la lanza al suelo. Su torso desnudo se tensa bajo la luz de la lámpara y lo observo, admirando la firmeza de sus músculos y la seguridad con la que se mueve.

—Aún no he terminado contigo —murmura, inclinándose sobre mí para besarme con ternura, como si quisiera demostrarme que también sabe ser suave y delicado.

Se coloca sobre mí, apoyando el peso en los antebrazos, y sus labios se deslizan por mi cuello mientras su cadera se acomoda entre mis piernas abiertas. Lo noto duro contra mi vientre y la necesidad vuelve a prenderme fuego. No puedo evitar arquearme contra él, para buscar más contacto.

—Eres mía —susurra contra mi oído—y esta vez no voy a dejar que huyas.

Me besa mientras se adentra en mí con lentitud, llenándome por completo. Gimo contra su boca y él se queda quieto un momento, como si quisiera saborear el momento antes de empezar a moverse. Sus embestidas son lentas y pausadas, pero cada movimiento me hace temblar de puro placer. Siento cómo sus manos recorren mi cuerpo, acariciando cada centímetro de mi piel con una delicadeza que me desarma por completo.

—No te imaginas lo que haces conmigo... —murmura, mirándome a los ojos mientras se mueve dentro de mí con esa cadencia lenta y profunda que me deja sin aliento.

Envuelvo su cintura con mis piernas, intentando acercarlo aún más, y él lo entiende. Aumenta el ritmo, pero sin perder la suavidad, como si quisiera demostrarme que puede dominarme sin necesidad de ser bruto. El placer crece de forma constante y cuando estallo de placer es como una ola que me arrastra y me hace gritar su nombre una vez más.

Él se deja ir conmigo, hundiendo el rostro en mi cuello. Después, entrelazados y exhaustos, respirando al mismo ritmo mientras el sudor nos cubre la piel. Siento sus labios acariciar mi

clavícula con suavidad antes de besarme de nuevo, esta vez con ternura, como si intentara sellar algo más profundo que el mero deseo que se ha adueñado de nosotros.

Cuando todo acaba, me quedo en silencio, tratando de recuperar el aliento mientras él sigue apoyado sobre mí. No quiero moverme, ni pensar en lo que significa esto, solo quiero seguir sintiendo su cuerpo sobre el mío un poco más.

Durante la cena, nos sentamos frente a frente en la mesa del comedor, fingiendo que estamos demasiado concentrados en la comida como para dirigirnos la palabra. Yo remuevo el puré de patatas en el plato sin probarlo apenas, y él mastica con el ceño fruncido, como si estuviera librando una guerra contra sus propios pensamientos. No me atrevo a mirarlo directamente, porque cada vez que lo hago, el calor me sube hasta las mejillas y no quiero que me lo note.

Cuando terminamos de cenar, recojo los platos y los llevo al fregadero. James no dice nada, solo me observa en silencio mientras yo intento mantener las manos ocupadas para no perder la calma. De pronto, noto que se levanta y se dirige hacia el porche sin decir nada. Me quedo plantada en la cocina, debatiéndome entre seguirlo o quedarme encerrada con mis pensamientos, pero al final la curiosidad y el impulso de no dejarle solo me ganan. Así que cojo una chaqueta ligera, porque esta noche ha refrescado un poco, y salgo tras él.

Cuando salgo, lo encuentro sentado en el borde del porche, con los codos apoyados en las rodillas y la mirada perdida en el cielo estrellado. Me acerco despacio hasta él y me siento a su lado, como si necesitara mantener cierta distancia entre nosotros para no volver a perder el control. El aire fresco de la noche me hace estremecer y me subo la cremallera de la chaqueta, aunque sé que el frío no es el motivo de mis temblores.

—¿No tienes sueño? —me pregunta, sin mirarme.

—No mucho —respondo, intentando sonar relajada—. ¿Tú tampoco puedes dormir?

—No —admite con un suspiro—. Tengo demasiadas cosas en la cabeza.

Me muerdo el labio, incapaz de pensar en nada que decir para romper la tensión que se ha instalado entre nosotros. La noche está tranquila y las estrellas brillan en el cielo despejado, pero el ambiente entre James y yo sigue cargado de todo lo que no nos hemos dicho.

—¿Alguna vez te has planteado quedarte? —me pregunta y yo me giro hacia él para mirarlo. Su expresión continúa siendo impenetrable, pero noto que hay algo en su mirada que parece rogarme una respuesta sincera.

—¿Quedarme? —repito, fingiendo que no entiendo a qué se refiere.

—En Red Valley —aclara, sin dejar de mirar el horizonte—. ¿Has pensado alguna vez en hacer de este lugar tu hogar de verdad?

El corazón me da un vuelco y me quedo paralizada, sin saber qué responderle. Claro que lo he pensado, muchas veces, pero no puedo decirlo en voz alta, porque hacerlo significaría admitir cosas que llevo demasiado tiempo ocultando incluso de mí misma.

—No lo sé —murmuro finalmente, bajando la mirada hasta mis manos—. No estoy segura de que este sea mi sitio.

James hace un leve movimiento con la cabeza, como si quisiera decir algo más, pero se lo guarda. La decepción en su mirada es inconfundible, aunque no dice nada. Solo suelta un suspiro profundo y se pone de pie.

—Me voy a dormir —anuncia con voz apagada, mientras se limpia los vaqueros con las manos—. Ha sido un día largo.

—Sí, claro —murmuro y siento cómo la culpa me quema la garganta. Me quedo en el porche, mientras lo veo entrar en la casa sin mirar atrás y siento que algo se ha roto entre nosotros, aunque no sé exactamente qué.

Después de un rato, cuando el aire frío me empieza a calar los huesos, me levanto y entro en la casa. Subo las escaleras con pasos pesados, como si cada peldaño me costara el doble, y cuando llego a mi habitación, cierro la puerta y apoyo la espalda contra la

madera. El pecho me duele y tengo un nudo en la garganta que no consigo tragar.

Voy al baño a lavarme los dientes e intento distraerme del caos que tengo en la cabeza. Me miro en el espejo y apenas me reconozco, con el gesto cansado y los ojos algo enrojecidos. Me pongo el pijama y me meto en la cama, pero el sueño no viene. Doy vueltas y vueltas entre las sábanas, porque no puedo dejar de pensar en él, ni en su voz apagada, ni en la decepción en su mirada cuando no le di la respuesta que querría haber escuchado.

¿Por qué no puedo simplemente admitir lo que siento?

¿Por qué sigo luchando contra esto cuando está claro que lo deseo más que a nada?

Me abrazo a la almohada y cierro los ojos con fuerza, intentando calmar el caos que se ha instalado en mi pecho. No puedo aceptar que quiero quedarme en Red Valley, porque eso significaría enfrentarme a lo que realmente siento, y no estoy preparada para dar ese paso.

Pero en el fondo lo sé. Lo sé desde el primer momento en que regresé y lo vi de pie frente al rancho, mirándome como si nunca hubiera dejado de pertenecer a este lugar. Ahora estoy atrapada, sin saber qué hacer ni cómo escapar de lo que llevo tanto tiempo evitando.

Doy vueltas en la cama, incapaz de dormir. El aire de mi habitación es asfixiante y el calor se cuela bajo las sábanas, haciendo que mi piel arda. No dejo de pensar en lo que ha pasado esta noche en el porche y en la decepción en la mirada de James cuando no le he dado una respuesta sincera. Me abrazo a la almohada y cierro los ojos con fuerza, intentando apagar el caos que me consume por dentro. Pero no funciona, porque no puedo dejar de darle vueltas.

Resoplo, frustrada, y finalmente me levanto de la cama. Camino descalza por el pasillo, en silencio, intentando no hacer ruido mientras bajo las escaleras hacia la cocina. Necesito un vaso de agua, algo que me calme el temblor que todavía siento en mis manos. Al llegar, enciendo la luz de la encimera y me lleno un vaso

de agua del grifo. Me lo llevo a los labios y bebo con ansia, como si el agua pudiera enfriar el incendio que me consume por dentro.

Pero entonces algo me paraliza. El olor a humo se cuela por la ventana abierta y mi corazón da un vuelco. Me quedo inmóvil, intentando asegurarme de que no me lo estoy imaginando. Pero no, el olor se intensifica y el aire se vuelve espeso, impregnado de ese aroma acre que me eriza la piel.

Corro hacia la puerta trasera y la abro de golpe, dejando que el aire fresco choque contra mí y, justo en ese instante, lo veo. El cielo está teñido de rojo y las llamas se alzan en la distancia, iluminando la oscuridad con un resplandor aterrador. El establo está en llamas.

—¡Dios mío! —grito, llevándome las manos a la boca, incapaz de procesar lo que estoy viendo. El fuego devora la estructura de madera como si fuera papel, y el sonido del crepitar de las llamas se mezcla con los relinchos desesperados de los caballos atrapados dentro—. ¡James! —grito con todas mis fuerzas, girándome hacia la casa—. ¡James, hay fuego!

Pero no espero a que aparezca. Corro hacia el establo, sintiendo el suelo temblar bajo mis pies. El calor me golpea en la cara cuando llego, y el miedo se instala en mi pecho al ver cómo las llamas se alzan cada vez más alto. Los caballos relinchan y golpean las puertas con desesperación, intentando escapar, pero las llamas ya se han apoderado de la entrada.

—¡Tranquilos! —grito, intentando hacerme oír por encima del estruendo—. ¡Voy a sacaros de aquí!

Corro hacia uno de los laterales, intentando encontrar una manera de abrir las puertas, pero el calor es insoportable y me hace retroceder. El humo se cuela en mis pulmones y me hace toser, obligándome a cubrirme la boca con el brazo. Pero no puedo parar, no cuando los animales están ahí dentro, atrapados y aterrados.

—¡Susan! —La voz de James retumba a mis espaldas y me giro para verlo corriendo hacia mí, con el rostro desencajado y los ojos muy abiertos al ver la magnitud del incendio.

—¡James! —grito, señalando el establo—. ¡Tenemos que sacarlos de ahí!

No dice nada, solo asiente con la mandíbula apretada y se lanza hacia la puerta principal del establo sin pensárselo dos veces. Mis piernas se quedan clavadas en el suelo al ver cómo se adentra en el fuego sin dudar, y el pánico se apodera de mí.

—¡James! —grito con todas mis fuerzas, pero él ya está dentro.

El humo sigue saliendo en oleadas y el fuego se extiende como una maldición, atrapando la estructura en un abrazo letal. Me quedo allí, inmóvil, sintiendo cómo me paraliza el terror, mientras los relinchos de los caballos se mezclan con el rugido de las llamas. Mis ojos se llenan de lágrimas y el miedo a perderlo me golpea con una crudeza que no había sentido jamás.

—¡Por favor...! —murmuro, apretando los puños hasta que me clavo las uñas en las palmas.

Estoy tan asustada que apenas puedo pensar, pero no puedo moverme, no puedo hacer nada más que mirar cómo el establo arde y rezar para que James salga de ahí con vida.

Capítulo 18

James

El aire está cargado de humo, ceniza y el rugido de las llamas. No tengo tiempo para pensar, solo actúo. Me lanzo hacia el establo sin escuchar los gritos de Susan a mi espalda, porque ahora mismo lo único que me importa es salvar a los caballos. El fuego ya ha atrapado la entrada principal y las llamas muerden la madera como si tuvieran un hambre voraz.

—¡Tranquilos! —grito a los animales mientras abro la primera puerta de uno de los boxes. El caballo está frenético, golpeando las paredes con las patas traseras, y me lleva un segundo conseguir calmarlo lo justo para sujetarlo y sacarlo fuera. El animal sale como una exhalación.

Tengo que mantener la cabeza fría. No puedo permitirme pensar en el miedo que me ahoga. La estructura cruje y las brasas caen del techo, pero no hay tiempo para detenerme. Abro la siguiente puerta y el humo me golpea en la cara, haciendo que la garganta se me cierre y la tos me sacuda como un latigazo.

—¡Vamos, chico! —tiro de la cuerda, forzando al siguiente caballo a moverse. Está paralizado por el pánico y sus ojos están desorbitados, como si no pudiera entender lo que está pasando. Finalmente reacciona y consigo sacarlo al exterior, donde lo suelto para que huya hacia la parte trasera del rancho.

El calor está empezando a hacer mella en mis sentidos, pero no puedo detenerme. Me tiemblan las manos y siento que el fuego me quema los pulmones cada vez que intento respirar. Pero tengo que seguir. Aún quedan varios caballos atrapados, y no pienso dejarlos morir.

Una viga cae a pocos metros de mí, haciendo saltar astillas y brasas que me queman la piel expuesta de los brazos. No grito, ni siquiera maldigo, porque mi dolor no puede ser más fuerte que la necesidad de salvarlos. Avanzo entre el humo, tanteando las puertas restantes, y cuando consigo abrir otra, el caballo sale disparado, casi atropellándome en el proceso. No me importa. Uno menos.

—¡James! —la voz de Susan llega desde fuera, ahogada por el fuego y la distancia, pero no puedo girarme ni perder el tiempo. Tengo que liberar a los últimos dos antes de que el techo se caiga. El crujido de la madera cediendo me pone los pelos de punta, pero me obligo a mantenerme tan calmado como me es posible.

Llego hasta el último box, pero la cerradura está atascada. Golpeo la puerta con el hombro, pero el calor me hace retroceder. La piel me arde y la camiseta ya está empapada en sudor y hollín. Los pulmones me arden y cada vez toso más. Cojo una horquilla del suelo y la utilizo como palanca para forzar la cerradura. El caballo relincha desesperado y me mira con terror absoluto.

—Vamos... ¡Vamos! —rujo, golpeando con toda la fuerza que me queda hasta que la puerta cede. El caballo sale corriendo y lo veo perderse en la oscuridad de la noche. Pero antes de que pueda darme la vuelta, algo se derrumba detrás de mí y el impacto me tira al suelo. El golpe me saca el aire de los pulmones y el dolor se extiende por mi costado como un puñal ardiente.

—¡James! —Susan vuelve a gritar, y esta vez su voz está llena de desesperación. Intento incorporarme, pero el humo me inunda la garganta y me hace toser hasta que me arden los pulmones. El fuego está fuera de control y la salida está bloqueada por los restos de la viga que ha caído. Estoy atrapado.

—¡Mierda! —gruño, buscando otra vía de escape mientras el calor me devora. Las brasas caen como lluvia ardiente a mi alrededor y sé que el tiempo se me está acabando. Me arrastro hasta la pared opuesta, buscando una ventana o una abertura, algo que me permita salir antes de que todo el edificio se derrumbe sobre mí.

El ruido de madera crujiendo se vuelve ensordecedor, y una bocanada de aire caliente me envuelve como una ola de lava. Siento

la piel ardiendo y sé que no tengo mucho tiempo antes de perder el conocimiento. La vista se me nubla y me esfuerzo en mantenerme consciente, porque si me desmayo aquí dentro, nadie podrá sacarme.

Capítulo 19

Susan

El humo lo cubre todo y las llamas siguen devorando el establo como si nunca fueran a saciarse. No sé cómo sigo de pie, porque parece que las piernas se han convertido en mantequilla y tengo la sensación de venirme abajo en cualquier momento. Miro fijamente el incendio, buscando con desesperación una señal de que James va a salir de ahí.

—¡James! —grito otra vez, con la voz desgarrada y el miedo atenazándome la garganta. Pero no me responde. El rugido del fuego lo ahoga todo, y el aire caliente me golpea como un puñetazo brutal.

Doy un paso hacia delante, pero el calor abrasador de las llamas me obliga a retroceder. Las lágrimas se mezclan con la ceniza que me cubre las mejillas y me tiembla todo el cuerpo. No puedo quedarme aquí sin hacer nada.

Pero, de repente, veo una silueta entre el humo, tambaleándose y apoyándose en una de las vigas medio quemadas. Corro hacia él sin pensarlo, esquivando los restos en llamas, que hay repartidos por el suelo

—¡James! —le llamo de nuevo, y esta vez alza la mirada, nublada y desorientada, hacia mí. La sangre le resbala por la frente y camina con pasos torpes, como si no pudiera mantener el equilibrio. Me siento muy aliviada al verle, pero sigo teniendo miedo, porque todavía no estamos fuera de peligro.

—¡Tenemos que alejarnos! —le grito mientras me acerco y lo rodeo con mis brazos para sostenerlo—. ¡Vamos, James!

—Vete... Collins... —su voz suena ronca y apagada, como si apenas pudiera respirar—. ¡Aléjate!

—¡Cállate y muévete! —le digo mientras le ayudo a caminar. James intenta resistirse, pero está demasiado débil para oponerse, así que lo obligo a avanzar, intentando que no se caiga.

Las brasas vuelan por el aire y el calor es insoportable, pero ahora mismo no me permito pensar en el dolor o en el miedo que me invaden. Lo único que importa en este momento es sacarlo, alejarnos lo que podamos antes de que todo se venga abajo. El humo nos envuelve y me obliga a cubrirle la boca con mi camiseta, intentando protegerlo del aire tóxico.

—Ya casi estamos... —le murmuro, aunque no estoy segura de si me escucha. La tos me sacude y las lágrimas vuelven a caer por mis mejillas, pero sigo tirando de él con todas mis fuerzas.

Cuando consigo arrastrarlo hasta una buena distancia, para que el calor de las llamas no nos llegue, el suelo tiembla bajo nosotros y la estructura cruje de forma aterradora. Alzo la vista justo a tiempo para ver cómo el techo se derrumba por completo y una nube de ceniza y humo se eleva hacia el cielo. El establo ya no existe, ahora no es más que un amasijo de madera quemada y brasas incandescentes.

—¡Dios mío! —susurro, abrazando a James contra mi pecho mientras él jadea, intentando recuperar el aliento. Tiene la piel caliente y los labios secos, y cuando se pasa una mano por la cara, veo que la sangre le cubre los dedos.

—Lo siento... —murmura con voz débil, como si el agotamiento le estuviera ganando la batalla.

—No digas estupideces —le reprendo, apretándolo más contra mí para que no se desplome—. Has salvado a todos los animales arriesgando tu vida.

—No... —niega con un movimiento de cabeza que casi no puedo distinguir—. No a todos.

Me muerdo el labio con fuerza para no dejar escapar el llanto que me quema la garganta. Sé que hemos perdido algunos caballos,

porque no todos lograron salir a tiempo, pero no puedo pensar en eso ahora. No puedo permitir que la culpa lo devore después de lo que ha hecho.

—Has hecho lo que has podido, ¿me oyes? —le digo, sosteniéndole la cara entre las manos y obligándolo a mirarme—. Además, has puesto en riesgo tu vida ¡Has hecho más que suficiente! Así que no te atrevas a culparte por lo que no has podido salvar.

Cierra los ojos y un gemido de dolor escapa de su garganta. Me recuesto en el suelo con él sobre mí, mientras le acaricio el pelo y murmuro palabras tranquilizadoras. Poco a poco, su cuerpo se relaja contra el mío y el pánico vuelve a recorrerme.

—¡James! —lo llamo, zarandeándolo un poco—. ¡James, no te duermas!

Él intenta responder, pero su voz se apaga y su cabeza cae contra mi pecho. Lo rodeo con los brazos, aterrada de que se haya desmayado o algo peor. Miro en todas direcciones, esperando alguna señal de ayuda, y entonces escucho el sonido de sirenas a lo lejos. Los bomberos están llegando.

—¡Aquí! —grito con todas mis fuerzas, intentando llamar su atención—. ¡Aquí, por favor!

Empiezo a ver a lo lejos las luces rojas y azules y, poco después, veo a los bomberos corriendo hacia nosotros. Uno de ellos se arrodilla a mi lado y empieza a examinar a James mientras otro me pregunta si estoy herida, pero no consigo responderle. Mis manos siguen sujetándolo con fuerza, incapaz de soltarlo, como si dejarlo ir significara perderlo para siempre.

—Se acaba de desmayar —les explico, tratando de controlar el temblor en mi voz—. Estaba dentro del fuego... No sé cómo ha logrado salir...

Los bomberos lo levantan con cuidado y lo llevan hacia la ambulancia que acaba de llegar. Yo intento seguirlos, pero uno de los sanitarios me detiene y me obliga a sentarme en el suelo, revisando si tengo algún rasguño y si he inhalado humo. Pero a mí no me importa nada de eso, solo quiero saber que está bien.

Cuando finalmente me dejan acercarme a la ambulancia, veo a James tumbado en la camilla, con una mascarilla de oxígeno y los ojos cerrados. Al verlo, se me hace un nudo en el pecho y me invade la angustia, pero me acerco y le tomo la mano con cuidado, acariciando sus nudillos ensangrentados.

—Vas a ponerte bien —susurro, inclinándome hacia él—. ¿Me oyes? Vas a ponerte bien porque no te voy a permitir lo contrario, maldito cabezota.

Me subo a la ambulancia sin que nadie me lo impida y me quedo a su lado, sujetando su mano, mientras el vehículo arranca y nos alejamos del rancho. Cierro los ojos un momento y dejo que las lágrimas caigan por mis mejillas sin intentar detenerlas. No sé qué va a pasar ahora, pero lo único que tengo claro es que no voy a dejarlo solo.

Capítulo 20

Susan

El box de urgencias es frío e impersonal y tiene las paredes blancas y asépticas. El olor a desinfectante lo impregna todo, y el zumbido constante de las máquinas me pone de los nervios. Estoy sentada junto a la camilla donde James descansa, todavía con la mascarilla de oxígeno en la cara, y no puedo apartar la vista de él. Su pecho sube y baja despacio, como si cada una de sus respiraciones le costara un gran esfuerzo.

El médico me ha dicho que tiene una intoxicación por inhalación de humo y varias quemaduras superficiales, pero que se va a poner bien. Lo han limpiado y vendado las heridas, y ahora descansa, mientras yo me quedo aquí sentada, como una idiota, sin saber qué hacer con el nudo que tengo en la garganta.

Dejo escapar un suspiro y empapo un paño en el cuenco de agua tibia que hay sobre la mesa auxiliar. Con cuidado, le limpio la frente, intentando quitarle los restos de ceniza que aún le manchan su piel. Cada vez que le paso el trapo por la frente o por la cara, me estremezco al ver la sangre seca que tiene alrededor de las pequeñas heridas que tiene en el pómulo y en la frente. Me obligo a mantener la mano firme y a no dejar que el temblor me domine, porque no puedo permitirme venirme abajo ahora.

Mientras rozo su mejilla con mis dedos al limpiarle, me viene a la cabeza un recuerdo de cuando éramos niños. Una tarde en la que un grupo de chicos del pueblo decidió meterse conmigo, porque me había encontrado un gatito callejero y lo llevaba en brazos como si fuera un tesoro. Me lo quitaron, lo arrojaron al suelo y comenzaron a burlarse de mí. No recuerdo exactamente lo que me dijeron, pero sí

la rabia que me llenó al ver cómo maltrataban al animal. Lo que sí recuerdo con exactitud es que, de repente, James apareció de la nada, con esa expresión seria que siempre intimidaba a los demás. No dijo ni una palabra, solo se plantó frente a mí y les lanzó una mirada que los hizo salir corriendo. Después, se agachó, recogió al gatito y me lo devolvió sin decir nada, como si fuera lo más natural del mundo.

Nunca le di las gracias como debería haberlo hecho. Ni siquiera le pregunté por qué lo hizo. Simplemente acepté su gesto en silencio, porque era lo que él esperaba de mí. Supongo que nunca fui lo suficientemente valiente para reconocer lo que significó aquello para mí en ese momento. Ahora, sin embargo, no puedo evitar que el recuerdo me llene de una ternura que me emociona. James siempre se ha comportado así, me ha protegido sin que se lo pidiera, como si formara parte de su esencia.

—Eres un idiota —murmuro mientras le acaricio la mejilla con el dorso de la mano—. ¿Quién te crees que eres para hacerme pasar por esto?

El sonido de la máquina de oxígeno me tranquiliza en cierto modo. Es una especie de confirmación de que sigue aquí, conmigo. Me inclino un poco y apoyo la frente contra la suya, cerrando los ojos y dejando que el calor de su piel calme el pánico que todavía me invade.

—¿Qué haces aquí?

Su voz ronca y débil me sobresalta, y levanto la mirada para encontrarme con sus ojos entreabiertos. Está pálido y tiene la expresión exhausta, pero está despierto, y eso me basta para que una oleada de alivio me recorra de pies a cabeza.

—Cuidándote, idiota —respondo, intentando que mi voz suene firme, aunque noto cómo me tiembla mientras hablo.

James hace una mueca que podría parecerse a una sonrisa, pero el cansancio todavía le pesa demasiado como para sostenerla. Sus dedos se mueven un poco sobre la sábana, como si quisiera alcanzar los míos, y yo me inclino para acercarle la mano, entrelazando mis dedos con los suyos sin dudarlo. Noto que tiene la piel áspera y caliente, pero tocarlo me reconforta.

—Te podrías haber muerto —susurro, sintiendo cómo la angustia vuelve a apoderarse de mí—. Pensé que no saldrías de ahí... No podía soportarlo.

Clava la mirada en la mía y noto que me acaricia la mejilla con torpeza, como si apenas tuviera fuerzas para hacerlo.

—Todavía no te vas a librar de mí —me responde con voz rasposa, y yo dejo escapar una risa ahogada que casi suena como un sollozo.

Me inclino hacia él y apoyo la cabeza en su pecho, escuchando el latido pausado de su corazón bajo el pijama de algodón del hospital. Su ritmo tranquilo y constante me da la certeza de que está vivo y de que sigue conmigo, y esa certeza provoca que una lágrima se escapa de mis ojos antes de que pueda contenerla.

—No te muevas —le ordeno en un susurro—. Te vas a quedar aquí hasta que te recuperes, y luego ya pensaré qué hacer contigo.

—Siempre tan mandona... —murmura, y noto cómo sus labios rozan mi pelo al hablar.

No le respondo y me aferro a él como si soltarlo significara perderlo de nuevo. Su respiración se hace más pausada y el peso de su cuerpo se hunde un poco más en el colchón. Al final, el cansancio me vence, y sin darme cuenta, acabo quedándome dormida a su lado, con los dedos entrelazados con los suyos y el corazón todavía latiendo demasiado rápido.

Capítulo 21

James

Despierto con una fuerte presión en el pecho, la garganta reseca, la boca pastosa y el sonido apagado de las máquinas a mi alrededor. El aire parece espeso dentro de mis pulmones y cada vez que intento respirar a fondo, noto un pinchazo que me recuerda que estoy vivo. El dolor es como una garra que me araña el pecho, pero en cuanto abro los ojos, me olvido de todo, porque Susan está aquí, a mi lado. Dormida en la silla que hay junto a mi cama, con el cabello rojo cayendo en una maraña sobre el colchón, como si hubiera intentado acercarse a mí mientras el sueño la vencía. Tiene la cara apoyada en el borde de la camilla, los labios entreabiertos y las pestañas temblando ligeramente como si estuviera soñando. Parece agotada, incluso mientras duerme. Alargo la mano con cuidado, como temiendo despertarla, y dejo que mis dedos acaricien una de los mechones sueltos de su pelo. Es suave, como recordaba, y el contacto me hace apretar los labios para contener lo que amenaza con salir de dentro. No quiero admitirlo. No quiero reconocer que estoy atrapado en esta sensación de necesitarla más de lo que jamás quise necesitar a nadie, porque, hace mucho tiempo, me prometí que no volvería a sentirme tan vulnerable. No debería necesitarla tanto, ni permitir que se me haya metido tan dentro. Pero aquí está, cuidándome incluso después de todo lo que ha pasado.

Tengo la cabeza hecha un lío, y entre el dolor y la fatiga, los recuerdos se arremolinan sin orden dentro de mi cabeza. Me acuerdo del día en que enterré a mi padre, hace solo unos años, con la sensación de que el mundo se me caía encima y que, al mismo

tiempo, no tenía derecho a sentirme así. Yo ya era un hombre adulto y llevaba años ocupándome del rancho y haciéndome cargo de cada problema que me encontraba en mi camino. Pero aquello... aquello me dejó roto de una manera que no supe cómo arreglar. Nadie lo supo, porque nunca dejé que nadie lo viera. Me prometí que no dejaría que el dolor me volviera vulnerable nunca más. Decidí que nadie podría entrar tan dentro de mí como para hacerme sentir otra vez tan indefenso.

Pero hace poco Susan ha vuelto, como si el pasado regresara para recordarme que aún tengo un corazón que se resiste a endurecerse del todo. Aún siento cosas, aunque me lo niegue incluso a mí mismo.

La miro otra vez y continúa con la respiración profunda y acompasada. Le acaricio el pelo con los dedos temblorosos, incapaz de contenerme, y noto que se mueve un poco antes de abrir los ojos. Parpadea un par de veces y me mira como si no estuviera segura de si estoy despierto o es su fruto de imaginación.

—¿Sigues aquí? —le susurro, y ella sonríe, con esa sonrisa pequeña pero auténtica, que me desarma en cuanto la veo.

—¿Dónde iba a estar? —responde, restregándose los ojos con el dorso de la mano—. ¿Cómo te encuentras?

—Como si me hubiera pasado un tren por encima —respondo, intentando bromear, aunque la voz me sale rasposa. Ella me observa con sus grandes ojos verdes y brillantes y, durante un segundo, parece que va a decir algo, pero luego se lo guarda para sí misma.

—Siempre he pensado que eras fuerte —murmuro, con los ojos fijos en los suyos—. Pero nunca supe cuánto hasta anoche.

Susan baja la mirada y, por primera vez, la veo vulnerable, como si las palabras que acabo de decirle le hubieran removido algo que no quería mostrar.

—No soy tan fuerte como crees—admite al fin, y noto cómo se me contrae el pecho al escucharla.

Me dan ganas de decirle que sí lo es, que siempre lo ha sido, pero no quiero romper el momento en el que parece que por fin ha dejado de fingir ser la mujer indestructible que siempre muestra al

mundo que es. No obstante, tengo la sensación de que esta noche ha cambiado algo entre nosotros para siempre.

Capítulo 22

Susan

La *pickup* de la abuela hace un ruido, que parece una tos asmática, cada vez que piso el acelerador, pero no me importa. A estas alturas, solo con que funcione ya es un lujo. He tenido que devolver el coche de alquiler en el aeropuerto, y me las estoy apañando con este trasto, pero no me quejo. Al menos es resistente y sigue adelante, aunque, a veces, le cueste un poco.

James está a mi lado, en el asiento del copiloto, con el brazo apoyado en la ventanilla abierta y los ojos puestos en el paisaje que se despliega frente a nosotros. No ha dicho una palabra durante todo el trayecto desde el hospital, y no sé si es porque todavía se siente mal o si simplemente no quiere hablar conmigo. No puedo culparlo. Después de todo el desastre que hemos vivido, me cuesta siquiera mirarlo sin que el estómago se me retuerza.

—¿Estás cómodo? —pregunto sin apartar la vista de la carretera.

—Sí —responde, con esa voz grave que parece capaz de romperme en mil pedazos. No lo miro, pero noto que se gira hacia mí y sé que está observándome, y esa sensación hace que el corazón me dé un vuelco.

La carretera está casi desierta, y el polvo se levanta a nuestro paso formando una nube que parece envolvernos en un remolino de recuerdos y silencios. No puedo dejar de pensar en la imagen de él desplomándose en mis brazos, en la sangre que le cubría la frente y en el miedo que me invadió por completo y que todavía me sigue arañando por dentro cada vez que cierro los ojos. Me esfuerzo por sacar esos pensamientos de mi cabeza y me concentro en el

traqueteo de la *pickup*, en el viento que entra por la ventanilla y en la forma en que el sol va bajando en el horizonte.

—¿Por qué no me haces caso nunca? —le pregunto de repente, sin pensar.

La pregunta me sale de dentro como una bala perdida, directa y sin filtro. Al escucharme, James suelta un resoplido y no hace falta que lo mire para saber que está poniendo esa cara de obstinado que me saca tanto de quicio y como me gusta.

—¿De verdad vamos a hablar de eso ahora? —responde.

—Sí, porque no quiero que vuelvas a hacerme pasar por lo mismo —le suelto y noto cómo la rabia y el miedo se mezclan en mi voz. Me doy cuenta de que estoy apretando el volante con tanta fuerza que me duelen las manos.

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Que me quedara mirando cómo el establo se venía abajo con los caballos dentro? —La dureza en su tono me hace apretar los labios.

—No, pero tampoco que te jugaras la vida como lo hiciste, porque podrías haber muerto.

No me responde y ambos nos quedamos en silencio. Giro el volante para tomar el camino que lleva al rancho y noto que los músculos de mi cuello están rígidos. Me muerdo el labio para no decir nada más, pero es como si tuviera un nudo que me impide respirar.

—No pienses en lo que pudo pasar —murmura al final—. Estoy aquí y eso es lo que importa.

En ese momento, la *pickup* da un pequeño bote al pasar por un bache y James alarga la mano para sujetarse del salpicadero. El gesto es automático, pero me hace sonreír, porque parece que, incluso en ese estado, sigue siendo el tipo terco y fuerte que recuerdo. Respiro hondo y dejo que el aire fresco que entra por la ventana me llene los pulmones.

—¿Sabes qué? —le digo, sin mirarlo—. Tienes razón. Lo importante es que estás aquí. Pero eso no quita que seas un cabezota al que me apetece pegarle un puñetazo de vez en cuando.

James suelta una carcajada al escucharme y ese sonido consigue relajarme. Por un instante, el peso que llevo encima se

aligera un poco, y me atrevo a girar la cabeza para mirarlo de reojo. Al observarlo, veo que tiene los ojos brillantes con esa chispa burlona que me hace querer besarle o golpearle al mismo tiempo.

—Inténtalo cuando quieras, Collins —replica con una sonrisa torcida—. A ver si tienes lo que hay que tener.

Le saco la lengua como una cría y regreso la mirada a la carretera, con la sensación de que, de algún modo, esta conversación ha empezado a curar algo que llevaba roto demasiado tiempo.

Cuando llegamos al rancho, aparco junto al porche. Miro de reojo a James, que sigue en silencio, con los dedos apretados contra el asiento.

—¿Vas a quedarte ahí todo el día? —le pregunto, intentando sonar despreocupada.

Él gira la cabeza hacia mí y percibo algo distinto en su mirada, que no había visto antes. Suelta un suspiro breve y baja del coche sin decir nada y dando un portazo, que hace vibrar el cristal de la ventanilla.

Yo también salgo, y el aire fresco me golpea en la cara, despejándome un poco la cabeza. Miro alrededor y veo el establo calcinado en la distancia, reducido a escombros humeantes. El corazón se me encoge al recordar el incendio y cómo James se lanzó a salvar los caballos que había dentro sin pensárselo. La imagen de él tambaleándose entre las llamas sigue grabada en mi memoria, y el miedo vuelve a hacerme un nudo en la garganta.

Antes de que pueda controlar el impulso, me acerco a él y le pongo la mano en el brazo. James se detiene en seco, como si mi contacto lo hubiera dejado paralizado. No se gira, pero puedo notar cómo su respiración se vuelve más lenta.

—Gracias —digo en voz baja, casi como si no quisiera que me oyera— por no rendirte.

Él permanece en silencio un instante, luego asiente despacio, pero no me mira. Su mandíbula se tensa y sé que está lidiando con algo que no se atreve a decir en voz alta. Me quedo ahí, esperando

una respuesta que no llega, y al final me doy por vencida y entro en la casa siguiendo sus pasos.

Voy hacia la cocina sin pensarlo demasiado, como si el simple hecho de ocuparme de algo me ayudara a mantener la cabeza en su sitio. Abro el grifo y dejo que el agua fría llene el fregadero, mientras meto los platos sucios que llevan ahí desde antes del incendio. Intento seguir la rutina de siempre, como si nada hubiera cambiado, aunque todo ha cambiado.

Estoy sumida en mis pensamientos cuando escucho la puerta de la cocina abrirse y cerrarse con un golpe seco. Me quedo inmóvil, con las manos bajo el agua y el ruido del chorro contra la loza. Sé que es James sin necesidad de girarme, porque su presencia se hace notar incluso antes de que diga una sola palabra.

—¿Qué haces? —pregunta con un tono bajo en la voz, que me hace estremecer.

—Lo que debería haber hecho hace días —respondo sin mirarlo—. Dejar esta cocina decente de una vez.

El silencio vuelve a instalarse entre nosotros, pero noto su mirada en mi nuca, como si intentara perforarme la piel. Trago saliva y sigo fregando los platos, fingiendo que no siento el calor que me sube por el cuello.

—¿Por qué me miras así? —murmuro al final, incapaz de soportar más el peso de su mirada.

—Porque quiero.

Me quedo quieta, con el agua helada goteando de mis dedos. Siento un nudo en el estómago y me obligo a respirar despacio para que no note lo afectada que estoy. ¿Por qué siempre tiene que decir las cosas como si fueran una sentencia?

A mi espalda, oigo el crujido del suelo bajo su peso y noto que se ha acercado más a mí. Su calor me envuelve antes incluso de que su mano roce mi cintura, apenas un contacto leve. Cierro los ojos, intentando reunir el valor para girarme y enfrentarme a él, pero no me da tiempo. Sus dedos se ciñen alrededor de mi cadera y tira de mí hasta que mi espalda choca con su pecho.

—No deberías hacer eso —susurro, con la voz temblorosa.

—¿Hacer qué? —pregunta contra mi oído, con esa voz grave que me hace estremecer.

—Mirarme así —respondo, apretando los labios para no dejar escapar un suspiro—. Como si fueras a devorarme.

Su respiración roza mi cuello y tengo que morderme el labio para no gemir. Estoy a punto de darme la vuelta cuando noto que su mano se mueve hacia mi vientre, acariciándome despacio por encima de la camiseta. Todo mi cuerpo se tensa, pero no me aparto, no quiero hacerlo.

—¿Y si es lo que quiero? —me susurra al oído.

—Entonces... hazlo —murmuro sin pensar, dejando que las palabras se escapen antes de mis labios de que la cordura me frene.

James no necesita más. Me gira con un movimiento brusco y su boca atrapa la mía con un beso que me deja sin aire. No hay suavidad en su gesto, solo una urgencia que me prende fuego por dentro. Me aferro a su camiseta y lo atraigo hacia mí, como si necesitara sentir cada centímetro de su piel contra la mía.

Sus manos me levantan por la cintura y me sienta sobre la encimera, sin dejar de besarme. Lo miro a los ojos y veo algo oscuro y posesivo en su mirada, como si quisiera dejar claro que no piensa dejarme escapar esta vez. Su boca vuelve a buscar la mía y me pierdo en el calor de sus labios y en el deseo que me consume sin remedio. Dejo escapar un jadeo cuando sus manos se cuelan bajo mi camiseta, acariciándome la piel de una manera que me logra desarmar por completo. Sé que debería frenarlo, pero no puedo, ni quiero hacerlo. Estoy cansada de poner barreras y de fingir que no lo deseo.

—James... —murmuro contra su boca, intentando decir algo coherente, pero él no me deja hablar. Su boca se mueve por mi cuello, dejando un rastro de besos húmedos, que me hacen enloquecer.

—Cállate —me ordena, pero hay algo suave en su tono, como si estuviera pidiéndome que me dejara llevar por una vez y lo hago, porque estoy harta de contenerme y de fingir que no quiero perderme en él.

Sus labios devoran los míos con una urgencia, que me hace temblar, y me agarra por la cintura, para después ascender bajo mi camiseta y un escalofrío me recorre de arriba abajo. No pienso en nada más que en su boca ardiente y en el roce de sus dedos, que me dibujan caminos en la espalda. No quiero pensar en nada más.

—James… —susurro contra sus labios, intentando tomar aire, pero él no me deja. Su boca se hunde en la mía de nuevo, profunda e intensa, como si estuviera desesperado por no perder este momento. Sus manos me levantan de la encimera, como si no pesara nada, y me lleva al comedor sin dejar de besarnos.

Tropezamos con una silla y él suelta una risa ahogada, enterrando la cara en mi cuello, mientras intento mantener el equilibrio. La mesa está demasiado lejos y el sofá parece la opción perfecta. James me sienta sobre sus rodillas, apoyado en el respaldo, y nuestras bocas se buscan de nuevo, ávidas de contacto. Sube las manos por mi espalda y aprovecho para quitarle la camiseta, dejándola caer al suelo sin preocuparme. Recorro su pecho con los dedos y acaricio su piel caliente que parece quemar bajo mis dedos. No puedo evitar morderle el labio inferior, y él gruñe al notarlo, provocándome un latido acelerado entre las piernas.

—Dios, Susan… —murmura, inclinando la cabeza hacia atrás mientras mis labios recorren su mandíbula y bajo por su cuello. Me gusta verlo así, tan entregado y vulnerable. Sonrío cuando su respiración se vuelve más profunda y sus dedos se enredan en mi pelo.

Desciendo por su pecho con besos lentos, acariciando su abdomen mientras noto cómo su erección se endurece bajo el vaquero. Me arrodillo entre sus piernas y desabrocho el botón con calma, sin dejar de mirarlo a los ojos. James tiembla ligeramente cuando hago descender la cremallera de su pantalón y libero su miembro, firme y palpitante bajo mi mano. Lo acaricio con suavidad, deleitándome en la manera en que sus músculos se tensan y su boca se abre en un gemido contenido.

—Susan… —pronuncia mi nombre como si fuera un suspiro roto, y eso me enciende aún más. Me inclino hacia adelante y paso la lengua por la punta, probando su sabor mientras él cierra los ojos

y su mano se aferra al cojín junto a él. Lo envuelvo con los labios y empiezo a moverme despacio, dejando que mi lengua juegue con su dureza mientras él lucha por mantener el control.

—No… —gime con la voz ronca—. Vas a matarme.

No me detengo y acelero el ritmo poco a poco mientras su respiración se vuelve irregular y su pecho sube y baja agitado. Sus manos se enredan en mi pelo y me guía con movimientos sutiles, incapaz de contenerse. Lo llevo al límite, pero cuando noto que está a punto de estallar, me aparto y me subo a horcajadas sobre él, capturando su boca con la mía para que no pueda protestar.

—¿Me estás torturando? —me pregunta con una sonrisa torcida, pero sus manos me sujetan con fuerza por la cadera, como si temiera que me apartara.

—Solo estoy disfrutando de verte perder el control —le contesto con una sonrisa traviesa.

Sacude la cabeza, pero su mirada se oscurece cuando me acomodo sobre él, guiando su erección hacia mí. Despacio, muy despacio, lo siento entrar en mí, llenándome poco a poco, y cierro los ojos al dejarme caer sobre él. Nos quedamos inmóviles un instante, disfrutando de la sensación de estar conectados de esa manera tan íntima.

—Dios… —gruñe, apretándome contra él—. Eres increíble.

Me apoyo en su pecho y empiezo a moverme, primero despacio y luego aumento el ritmo a medida que la necesidad nos consume. James me acaricia la espalda, los muslos y el trasero. Sus manos recorren mi cuerpo como si quisiera memorizar cada centímetro de piel. Le clavo las uñas en los hombros mientras acelero los movimientos, y sus labios encuentran los míos en un beso que lo dice todo sin necesidad de palabras.

Nuestros cuerpos se sincronizan y siento que el placer se acumula en mi abdomen, creciendo con cada embestida profunda y firme. Muevo las caderas en círculos, buscando el ángulo perfecto, y cuando lo encuentro, ambos gemimos al mismo tiempo, sabiendo que estamos cerca del límite.

—No pares… —me suplica, agarrándome con fuerza—. No te detengas.

—No pienso hacerlo —respondo, jadeando contra su boca.

Nuestros movimientos se vuelven frenéticos y siento el clímax acercarse como una ola imparable. Nos miramos a los ojos cuando alcanzamos el éxtasis y nuestros cuerpos tiemblan en perfecta sincronía mientras el orgasmo nos sacude al mismo tiempo. Grito su nombre y él me sostiene contra su pecho, susurrando palabras que no logro entender, pero que sé que están llenas de cariño y de entrega.

Cuando todo acaba, nos quedamos en el sofá, mientras nuestra respiración se acompasa y sintiendo cómo nuestros cuerpos se relajan después de la tormenta de sensaciones.

Capítulo 23

James

Despierto con la luz entrando por la ventana y el sonido del alboroto de los pájaros cerca del porche. Me duele todo el cuerpo, como si me hubieran dado una paliza, aunque, al menos, ya no me arde la garganta como ayer. Respiro despacio, dejando que el aire entre y salga de mis pulmones, e intento borrar el malestar que aún me invade de los últimos días. Sin poder hacer nada por evitarlo, la cabeza se me va de nuevo a lo que sucedió: el incendio, los caballos muertos de miedo, el humo llenándome los pulmones… el calor abrasador y el miedo paralizante por no poder salir del establo. Suelto un hondo suspiro y trago saliva.

Cuando giro la cabeza hacia el lado, veo a Susan dormida a mi lado en el sofá, con el pelo rojo esparcido por el cojín y el gesto relajado. No quiero moverme para no despertarla, así que me quedo mirándola un rato, como si necesitara asegurarme de que está bien y de que sigue aquí, conmigo. Aún noto la adrenalina que me recorrió el cuerpo cuando la vi en el hospital, al despertar. Parecía tan pequeña y frágil, y tan preocupada por mí, me observaba preocupada mientras me tocaba la cara con las manos temblorosas, en un intento de asegurarse de que estaba vivo y fuera de peligro.

Me levanto despacio, procurando no hacer ruido. No quiero que se despierte, necesita descansar. Voy hacia el salón, recojo mi camiseta del suelo y me la pongo de camino a la puerta. Al salir, noto el aire fresco de la mañana y agradezco el golpe de realidad

que me saca de esa nube de pensamientos oscuros que intento dejar atrás.

Avanzo hacia la barandilla del porche y observo el establo. Sigue ahí o, mejor dicho, sigue ahí lo que queda de él, que no es más que un montón de madera calcinada y escombros, con algunos restos de ceniza todavía en el aire. Camino hacia los restos con la mandíbula apretada y el pecho tenso. Cada paso me recuerda que los caballos ya no están ahí y que algunos no lograron salir. El fuego lo devoró todo en cuestión de minutos, y eso me sigue carcomiendo por dentro. No tengo ni idea de cómo ocurrió. ¿Fue un descuido? ¿un accidente? Pero ninguna de las posibilidades que barajo dentro de mi cabeza, me encajan. La instalación eléctrica era nueva, la hicimos hace apenas unos meses y todo estaba revisado y en perfectas condiciones. No ha podido ser un cortocircuito ni una chispa accidental la causa del incendio.

Paso la mano por un tablón medio quemado y noto el hollín pegándose a mis dedos. Chasqueo la lengua. Siento un nudo en el estómago y aprieto el puño. No puedo permitirme pensar que fue culpa mía. No puedo.

—Vaya desastre —murmura una voz a mi espalda. Me giro de golpe y veo a dos hombres uniformados acercándose por el sendero. Son los bomberos que acudieron la noche del incendio. El más alto de los dos, un tipo corpulento con el pelo canoso, se detiene frente a mí y me tiende la mano—. Soy el jefe de bomberos, Paul Riggs. Él es Alan Robinson, uno de los investigadores del departamento.

Asiento y les estrecho la mano, aunque mis dedos siguen cubiertos de hollín. No parece importarles, supongo que están más que acostumbrados.

—Hemos estado investigando los restos desde que logramos controlar el fuego —me explica Riggs—. Y, sinceramente, hay algo que no cuadra.

—¿A qué te refieres? —pregunto, intentando no dejar que la preocupación se note en mi voz.

Alan se adelanta un paso, señalando con la barbilla hacia los escombros.

—Hemos encontrado restos de un acelerante —dice, directo al grano—. Lo que significa que alguien provocó el incendio.

El golpe de la noticia que me acaba de dar el investigador me deja sin palabras. El estómago se me revuelve y noto cómo el calor sube por mi garganta.

—¿Estás seguro? —murmuro, intentando asimilar lo que acaba de decir.

—Totalmente. Los análisis han dado positivo —responde Riggs —. Por eso vamos a abrir una investigación junto con la policía. Debemos averiguar quién lo hizo.

El enfado me invade como una oleada incontrolable. Aprieto los puños y los dientes, intentando controlar el impulso de romper algo. ¿Quién podría querer hacerle daño al rancho? ¿A los caballos? ¿A nosotros?

—No tiene sentido —musito—. Nadie tiene motivos para haber hecho algo así.

—Supongo —asiente Riggs, el jefe de bomberos—. Pero alguien lo ha hecho. Queríamos informarte primero a ti, antes de que la policía empiece a hacer preguntas. Estamos recogiendo pruebas, pero puede que tarden un poco en sacar conclusiones.

Asiento, aunque me cuesta procesar la información que me acaba de dar, porque me resulta difícil hacerme a la idea de que no solo hemos perdido el establo y algunos caballos, sino que alguien lo ha hecho a propósito, y eso es lo peor de todo. El dolor y la rabia se mezclan en mi pecho y necesito respirar hondo para no dejar que me domine el impulso de soltar una maldición.

—Cualquier cosa que necesitéis, aquí estoy —les digo finalmente.

Riggs asiente con un gesto comprensivo.

—Vamos a averiguar quién está detrás de esto, James. Lo prometo.

Me quedo ahí, viendo cómo siguen inspeccionando los restos, recogiendo muestras y tomando fotos. El aire huele a quemado y el suelo sigue caliente en algunas zonas. El peso de la noticia me ha caído encima como una losa y me siento una gran impotencia hecha una bola en medio de mi pecho. Pienso en Susan, en cómo va a

reaccionar cuando se lo cuente. No quiero preocuparla más, ya ha tenido suficiente con lo que ha sucedido, pero no puedo ocultarle algo así.

Siento el impulso de volver a la casa y decirle lo que está pasando, pero me detengo un momento. Necesito un segundo para procesarlo antes de soltarlo todo. No quiero que vea el torbellino de emociones que gira sin freno dentro de mí.

La madera del establo aún humea, negra y podrida por las llamas, y el olor a ceniza y cuero chamuscado impregna el aire y me revuelve el estómago.

—Hemos confirmado nuestras sospechas, el incendio fue provocado —me dice Paul, el jefe de bomberos, que está acompañado por otro bombero, que también estuvo en la extinción del incendio—. Hemos encontrado rastros de un acelerante en la parte trasera del establo. Tal y como sospechábamos, el incendio no fue un accidente.

Aprieto la mandíbula mientras esa información se me clava como un hierro candente en el pecho. Me he pasado la noche dándole vueltas a lo mismo, pero escucharlo de boca de los bomberos convierte lo que era una sospecha en una certeza. Alguien pretendía destruir Red Valley y ese alguien sabía muy bien lo que hacía.

—¿Tiene enemigos, Miller? o ¿Algún motivo por el que alguien querría hacerle daño a usted o al rancho?

Levanto la vista hacia el jefe de bomberos, mientras siento cómo el sudor me corre por la nuca.

—No lo sé —respondo al fin—. Red Valley siempre ha sido una tierra codiciada, pero hasta ahora nadie se había atrevido a tanto.

Riggs asiente, aunque me da la sensación de que no está del todo convencido, y se aleja hacia el camión. Me quedo unos segundos, observando el establo calcinado, y dominado por una sensación de rabia y desamparo que me ahoga.

En cuanto se marchan, doy media vuelta y entro en la casa. Susan está en la cocina, de espaldas, con una taza entre las manos. A pesar del calor, lleva una camisa de manga larga remangada, y el

pelo recogido en una coleta. Al notar que acabo de entrar, se gira hacia mí y sus ojos buscan los míos con gesto preocupado.

—¿Qué te han dicho?

—Me han confirmado que fue provocado. Alguien usó un acelerante. No fue un accidente...

Se queda en silencio y baja la mirada.

—No puede ser...

—Pues lo es y no creo que haya sido un desconocido quién nos ha hecho esto. Aquí no viene nadie sin que el pueblo entero lo sepa. —La observo con atención, tratando de leer en su expresión alguna pista—. ¿Se te ocurre alguien que pueda querer ver este sitio en ruinas?

Susan niega con la cabeza al principio, aunque poco a poco su expresión cambia. Hay una sombra de duda en sus ojos, algo que intenta ocultar, pero que no puede evitar que yo me dé cuenta.

—Ryan estuvo aquí hace unos días —me confiesa casi en un susurro.

Mi cuerpo se tensa al escucharla.

—¿Qué?

—Me lo encontré en el pueblo. Fuimos a tomar un café y me dijo que se estaba planteando invertir en algo por la zona. No le di importancia en ese momento, porque pensé que solo era una excusa para verme.

Resoplo, incrédulo.

—¿Y no se te ocurrió contármelo antes?

Susan frunce el ceño, molesta.

—No pensé que tuviera nada que ver con esto. Ryan no es un criminal.

—No necesitas ser un criminal para ser un cabrón. Ryan sabe más de lo que dice.

Ella da un paso hacia mí con la barbilla levantada y gesto desafiante.

—Ryan no haría algo así.

Suelto una carcajada seca y amarga.

—Pareces lista, Collins. No me hagas pensar que eres ingenua. Ese tipo vino aquí, te sonrió unas cuantas veces y poco después, por

casualidad, hubo un incendio devastador en el rancho.

Susan aprieta los labios y deja la taza sobre la encimera con un golpe seco.

—Estás sacando conclusiones sin pruebas.

—Estoy usando el sentido común. No hay muchos con la motivación de quemar Red Valley y los recursos para hacerlo. ¿Y qué casualidad que aparezca tu ex justo antes de que arda medio rancho?

Susan cruza los brazos sobre el pecho y me mira como si quisiera que me tragara la tierra. Su respiración se altera, y aunque intenta mantener la compostura, veo la rabia en su gesto.

—No todo gira en torno a ti, James.

—Pero este rancho sí y si alguien quiere destruirlo, no me voy a quedar esperando a que lo vuelva a intentar.

Voy hacia la puerta de la casa sin decir nada más y salgo al porche. Me paso la mano por la cara para limpiarme el sudor, tratando de calmar la furia que me quema por dentro.

Cuando llego a mi *pickup*, me detengo un segundo, apoyado contra la puerta. Desde aquí veo la casa, y a través de la ventana de la cocina, la silueta de Susan quieta, con las manos apoyadas en el fregadero. Entro en la camioneta y giro la llave con violencia y arranco el motor. El motor ruge y las ruedas levantan una nube de polvo, mientras me alejo del rancho. Detrás de mí, Red Valley sigue en pie, pero algo ha cambiado.

Capítulo 24

Susan

La recepcionista del hotel levanta la vista de su ordenador cuando entro y sonríe con esa expresión neutra que usan quienes llevan demasiadas horas atendiendo a desconocidos. El vestíbulo huele a café recalentado y a ambientador barato, una mezcla que me resulta insoportablemente familiar. No hace falta que pregunte dónde está Ryan, porque me basta con seguir el sonido de su voz para encontrarlo al fondo del restaurante, sentado en una mesa junto a la ventana con vistas a la calle principal de Deep Valley.

Viste uno de esos trajes que siempre ha sabido lucir, con la americana desabrochada y la camisa blanca perfectamente planchada. Se ha quitado la corbata y la ha dejado sobre la silla vacía, que tiene frente a él, como si ese gesto casual bastara para recordarme que no ha cambiado y que continúa siendo el mismo hombre seguro de sí mismo, encantador cuando quiere, y peligrosamente convincente cuando se lo propone.

—Llegas puntual. Me alegra ver que Deep Valley no ha borrado tu sentido del tiempo —me dice alzando la mirada hacia mí con una sonrisa ladeada.

No le contesto, solo me limito a sentarme frente a él, dejando el bolso sobre la silla con un movimiento seco. La camarera se acerca para preguntarme si quiero tomar algo, pero niego con la cabeza. No tengo hambre, ni sed. Lo único que quiero es que esto acabe cuanto antes y Ryan no tarda en ir al grano.

—He estado pensando en ti, Susan. Mucho —empieza, como si eso me importara—. También he estado mirando terrenos en esta

zona, porque tiene un potencial increíble. Es un territorio casi virgen y podríamos hacer algo grande.

Entorno los ojos al escucharle.

—¿Y eso a qué viene?

Apoya los codos sobre la mesa, entrelaza los dedos y me observa como si pudiera leerme el pensamiento.

—Quiero comprar tu parte del rancho.

Me quedo helada.

—¿Perdona?

—Escucha —se apresura a añadir—. No me mires así. No te estoy proponiendo nada indecente, solo es un negocio. Tú puedes volver a tu vida en Nueva York, sin ataduras, sin estiércol, sin caballos ni incendios. Solo tienes que firmar y no saldrás perdiendo. Te pagaré lo justo o incluso más.

Me aferro al borde de la mesa con los dedos, intentando anclarme en algo, porque, por un instante, su idea me parece tentadora. Podría dejar todo esto atrás. El polvo, los madrugones, las discusiones con James, la tensión permanente en el pecho… y podría volver a mi vida real. A los pisos con vistas al skyline, a los encargos de decoración exclusivos, a los desayunos en cafeterías de diseño…

—Quieres construir un resort —le digo al fin, con voz baja.

Ryan asiente.

—Con spa, restaurante ecológico, experiencias de turismo sostenible. Todo lo que se lleva ahora. Esto puede convertirse en un destino puntero si sabemos jugar bien las cartas.

—Y para eso necesitas destruir lo que hace especial a este lugar.

—Lo especial no da dinero, Susan. Lo sabes tan bien como yo.

Mi garganta se cierra de golpe. Durante unos segundos, no consigo emitir ni siquiera media palabra. Solo lo miro. Él continúa hablando, convencido de que ya me tiene donde quería.

—No perteneces aquí, de hecho, nunca has pertenecido. Tú lo sabes y yo lo tengo claro. Este sitio te aplasta, Susan. Te mata poco a poco. Vuelve a Nueva York., ese es tu lugar, donde brillas y eres realmente tú.

Me clavo las uñas en la palma de las manos mientras miro por la ventana. Afuera, una mujer empuja el carrito de su hijo por la acera y un perro ladra desde el porche de enfrente. El aire huele a tierra húmeda tras la tormenta y, por primera vez desde que llegué, no tengo claro dónde quiero estar.

—Lo pensaré —murmuro.

Ryan asiente, satisfecho, como si ya hubiera ganado. Pero en mi pecho algo se remueve. No sé si es culpa, rabia o la sensación de que estoy a punto de cometer un error del que no podré volver atrás.

Capítulo 25

James

La *pickup* está aparcada a la sombra de un álamo viejo, con el motor apagado y las ventanillas bajadas para que el calor no me ahogue. Aun así, el aire está cargado, pegajoso y tengo la camiseta empapada por la espalda. Llevo más de media hora aquí, sin moverme, observando la entrada del hotel de Deep Valley como un idiota con demasiadas ideas en la cabeza y ninguna buena.

No debería estar aquí. Lo sé. He venido al pueblo con la excusa de buscar unas piezas para el tractor, pero en cuanto he aparcado frente al almacén de repuestos, algo dentro de mí se ha torcido. Como un instinto salvaje, una voz me ha arrastrado hasta este punto exacto, frente al maldito hotel.

El único hotel de este pueblo, donde ha aparecido ella poco después.

Susan cruza la puerta giratoria caminando como si flotara sobre la acera. Lleva un vestido azul, que no le había visto nunca, con los tirantes finos que le dejan los hombros al aire. El pelo recogido en una coleta, y esas sandalias de tacón, que le alargan las piernas hasta el infinito. Mientras la miro, durante un segundo, se me olvida respirar, hasta que lo veo a él.

Ryan aparece tras ella con su sonrisa de tiburón, ese andar seguro y la camisa remangada justo por debajo de los codos. La sigue a pocos pasos y le dice algo. Susan no responde, solo le dedica una mirada rápida antes de alejarse hacia el aparcamiento.

Pero lo que me revienta no es eso, sino la forma en que él se queda observándola con esa mueca de satisfacción en la cara. Como

si acabara de llevarse un premio y supiera que yo estoy aquí, viéndolo todo, y se estuviera regodeando en ello.

En ese instante, siento que algo se rompe dentro de mí. El pecho me arde, me cuesta tragar saliva y los dedos me tiemblan por el enfado. En cuanto ella se monta en el coche y desaparece al final de la calle, golpeo el volante con la palma abierta.

—Mierda.

Arranco con brusquedad y las ruedas patinan un segundo, antes de agarrarse al asfalto. Conduzco directo al rancho, sin pensar, con los nudillos blancos por la fuerza con la que sujeto el volante. La cabeza me va a estallar y la imagen de Susan saliendo del hotel con él se repite una y otra vez como una maldita tortura dentro de mi cabeza.

Cuando llego a casa, dejo la *pickup* mal aparcada frente al porche y empujo la puerta con tanta fuerza que cruje contra la pared. Entro y la encuentro en la cocina, de espaldas, preparando algo. Se gira al oír el golpe.

—¿Qué ha pasado? —pregunta, frunciendo el ceño.

—Dime que no has estado con él.

Se queda inmóvil, como si no se esperara esa pregunta.

—No voy a darte explicaciones, James.

—Solo quiero saber si te acostaste con él. Es una pregunta sencilla.

—No seas imbécil.

—Contéstame.

—No tienes ningún derecho a exigirme eso.

Su tono me enciende. No puedo con esa frialdad. Con esa forma suya de mirar por encima del hombro como si no le afectara nada.

—No necesito derechos para querer saber la verdad. ¡Joder, Susan, acabas de salir de un hotel con tu ex y te cuesta entender por qué estoy así!

—Estoy así porque tú no confías en mí. Nunca lo has hecho.

—Porque siempre me la has ocultado…

La tensión se palpa en el aire. Ambos respiramos rápido, con los cuerpos tensos como si estuviéramos a punto de echarnos

encima. Me acerco un paso y ella no se mueve. Me mira con los ojos brillantes, pero no de tristeza, sino de rabia.

—No quiero hablar más de esto —me dice, bajando la voz.

—No hace falta. Ya está todo dicho.

Doy media vuelta y salgo de la casa. No pienso quedarme ni un segundo más con esta sensación de traición. Subo de nuevo a la *pickup*, arranco el motor y acelero rumbo a The Howl. Necesito beber y olvidar por un rato todo esto antes de que me vuelva loco.

The Howl está medio vacío cuando entro. Reconozco algunas caras, pero no saludo a nadie. Me siento en la barra, levanto un dedo y el camarero ya sabe lo que quiero. Un whisky doble sin hielo. Tal y como me lo sirve, me lo bebo de un trago y pido otro. El ardor que me quema la garganta me recuerda que sigo vivo.

Saco el móvil, lo dejo sobre la barra y lo observo como si esperara un mensaje. Aunque sé que ese mensaje no va a llegar, porque Susan no va a escribirme, porque está convencida de que no tiene que explicarme nada.

Cuando me acabo el segundo whisky, pido un tercero. El camarero duda, pero finalmente me lo sirve. Al fondo, alguien toca la máquina de discos y empieza a sonar una balada lenta, de esas que te arrancan el alma, aunque no sepas por qué. Apoyo los codos en la barra y dejo caer la cabeza entre las manos. La imagen de Susan con su vestido azul y sus interminables piernas se cuela de nuevo en mi cabeza, pero también aparece Ryan y la forma en que él la miraba. Entonces, justo en este instante, la veo. En mi cabeza, en mi cama, en mis recuerdos, conmigo… Riéndose de algo estúpido, con la piel tibia y el pelo revuelto. Esa versión de ella que solo he visto yo y que solo me ha mostrado a mí. ¿O no?

Termino el tercer vaso, aunque me lo vuelvo a llevar a los labios, pero ya no queda nada. El sabor amargo me persigue hasta el fondo del pecho. Siento que, si no salgo de aquí ahora, voy a explotar. Pero tampoco puedo volver al rancho, porque ella continúa allí.

Capítulo 26

James

El tercer whisky me arde en la garganta, pero no dejo el vaso sobre la barra. Me lo quedo mirando, con el cristal tibio entre los dedos, como si dentro hubiera algo más que alcohol y que pudiera calmarme de verdad. Pero el puto vaso está tan vacío como yo esta noche.

The Howl sigue a medio gas. Música baja, mesas medio llenas y un par de vaqueros que juegan al billar sin levantar la voz. En una esquina, una pareja que no se ha separado desde que he entrado están casi comiéndose la boca. Y yo aquí, con tres copas encima y la cabeza hecha mierda.

Susan. Sigo viéndola, aunque cierre los ojos con ese vestido azul, el gesto serio al verme en la cocina y la frialdad con la que me ha dicho que no tenía que darme explicaciones me ha atravesado como una navaja, pero, aun así, la quiero más de lo que debería y más de lo que pensaba que podía querer a alguien después de todo.

Cuando acabo el cuarto whisky, siento el cuerpo caliente por dentro, aunque no borra lo que siento, pero amortigua el golpe, al menos, por un rato.

Salgo al aparcamiento con el vaso en la mano, dejo la puerta del bar entornada y me apoyo en el capó de mi *pickup*. El aire no se mueve y las estrellas parecen clavadas en un cielo oscuro. Me paso una mano por la nuca y me dejo caer de espaldas contra la chapa, que está fría y dura. Entonces, justo en ese momento oigo unos tacones sobre el asfalto. Lentos, seguros y demasiado conocidos.

—Vaya, vaya… Si es el mismísimo James Miller. Pensaba que habías desaparecido del mapa.

Alzo la cabeza y veo a Annie Marshall, que lleva unos pantalones vaqueros apretados, un top negro con un escote que le llega hasta el ombligo y esa sonrisa que usaba como arma cuando teníamos veinte años. No me sorprende verla aquí. Siempre ha rondado el bar los viernes por la noche, buscando algo que nunca termina de encontrar.

—No. Sigo por aquí —respondo sin moverme.

Ella se acerca, clava los tacones junto a mis botas y apoya una mano sobre mi pecho como si le perteneciera y me mira de arriba abajo.

—Has cambiado, ahora tienes esa pinta de tipo peligroso que no tenías antes.

No le contesto, ni siquiera me aparto.

Annie desliza los dedos por mi camiseta, de forma lenta, como si tanteara el terreno, aunque su gesto no despierta ningún tipo de deseo en mí, solo una inercia tonta y una necesidad de dejar de pensar en Susan, aunque sea un puto segundo.

—¡Vamos dentro! Te invito a una copa —sugiere, cogiéndome de la mano.

Asiento con la cabeza y la sigo. No porque quiera estar con ella, sino porque esta noche ya está todo lo bastante roto como para preocuparme de si hago lo correcto o no.

Entramos de nuevo en el local. Ahora, la música ha cambiado, suena un country lento, que se cuela por los altavoces con un aire de derrota, que encaja con mi estado de ánimo. Annie se dirige a la barra y pide dos tragos sin preguntarme. El camarero los sirve sin decir una palabra, porque aquí todos nos conocemos. Brindamos o finge que brindamos, porque yo ni levanto mi vaso. Me limito a beber, engullendo el líquido de mi vaso sin pensar.

Ella se inclina hacia mí, me roza el cuello con los labios, pero no siento nada, además del gran vacío que me invade. Susan sigue en mi cabeza con ese vestido azul, con esa mirada y con ese silencio que pesa más que cualquier reproche.

Esta noche, ni todo el alcohol de este bar, ni el cuerpo de Annie consiguen sacarla de ahí.

No sé cuánto rato después, Susan entra en The Howl. Lo sé antes de verla y antes de que la puerta del bar se cierre a su espalda. La noto. Como una sacudida eléctrica que atraviesa el aire. El cuerpo se me tensa, el vaso se me queda congelado en la mano, y la conversación que Annie intenta mantener conmigo se esfuma de golpe.

Giro la cabeza justo a tiempo para ver su silueta avanzar entre las mesas. Lleva el vestido azul, una coleta alta y camina de esa forma que parece desafiar al mundo. Su mirada barre el local y se clava en mí. Cuando nuestros ojos se encuentran, no hallo ni sorpresa ni duda en los suyos, solo rabia, celos y fuego. En ese instante, siento el estómago encogerse y un cosquilleo brutal recorrerme la columna.

Susan se planta junto a la barra sin decir nada. Mira a Annie, luego a mí, y me lanza una sonrisa cargada de veneno.

—¿Piensas castigarme así? —me susurra al oído, sin dejar de clavarme la mirada.

Me llevo el vaso a los labios, pero no bebo, solo mantengo una sonrisa ladeada.

—No, Collins. Solo te estoy imitando.

El golpe que le doy con mi respuesta es directo. Lo veo en el brillo que se le escapa por un segundo de la mirada, pero no retrocede. Da un paso y se me queda tan cerca de mí, que puedo oler su perfume y sentir la tensión en cada centímetro de su cuerpo.

—Vamos fuera —murmura.

No me da tiempo a responderle, solo me agarra del brazo y me arrastra hacia la salida. Annie se queda atrás, con la boca entreabierta, sin entender nada. La puerta del bar se cierra con un golpe seco y el aire de fuera nos recibe como una bofetada caliente.

Susan me empuja hasta la *pickup* y se planta frente a mí. El vestido azul se mueve con cada respiración, los labios le tiemblan igual que a mí me tiembla el pulso.

—¿Qué cojones te pasa? —espeta.

—Tendría que preguntarte lo mismo.

No me responde. Me agarra de la camiseta, tira de mí y me estampa la boca con la suya. Es un beso sin aviso, sin suavidad ni

perdón. En su beso solo hay rabia pura, deseo acumulado y furia convertida en fuego. Le respondo igual. Con la misma hambre y necesidad de borrarlo todo a mordiscos.

Nos separamos un segundo. Ambos tenemos la respiración entrecortada, con la frente pegada y las manos aferradas al cuerpo del otro.

—Esto es una locura —me dice, pero no se aparta.

—Lo sé y no pienso parar.

Susan abre la puerta trasera de la *pickup*, me empuja dentro y me sigue. Cae sobre mí como una tormenta. Su vestido se le sube por sus muslos, mis manos le recorren su espalda, los gemidos se mezclan con las respiraciones agitadas y el calor sofocante de la noche. Ninguno habla, porque esta vez no hay dudas, solo el deseo y dos corazones que, al final, se rinden.

Capítulo 27

Susan

El calor que emana de su cuerpo me golpea con la misma violencia que el deseo que me arrasa por dentro. Estoy encima de James, con las piernas abiertas a cada lado de sus caderas, los muslos pegados a su piel ardiente, el vestido azul arrugado en mi cintura y la respiración tan descontrolada que cada vez que suelto el aire siento que voy a romperme.

James me mira como si fuera lo único que existe bajo este cielo estrellado y sofocante. La camiseta que llevaba puesta está tirada en el suelo de la *pickup*, sus manos me sujetan la cintura con una fuerza que me atraviesa y su boca me devora las tetas con una urgencia, que me enciende hasta el último rincón. Cuando siento sus labios rodeando uno de mis pezones, jadeo con un gemido que me vibra en la garganta. Me inclino hacia él, le cojo del cuello y lo atraigo más a mí, como si pudiera fundirme en su lengua, en sus dientes y en la forma que tiene de morderme como si me necesitara para seguir respirando.

—No pares —le susurro, pero lo que de verdad quiero decir es que no dejes de hacerme sentir así, ni ahora, ni esta noche.

Me muevo sobre él. Marco el ritmo con la pelvis, hundida en su cuerpo, sintiéndolo dentro de mí de una forma tan brutal que me cuesta contener los sonidos que se me escapan de la garganta. Cada embestida es una sacudida que me hace perder el control. Las ventanas están completamente empañadas, las lunas tiemblan con cada uno de nuestros movimientos y el sudor se mezcla con nuestros cuerpos, haciéndolo todo más salvaje y desesperado.

James me lame las tetas y me chupa los pezones con una ansiedad que me vuelve loca. Me agarra las caderas e intenta marcar él el compás y la profundidad de las acometidas, pero yo le planto las manos en el pecho y lo mantengo pegado al asiento.

—Hoy mando yo.

Me sonríe con esa boca manchada de mi piel, con los ojos llenos de lujuria y el cuerpo tenso de placer. Me inclino sobre él, le muerdo el labio inferior y vuelvo a besarle con una furia que nos deshace. Le beso como si se me fuera la vida en ello, con la lengua, con los dientes y con todo. No hay suavidad, ni pausas. Solo hay hambre, ganas de olvidarlo todo y de que esta noche nos trague.

Cuando empiezo a moverme más rápido, el cuerpo entero me arde. Los pechos me rebotan con cada impulso, las piernas me tiemblan y la tensión se acumula entre mis caderas. James me gime contra el cuello, me besa la clavícula y me muerde el hombro.

—Susan… Joder…

Sé que está a punto. Igual que yo. Cuando me corro, lo hago con un grito que rompe el silencio de la noche. Me arqueo sobre él, le clavo las uñas en el pecho y siento cómo el orgasmo me atraviesa como un rayo. James se tensa, me agarra más fuerte y se corre también, rugiendo mi nombre entre los dientes.

Después, nos quedamos así, sudorosos, pegados y temblando. El calor dentro de la *pickup* es insoportable. Huele a sexo, a piel húmeda y a locura. Me dejo caer sobre su pecho, con la cara contra su cuello, y cierro los ojos.

Esta noche, no hay preguntas. Solo nosotros dos. Y el cielo, tan quieto y lejano como todo lo que dejamos fuera de esta camioneta.

Me apoyo sobre su pecho, aun jadeando, mientras la piel me arde por dentro. Noto el latido furioso de su corazón contra mi mejilla, como si el de los dos estuviera tratando de empujar hacia fuera todo lo que aún no hemos dicho. James me rodea con los brazos y me acaricia la espalda con movimientos lentos, casi tiernos y, por un instante, todo se detiene.

Me aparto un poco para coger aire y él me mira, pero no como antes. Ahora hay algo en sus ojos que me remueve por dentro, y que no tiene nada que ver con la lujuria. No sé describirlo, pero lo noto. Es distinto.

—¿Qué? —murmuro, incómoda por lo vulnerable que me siento con su mirada fija en mí.

James niega despacio y deja que sus dedos me rocen la mejilla, como si necesitara comprobar que sigo ahí.

—Nada. Solo te miro.

Quiero hacer una broma. Reírme y decirle que ya ha visto bastante. Pero no lo hago. Porque su forma de mirarme me hace temblar y porque yo también noto que esto ya no es solo sexo. Algo ha cambiado. Lo siento en la forma en que su cuerpo busca el mío incluso cuando no estamos follando. En cómo sus ojos se quedan enganchados a los míos más de lo que deberían y en cómo se queda en silencio, cuando no sabe qué decirme, pero no se va.

—Me marcho dentro de unos días —le suelto y mi voz suena rasgada—. Casi ha pasado el mes y medio que nos pidió mi abuela que conviviéramos en el rancho.

James se queda muy quieto, tanto que me incorporo un poco para verle mejor. Sus cejas se fruncen y su mandíbula se tensa. No dice nada, solo me observa como si acabara de clavarle un cuchillo.

—Dímelo otra vez —gruñe por fin— y juro que te hago olvidar Nueva York.

Sus palabras me sacuden. No porque suenen a amenaza, sino porque están impregnadas de deseo, pero este es distinto al de hace un rato, este deseo es más peligroso y real.

—Lo digo en serio, James. Tengo que volver. Mi vida está allí.

—¿De verdad lo crees? —me pregunta en voz baja, pero hay algo en ella que me eriza la piel.

—Claro que sí. No soy de aquí ya lo sabes.

—Yo no sé una mierda de lo que crees, Collins. Pero sí sé lo que veo y lo que he visto esta noche no tiene nada que ver con alguien que quiere marcharse.

Sus palabras se quedan flotando entre nosotros. No sé qué decir ni qué pensar. Solo siento que tengo el cuerpo hecho un lío y el

corazón todavía peor.

—¿Qué quieres que haga? ¿Que me quede? ¿Que renuncie a todo?

—No te estoy pidiendo nada, solo quiero que dejes de mentirte.

Lo odio por decirme las cosas que no quiero escuchar, por mirarme como si pudiera verme por dentro y por hacer que una parte de mí quiera quedarme cuando lo único que debería hacer es salir corriendo.

Me aparto. Me siento de espaldas a él, con las piernas todavía temblorosas y el vestido arrugado contra los muslos. Necesito respirar, pensar y ordenar algo dentro de esta tormenta.

James se incorpora detrás de mí. Me rodea con los brazos y apoya la frente contra mi hombro desnudo.

—No me jodas.

Cierro los ojos y siento su respiración cálida en mi piel y me estremezco. Me doy la vuelta despacio y lo miro. Tiene el gesto contraído, como si le doliera tenerme tan cerca y no saber si voy a quedarme.

—Bésame —susurro.

James levanta la mirada y la clava en mis ojos.

—¿Por qué?

—Porque puede que sea la última vez.

Sus dedos me aprietan con fuerza. Me tumba despacio, como si ese fuera nuestro último refugio y su boca se apodera de la mía con rabia, pero también con una ternura que me rompe por dentro. No hay prisa esta vez en sus besos, solo una necesidad profunda, urgente y desesperada.

Me acaricia como si necesitara memorizar cada centímetro de mi piel. Como si su lengua y sus manos pudieran dibujarme una y otra vez hasta que ya no quedara ninguna duda.

—No he terminado contigo, Collins —murmura contra mi boca.

—¿Estás segura de poder seguir el ritmo, Miller? —le provoco, con un hilo de voz que no disimula lo que siento.

James me sonríe con ese brillo oscuro que siempre ha tenido. Me da la vuelta y me atrapa entre sus brazos y volvemos a

perdernos. Pero esta vez… no es solo sexo. Esta vez lo noto entrar en mí como si me reclamara. Como si su cuerpo estuviera intentando dejarme una marca que no pueda borrar, ni aunque me aleje de él medio país. Nos movemos con más fuerza, con más hambre y con un vértigo que se arrastra desde el pecho hasta las caderas.

Yo no solo gimo, también le grito que me dé más, que no se detenga.

Cuando exploto de placer, lo hago con lágrimas en los ojos, porque lo siento y sé que me estoy rompiendo. James también lo nota y me abraza fuerte cuando acabamos, y en ese abrazo… lo entiendo todo. Ahora ya no se trata de decidir si me quedo o me voy, sino de que este hombre ya me ha cambiado para siempre.

Capítulo 28

Susan

La puerta de The Rusty Spoon cruje al abrirse y un aroma a madera vieja y grasa de hamburguesa me envuelve como una bofetada de realidad. Me he sentado en esta banqueta mil veces, en otra vida. Una en la que creía que los sueños solo estaban en Nueva York y no entre caballos, polvo y porches desvencijados.

Veo a Maggie en la barra y me saluda con una sonrisa ladeada, que no necesita palabras. Lleva el pelo recogido en una trenza, unos vaqueros raídos y una camisa de cuadros anudada a la cintura.

—Te has hecho de rogar —me dice alzando su cerveza, que está a medio terminar.

Me siento frente a ella y pido una limonada. Necesito algo que me mantenga centrada y que no me haga sentir más nublada de lo que ya estoy hoy.

—No sabía si quería hablar contigo o esconderme bajo las sábanas y desaparecer durante una semana.

—Pues has elegido lo primero, así que habla.

Suelto una carcajada amarga y me paso las manos por el pelo. Aún siento la piel caliente por lo que pasó anoche con James. Desde entonces, cada centímetro de mi cuerpo grita su nombre, pero también grita que me largue y que vuelva a mi mundo y a mi vida.

—He firmado el preacuerdo con Ryan —confieso, bajando la mirada al borde de mi vaso.

Maggie frunce el ceño.

—¿Vas a venderle tu parte del rancho?

Asiento, sintiendo que algo dentro de mí se retuerce.

—Iba a regresar a Nueva York, pero…todo esto se me ha ido de las manos. James... lo nuestro no tiene ni pies ni cabeza.

Maggie se me queda mirando, en silencio. Luego apoya los codos en la barra y suelta con esa calma suya que siempre ha tenido:

—A veces, el miedo a perder lo que amas te hace huir, Susan. Pero si nunca te atreves a quedarte, nunca sabrás lo que podrías haber ganado.

Sus palabras me tocan el corazón y me quedo quieta, sin saber qué responderle.

—No se trata solo de él —susurro tras un rato de tratar de buscar las palabras adecuadas—. Se trata de mí y de no saber a dónde pertenezco.

Maggie niega con la cabeza al escucharme.

—Tú sabías perfectamente dónde pertenecías cuando estabas con él. Te he visto. Ahora ya no eres la misma que cuando llegaste. Entonces, habías bajado la guardia, habías dejado de luchar contra todo y te habías rendido a sentir. En cambio, ahora quieres salir corriendo porque te asusta que no sea perfecto.

Me limpio una lágrima que se me ha escapado sin permiso de los ojos mientras escucho a mi amiga hablar.

—He cometido un error, ¡joder! —me levanto de golpe—. No debería haberme acostado con él, ni me debería haber dejado llevar, ni tampoco ilusionarme.

—Pero lo has hecho, porque lo has sentido y él también lo siente. ¡Por una vez en tu vida, haz algo que no lo tengas perfectamente calculado, tía!

Miro a mi amiga, pero no digo nada. Solo me vuelvo a sentar y siento el peso de mis propias decisiones hundiéndome en la banqueta.

—James está preparando una cena para ti esta noche, ¿lo sabías?

Levanto la vista, sorprendida.

—¡Él no sabe lo del contrato! ¡Ni que me voy mañana!

Maggie aprieta los labios.

—Pues entonces date prisa, antes de que lo descubra por su cuenta. Porque si eso ocurre, no va a querer ni escucharte y se va a acabar todo.

Trago saliva, sintiendo cómo el corazón me late desbocado en el pecho con una fuerza casi dolorosa. Salgo del bar sin despedirme de ella, porque necesito aire, pensar y saber si de verdad quiero irme o si solo estoy huyendo por miedo a quedarme.

Camino por la calle principal de Deep Valley mientras el viento me agita el pelo. Me detengo frente al escaparate de la floristería, donde las flores silvestres, que tanto le gustaban a mi abuela, están expuestas en jarrones de cristal. Me quedo mirando los lirios y me duele el alma. Como si Margaret me estuviera mirando desde algún lugar y me dijera que estoy haciendo justo lo que me prometí que no haría: huir.

Me giro sobre mis talones y oigo cómo mis botas repican contra el asfalto mientras acelero el paso. Tengo que hablar con James y contarle la verdad antes de que sea demasiado tarde, Porque si me marcho de aquí sin hacerlo, me arrepentiré toda la vida. Aunque, tal vez, ahora ya sea demasiado tarde y ya lo he perdido…

Capítulo 29

James

El cielo está totalmente limpio esta tarde, no hay ni una nube que lo emborrone. Además, el aire huele a tierra caliente y a campo recién regado. El buen tiempo acompaña a mi buen humor. Llevo dos horas preparando el porche para la cena. He limpiado la mesa de madera, he cambiado las sillas viejas por las que estaban en la despensa desde hace meses y he colgado unas luces que encontré en el cobertizo. No soy bueno con estas cosas, pero me apetece que todo esté perfecto esta noche. No para impresionar a Susan, sino porque me importa, porque después de todo lo que ha sucedido, necesito que sepa que estoy aquí, con ella y que quiero continuar a su lado.

El horno suena desde la cocina. El delicioso olor del asado llega hasta el porche, mezclado con el aroma de la hierbabuena que crece al borde de los escalones. Sobre la mesa, he dejado una botella de vino abierta para que respire. Dos copas y unas velas pequeñas dentro de tarros de cristal. Me he duchado, me he afeitado e incluso me he puesto una camisa blanca de manga larga, remangada hasta los codos. Parece una tontería, pero quería que viera que me he molestado y que esta cena no es una casualidad, ni un capricho, sino algo muy especial que he organizado para ella, para nosotros.

Vuelvo dentro para buscar un mantel decente, que esté limpio, que no tenga ni manchas de grasa ni restos de café. Abro la cómoda de la sala, esa que casi nunca toco, porque sus cajones siempre están llenos de trastos que no me sirven para nada. Revuelvo entre los cajones hasta que doy con uno doblado. Lo saco y lo sacudo un poco. Pero justo cuando voy a cerrarlo, veo unos papeles entre las

servilletas de tela. Arrugo el entrecejo y los cojos, porque si son importantes no deberían estar allí. Así que los saco.

Al tenerlos entre las manos, me sorprende ver que el nombre de Ryan está impreso en la cabecera del documento. Reconozco su logotipo antes de leer nada más y lo siguiente que veo es la firma de Susan. En tinta azul y con trazo claro. Como si no hubiera dudado ni un segundo al estamparla al pie del texto.

Leo el texto y veo que es un preacuerdo de venta con una valoración de su parte del rancho. El papel tiembla entre mis manos, pero no porque tenga frío. El corazón se me encoge y una punzada me atraviesa el estómago. Me siento en el borde del sofá sin poder apartar los ojos del maldito documento.

Tanto rato pensando en cómo decirle lo que siento, en si esta noche podía ser un comienzo... y resulta que ella ya ha puesto el punto final a lo que fuera que para ella ha habido entre nosoros. Me siento como un idiota que se ha montado una película solo.

El mantel se me cae al suelo. Me paso las manos por la cara. El horno sigue sonando al fondo. Huele a cena hecha con esmero y cariño y a todo lo que no sirve de una mierda ahora mismo.

Miro el reloj. Susan debería llegar en cualquier momento, pero yo ya no tengo nada que ofrecerle. Ni la cena, ni la botella de vino, ni siquiera el esfuerzo, porque todo eso era para alguien que ya ha decidido marcharse.

Me hundo en el sofá, con los codos apoyados en las rodillas y la vista perdida en la madera del suelo. Las luces del porche parpadean a través del cristal. No sé si apagarlas o dejarlas encendidas por si, en el último segundo, ella cambia de opinión.

Me levanto del sofá, doy un par de vueltas por la sala como un animal enjaulado y termino en la cocina, con los nudillos apretados contra la encimera. El aroma del asado se me clava en la garganta, como si me recordara lo idiota que he sido por creer que todo podía cambiar.

Oigo el ruido del motor de un coche acercándose por el camino de grava. Me asomo por la ventana del salón y veo la vieja camioneta de Margaret, que siempre conduce Susan. Aparca rápido,

como si llegara con prisa, como si tuviera algo que decir. Pero lo que yo tengo que decir ya no necesita muchas palabras.

Abro la puerta antes de que ella suba los escalones del porche y su cara lo dice todo. Tiene los ojos enrojecidos y el gesto crispado. No dice nada. Ni siquiera me dedica esa sonrisa medio altiva con la que suele disfrazar las cosas que le duelen.

—¿Así es como termina esto? ¿Vendiéndole tu parte del rancho a ese imbécil?

Lo suelto sin filtros, con la rabia bulléndome en la garganta. Le lanzo el documento que he dejado sobre la mesa. Ella lo mira un segundo y se le borra cualquier intento de defenderse.

—No es lo que crees.

—Ah, ¿no? Pues que yo sepa esa es tu firma y en el texto pone que estás dispuesta a venderle a Ryan lo que tu abuela nos dejó para reconstruir juntos. ¡Reconstruir, Susan! No para que lo liquides como si fuera una empresa cualquiera de Nueva York.

Me acerco un paso más ella. Susan baja la mirada, como si no pudiera sostener el peso de lo que ha hecho.

—No lo he hecho a escondidas. Solo quería... prever las opciones. Pensé que...

—¡Pensaste que te irías sin decirme nada! ¡Pensaste que lo nuestro era solo un extra! Un capítulo más mientras hacías tiempo. ¿Y yo qué? ¿Formaba parte del *pack* mientras esperabas la mejor oferta?

Se estremece al escucharme y se muerde el labio y da un paso hacia mí, pero no la dejo acercarse más. No puedo, porque sé que, si lo hace, si me toca ahora, me partiría del todo.

—¡No digas eso! ¡No sabes lo que siento!

—Pues explícamelo. ¡Dime qué coño está pasando por tu cabeza!

Susan respira hondo. Aprieta los puños a los lados del cuerpo y su voz sale quebrada.

—¡No sé qué hacer, James! ¡No sé qué siento, ni a dónde pertenezco! ¡Estoy perdida, joder!

Me la quedo mirando, con el corazón encogido y la rabia transformándose en algo peor… En resignación. Porque si después

de todo, después de todo lo que hemos vivido, no sabe lo que quiere... entonces no tengo nada que hacer.

—Entonces dime qué quieres...

Ella traga saliva y, después, me mira con los ojos empapados, como si la respuesta estuviera colgando de sus labios, pero no se atreviera a pronunciarla.

—No lo sé.

La frase me golpea como una bofetada. Me giro y camino hacia la puerta sin decir nada más. Ni un reproche. Ni una despedida. Solo dejo la cena en la mesa, las luces encendidas y el mantel en el suelo. Porque ya da igual.

Salgo y cierro la puerta tras de mí. Esta vez, no me doy la vuelta.

Capítulo 30

Susan

No he pegado ojo en toda la noche. He dado vueltas en la cama, he cambiado de postura mil veces, he contado los latidos de mi corazón como si fueran ovejas y he escuchado el tic-tac del reloj de la cocina colándose por el pasillo, como una cuenta atrás hacia algo que no sé si quiero o si me da miedo mirar de frente. La casa está tan silenciosa que me duele. Esta mañana no huele a pan tostado, ni a café recién hecho, ni a tierra mojada, porque hoy la casa está vacía. Como yo.

Mi habitación sigue igual que siempre, pero siento que ya no me pertenece. La colcha doblada sobre la silla, la maleta sin cerrar a los pies de la cama y los vaqueros colgados del pomo del armario, como si alguien fuera a ponérselos de nuevo y salir corriendo.

Ahora ya nada encaja.

Me levanto, camino descalza por el suelo de madera que cruje con cada uno de mis pasos y me detengo frente al espejo. Tengo los ojos hinchados, las mejillas marcadas por la almohada y el pelo recogido de cualquier manera. Parezco una versión cansada de mí misma. Una versión rota.

Me apoyo en el marco de la ventana y miro hacia el porche. Las luces que James colgó anoche siguen ahí, parpadeando contra el amanecer como si no supieran que ya no hay motivo para brillar. La mesa está puesta. El mantel aún cuelga del respaldo de una silla y las velas dentro de los tarros de cristal están apagadas. Me arde el pecho al verlas.

Doy un paso atrás. No quiero seguir mirando, ni quiero imaginarle esperando, con la camisa blanca remangada, con la

botella de vino abierta y el corazón en la mano. No quiero recordar la rabia en su voz cuando me lo echó todo en cara, ni el portazo con el que se marchó sin girarse. Pero lo hago. Una y otra vez. Como una película que no sé cómo detener.

Me encierro en el baño. Abro el grifo y me lavo la cara, pero el agua fría no sirve de nada. El temblor de mis manos no desaparece. Me quedo un rato apoyada en el lavabo, respirando hondo e intentando convencerme de que hice lo correcto. Que lo de anoche no cambia nada y que irme es lo mejor.

Pero no lo siento así. No después de lo que pasó entre nosotros, ni después de sus manos recorriéndome como si quisieran memorizarme, ni después de su voz ronca diciéndome que no había terminado conmigo. Pero luego lo dijo. «Entonces dime qué quieres» y yo no supe qué responder. Entonces, me miró con esa mezcla de dolor y orgullo herido que me dejó sin aire y cuando se marchó, sentí que algo dentro de mí se rompía en mil pedazos.

Me visto despacio. Doblo la ropa que no me pondré y la guardo en la maleta sin demasiado orden. Recojo el neceser del baño y cierro la cremallera con un gesto que me suena a despedida. Bajo las escaleras con el estómago encogido y paso por el salón sin atreverme a mirar hacia el porche. La bandeja de la cena sigue sobre la encimera, con la comida ya fría y las copas sin usar. No toco nada, ni tampoco lo limpio, ni lo recojo. Solo salgo por la puerta con la bolsa al hombro y la maleta tirando de mí.

En el porche, el aire huele a mañana nueva, pero yo me siento atrapada en una noche interminable. Me paro un momento, antes de bajar los escalones, y echo un vistazo al horizonte. El rancho se despereza poco a poco. Oigo algún caballo relinchar en los establos y las ruedas de una carretilla golpeando la grava. Todo sigue como si nada, como si yo no importara y como si mi marcha no fuera a dejar huella.

Intento creer que me voy porque quiero, porque necesito volver a mi vida, a mi mundo y a todo eso que me espera en Nueva York. Pero la verdad es que me voy, porque no sé cómo quedarme sin que duela. Porque me da miedo no estar a la altura de lo que

siento y porque no sé si James podrá perdonarme, y si no puede, entonces no sé cómo sobreviviría a quedarme.

Subo a la camioneta y noto que el asiento está caliente por el sol que empieza a apretar. Meto la llave en el contacto y cierro los ojos un segundo. Solo uno. Para contener el temblor y prometerme que no voy a llorar, porque ya he llorado suficiente.

Arranco el motor, pero algo dentro de mí me susurra al oído, que aún no he terminado aquí.

No voy directa al aeropuerto. No puedo.

La camioneta avanza por el camino que lleva al extremo norte de Red Valley, donde el asfalto da paso a la tierra seca y a los arbustos que crecen al borde de los senderos, sin orden ni propósito. Aquí no hay tráfico, ni semáforos, ni prisas. Solo hay campo abierto, viento que lo revuelve todo y un cielo que parece más grande cuanto más lo miras.

Doblo por el cruce que lleva al viejo molino, aunque ya no queda nada de él, salvo unas piedras cubiertas de hiedra y recuerdos. A unos metros, justo al otro lado del riachuelo que en verano se seca casi por completo, está el árbol. Mi árbol. Un olmo torcido por el viento y por los años, con la corteza marcada por cicatrices que nadie ve si no sabe dónde mirar.

Detengo la camioneta y bajo. El aire me revuelve el pelo en cuanto salgo. Huelo a campo, a madera vieja y a esa mezcla de polvo y sol que siempre ha tenido este sitio. Me acerco despacio, arrastrando las botas por la tierra. Las ramas del olmo crujen con el movimiento del viento y algo se me aprieta en el pecho. Me agacho junto al tronco y paso la mano por la superficie rugosa, hasta que doy con la marca.

S + J

La talla apenas se distingue ya. El tiempo ha hecho de las suyas, pero sigue ahí. Como una huella que se resiste a desaparecer. Recuerdo aquella tarde. Hacía un calor sofocante y yo llevaba una camiseta de tirantes blanca, que ya por entonces se me quedaba corta. James apareció con su vieja gorra de béisbol y un batido de fresa, que terminó derramándome por encima. Me reí tanto que

terminé rodando por el suelo, con la espalda llena de polvo y el corazón latiéndome como un tambor en medio del pecho. Fue la primera vez que me miró de esa forma. Como si no pudiera entender por qué le gustaba mirarme, pero no pudiera dejar de hacerlo.

Apoyo la frente contra el tronco y cierro los ojos. El último verano antes de marcharme a Nueva York. El verano en el que pensé que James Miller sería mi primer todo, pero no lo fue. Porque me fui antes, porque me dio miedo quedarme.

Siempre ha sido así. He sabido huir muy bien, pero nunca he sabido quedarme.

El problema no es Red Valley, ni el rancho, ni siquiera mi vida en Nueva York. El problema soy yo y el miedo que me atenaza cuando estoy a punto de tener algo real. El pánico que me sacude cuando alguien me quiere de verdad, porque entonces, también puede hacerme daño.

James me rompió cuando se fue sin mirar atrás. Pero lo que más me duele no es eso. Es saber que fui yo la que le empujó a hacerlo. Con mi silencio, con mi indecisión y con esa forma mía de cerrar la boca justo cuando debería abrir el corazón.

—Estás cometiendo un error —escucho detrás de mí.

Me giro de golpe y ahí está. Maggie. Con sus vaqueros gastados, el pelo recogido en una trenza y los ojos clavados en los míos. No me sorprende verla aquí, porque este sitio también era nuestro.

—Lo sé —susurro.

Ella se cruza de brazos y se apoya en el capó de su pick-up.

—Entonces, ¿por qué lo haces?

—Porque no sé cómo no hacerlo.

—Eso no es una respuesta, Susan. Eso es miedo.

La miro, me muerdo el labio y trago saliva. Siento un nudo en la garganta hinchándose, como si fuera a estallar en cualquier momento.

—¿Y si me quedo y todo sale mal? ¿Y si me vuelve a romper?

Maggie niega con la cabeza, pero no con pena. Lo hace como quien ha escuchado esa excusa demasiadas veces.

—¿Y si todo sale bien? ¿Y si esta vez es distinto? ¿Y si, por una vez, te dejas querer de verdad?

—No quiero perderlo, Maggie. Pero tampoco quiero perderme a mí.

—Entonces busca un lugar donde no tengas que elegir. Porque si lo pierdes a él, después de lo de anoche… —suspira—. Te vas a arrepentir toda la vida.

Me acerco a ella y la abrazo sin decir nada.

—Gracias —le digo, antes de apartarme.

—Aún estás a tiempo, tía. Pero no mucho más.

Me alejo, sintiendo sus ojos clavados en mi espalda mientras regreso a la camioneta. Me detengo antes de abrir la puerta y vuelvo la vista hacia el olmo. No sé si James recuerda esa talla, ni si significa algo para él.

Me subo a la camioneta. Aprieto el volante con fuerza y dejo que el motor ronronee bajo mis pies. Tengo un billete de avión para hoy. Un destino al que no estoy segura de querer llegar. Pero antes… antes necesito despedirme de todo esto. O quizá, necesito asegurarme de que todavía queda algo que me ate aquí.

La terminal está medio vacía. Solo se oye el sonido lejano de una máquina expendedora tragándose una moneda, la voz metálica de los altavoces anunciando un vuelo con destino a Dallas y el chirrido de las ruedas de mi maleta. Camino por el pasillo como si no fuera yo, como si cada paso lo diera otra persona con la que no tengo nada que ver. Miro a mi alrededor, pero no busco a nadie. James no está aquí. Ni lo estará, porque ya me ha dejado marchar.

El aire acondicionado me corta la piel en cuanto me siento en la sala de embarque. Me paso las manos por los brazos y echo la cabeza hacia atrás, intentando respirar despacio. En el cristal, el reflejo de la pista brilla con la intensidad insoportable del mediodía. No hay nubes, como si el cielo también me empujara a irme, despejándome el camino.

Rebusco en mi bolso hasta dar con mi billete. Vuelo 2087. Asiento 17A. Ventana. Siempre elijo ventanilla. Me da la sensación de tener más control si puedo ver el suelo cómo se aleja bajo mis

pies. Pero esta vez no quiero mirar hacia abajo, ni quiero ver cómo Red Valley se encoge hasta desaparecer. No quiero ver las montañas perdiéndose entre las nubes, ni el campo extendiéndose como un mapa que ya no me pertenece.

Una azafata pasa por delante de mí con paso rápido. Me recuerda a mí, cuando todo era orden, control y agenda. Cuando el mundo era un calendario y yo solo tenía que marcar con una equis lo que dejaba atrás.

Me toco el interior de la muñeca. Justo ahí, donde aquella noche sentí sus dedos apretándome mientras me decía que no había terminado conmigo. Me trago las lágrimas que amenazan con volver. No quiero llorar aquí delante de extraños y cuando aún me estoy convenciendo de que he hecho lo correcto.

Porque lo he hecho, ¿no?

He firmado el maldito preacuerdo, he metido mis cosas en una maleta, he puesto rumbo al aeropuerto y he reservado un vuelo de regreso a mi vida. La de verdad. La de Nueva York. La de los rascacielos, los taxis y las reuniones infinitas. La que no huele a heno, ni a tierra, ni a camisa masculina con olor a campo y a piel caliente.

Entonces, ¿por qué tengo esta sensación de estar dejando atrás algo irremplazable?

Miro por la ventana, pero no veo nada. Solo el resplandor blanco del exterior que me hace entornar los ojos. Podría quedarme y bajarme de este avión antes de que despegue. Podría buscarle y pedirle que me escuche, pero no lo haré, porque ya es tarde y no sé si sabría cómo quedarme sin volver a romperme.

Un zumbido interrumpe mis pensamientos. Es mi móvil. Lo saco con la esperanza estúpida de que sea él, pero es una notificación de confirmación del vuelo. Como si necesitara más pruebas de que estoy huyendo. Apoyo la cabeza en el cristal y cierro los ojos. Intento convencerme de que no pasa nada. Que lo bueno de haber firmado ese maldito papel es que ahora puedo hacer lo que me dé la gana. Que ya no tengo responsabilidades allí, porque el rancho no es mi sitio, ni nunca lo fue. Que no estoy hecha para la

vida entre montañas ni para un hombre como James Miller, que huele a polvo, a caballo y a promesas que yo no sé cumplir.

Me lo repito una y otra vez. Qué más da. Qué más da. Qué más da. Pero sí que da, porque en ese porche, con las luces colgando y la cena esperándome, había algo más que una cena. Había una oportunidad. Una que he dejado pasar por miedo. Y ahora, con el cinturón abrochado, las ruedas del avión comenzando a rodar y el zumbido de los motores rugiendo bajo mis pies, empiezo a entender que no se trata de lo que he dejado atrás, sino de lo que quizá nunca volveré a tener delante.

La azafata me sonríe al pasar por mi lado, pero no le devuelvo la sonrisa. Solo aprieto los dientes, me sujeto a los apoyabrazos y dejo que el avión se eleve, llevándose conmigo todo lo que no he sabido quedarme.

Capítulo 31

James

No he pegado ojo en toda la maldita noche. Ni siquiera me he tumbado. He pasado las horas caminando de un lado a otro por la casa como un perro sin sitio. Esta casa, la mía, lleva semanas sin sentirme en ella. Me fui para estar en el rancho, para ocupar el sitio que Margaret quiso que ocupáramos, Susan y yo. Pero anoche volví aquí. Al único lugar donde sabía que no iba a cruzármela de nuevo.

No he encendido la luz. No he querido ver los muebles cubiertos de polvo ni los recuerdos que he intentado enterrar bajo la rutina del trabajo. Me senté en el suelo, junto a la chimenea apagada y una cerveza caliente en la mano. Cuando ha empezado a clarear, he abierto las ventanas de par en par. Necesitaba que entrara el aire y que se llevara el olor a derrota que me impregna la piel.

Susan se ha ido. Lo sé sin necesidad de verla. Ha hecho lo que llevaba semanas planeando, aunque yo no supiera leer las señales. Ha metido su vida en una maleta, ha guardado su silencio en un vuelo de regreso a Nueva York y ha dejado atrás todo lo que construimos. O lo que yo creía que estábamos construyendo.

En la cocina, el café humea sobre la encimera. Me lo he preparado como si eso fuera a devolverme algo de orden, pero no he probado más de un par de sorbos. El amargor me revuelve el estómago. Me apoyo contra la pared y miro hacia fuera. Desde aquí no se ve el rancho, pero sé que está ahí, despertando sin ella. Igual que yo.

He repasado una y otra vez lo que nos dijimos anoche, cada gesto y silencio. Me he aferrado a la idea de que quizá me buscara,

de que apareciera en la puerta de mi casa pidiendo quedarse, pero no ha sucedido y lo peor es que me jode tanto echarla de menos, como sentir que tengo que dejarla ir.

Me duele pensar que después de todo lo que ha sucedido entre nosotros, se haya marchado con ese papel firmado. Con una oferta de compra de su parte del rancho, como si todo esto no hubiera sido más que una parada provisional en su vida. Como si yo hubiera sido una pausa. Un desvío. Algo a lo que le puso fecha de caducidad desde el principio.

Aprieto los dientes. El café ya se ha enfriado, pero bebo otro sorbo. Me arde la garganta, aunque esté frío.

Me la imagino en el aeropuerto, rodeada de desconocidos, con esa maldita capacidad suya de parecer que no necesita a nadie. Con ese brillo altivo en los ojos, que siempre ha usado para protegerse de todo, incluso de mí.

Supongo que Ryan estará encantado. Debe creerse que lo tiene todo atado. Que, con la firma de Susan, solo queda convencerme a mí para cerrar el trato y repartirse lo que queda del rancho. Pero va listo si cree que pienso venderle mi parte. Esa tierra no está en venta. Ni ahora ni nunca.

Salgo al porche con la taza en la mano. El aire es fresco todavía, aunque el sol ya empieza a calentar las piedras. Desde aquí, alzo la mirada hacia el cielo despejado. Las montañas se recortan a lo lejos, firmes y silenciosas, igual que siempre. Escucho el zumbido lejano de un motor y, al mirar hacia el horizonte, lo veo. Un avión surcando el cielo. Su estela blanca parte en dos el azul como una cicatriz.

No sé si es el suyo, ni si ni siquiera va hacia Nueva York. Pero mi corazón se encoge en medio de mi pecho. Me quedo quieto, con la vista clavada en ese punto que se va alejando, cada vez más pequeño, hasta que desaparece.

—Adiós, Collins.

Capítulo 32

Susan

No hay ni un solo rincón en este apartamento que no me resulte ajeno. Las paredes son las mismas. El mobiliario también. Todo sigue exactamente igual a como lo dejé cuando me fui a Deep Valley. Pero ya no siento que me pertenezca. Ni este espacio, ni esta ciudad, ni esta vida que me había construido con tanto empeño. Ya no me siento en casa.

Mi maleta sigue en el recibidor, cerrada. No la he deshecho. Ni siquiera he encendido las luces del apartamento y he dejado las persianas bajadas, como si la penumbra pudiera servirme de escudo. Pero no lo hace. La oscuridad no me protege, porque lo único que hace es amplificar el eco del mensaje de James, que recibí justo después de aterrizar en Nueva York, en mi cabeza.

«Te has ido porque nunca quisiste quedarte».

Y me duele, mucho, porque puede que tenga razón.

Me tumbo en el sofá, aunque no consigo encontrar una postura que no me resulte incómoda. El cuero está frío o a lo mejor soy yo la que está congelada por dentro. No tengo hambre, ni sueño, ni tengo nada. Solo una sensación constante de ahogo en el pecho que no se marcha por mucho que inspire hondo.

En Red Valley, todo era polvo, calor y silencio. Pero estaba él. Cierro los ojos y recuerdo el roce de sus dedos sobre mi piel. Las noches en las que su cuerpo era lo único que me anclaba al mundo. Las mañanas en las que deseaba que no se levantara de la cama. Las veces que me dejó sin palabras, sin aliento y sin armadura con la que protegerme de él y de todo lo demás.

El sonido del interfono me sobresalta. Tardo unos segundos en reaccionar.

—Susan, tienes un paquete —oigo que me dice la voz de la portera a través del telefonillo.

Le respondo con un monosílabo, que ni siquiera yo entiendo, y bajo a recogerlo. Es una caja de una de las empresas con las que trabajo habitualmente. Dentro hay catálogos, muestras de tejidos, invitaciones para ferias de diseño… lo habitual que suelen enviarme, pero esta vez, en lugar de ilusionarme por ver todas las muestras nuevas, dejo el paquete sobre la encimera sin siquiera mirarlo.

El móvil vibra sobre la mesa, miro la pantalla y veo que es un mensaje de Alice, mi asistente.

Alice:
He cerrado la reunión con los de Tribeca para el viernes.
Te he enviado también la propuesta de Bellevue Park
y las ideas para el apartamento de Brooklyn.
Dime si quieres que reorganicemos algo.

Tecleo una respuesta que ni leo.

Yo:
Perfecto. Gracias.

Pero no está *perfecto*, porque ahora tengo la sensación de que nada lo está.

Voy a mi habitación y me detengo en el umbral. Las sábanas están impecables. No hay polvo sobre la cómoda. Todo está en su sitio. Salvo yo. Me pongo de pie frente al armario y lo abro sin pensar. Miro la ropa colgada, los zapatos alineados y los bolsos colocados por colores. Ahora nada de esto me emociona. Ni siquiera la ropa para la nueva temporada que me había hecho tanta ilusión conseguir. Lanzo un resoplido y saco una caja de la balda superior. Dentro está el sombrero de vaquera que llevaba el último verano que estuve en el rancho. No sé por qué me lo traje a Nueva York. Tal vez, porque una parte de mí sabía que nunca había terminado de irse del todo de Red Valley.

Me lo pongo. Me miro en el espejo y, por un segundo, me reconozco. Vuelvo a ser la pelirroja testaruda que corría libre entre los árboles y se reía a carcajadas sin importarle mancharse las botas de barro... Esa niña sigue dentro de mí, solo que ahora también lleva el peso de todo lo que ha vivido y de todo lo que ha perdido.

Recuerdo el gesto de incredulidad en su cara cuando vio el documento firmado aquel documento. Cuando firmé el precontrato creí que me entendería, que comprendería por qué lo hacía, pero está claro que no.

Me abrazo las rodillas y siento que me ahogo por las lágrimas que me trago. Lanzo un hondo suspiro y miro por la ventana. El cielo de Manhattan está encapotado. Los cláxones no cesan de sonar y la ciudad entera parece gritar. Pero en mi cabeza solo hay una voz, la suya llena de rabia y de dolor.

—Además de cabezón, eres un imbécil, James Miller —susurro, aunque eso no impide que le eche tanto de menos, que me duela.

Capítulo 33

James

Lo primero que pienso al escuchar el tono insistente del teléfono es que algo va mal en el rancho. Otra vez… Estoy en el granero, con las manos sucias de grasa y el cuerpo tenso desde que amaneció. El ruido del motor del viejo tractor que intento revivir se mezcla con el zumbido de las moscas, pero el sonido agudo llega hasta mí de forma clara.

Miro el identificador de llamadas.

«Oficina del sheriff».

Contesto sin pensar asustado.

—Miller.

—James, soy el sheriff.

Reconozco su voz directa y sin adornos al instante.

—Buenos días, Sheriff. ¿Qué sucede?

Hace una pausa, lo que aún me alarma más

—Tendrías que venir un momento por la oficina. Es sobre el incendio y me gustaría que habláramos personalmente.

—¿Qué ha pasado? ¿Habéis encontrado algo?

—Hemos arrestado a dos personas esta mañana. Prefiero que lo hablemos aquí.

—Joder, Rawlings. Dime quién ha sido.

—James —responde con un suspiro—. Es mejor que vengas.

—Entendido, voy para allí.

Cuando la llamada se corta, me quedo mirando el móvil como si acabara de explotar. Camino hasta la pileta junto al establo y me enjuago las manos con el agua fría de la manguera. El jabón está reseco, así que lo froto con fuerza y luego me seco con la toalla

antes de subirme a la camioneta. El trayecto hasta el centro del pueblo dura apenas veinte minutos, aunque, la incertidumbre por saber qué me dirá Rawlings, me los hace eternos.

Red Valley parece el mismo de siempre. Los carteles en las ventanas del supermercado, el humo saliendo del asador, dos niños montando en bici sin camiseta por la acera… Pero hay algo que no encaja, percibo que hay una tensión en el ambiente, que no sé aún por qué la siento. Tengo la sensación como si el suelo supiera algo que yo todavía no he descubierto.

Aparco frente a la oficina del sheriff y bajo de la camioneta. Subo los escalones con las botas resonando contra la madera y entro en la recepción. La policía que hay sentada en la mesa de la entrada, me lanza una mirada rápida y asiente hacia la puerta del fondo. Alzo la vista y empiezo a caminar hacia Rawlings, que está sentado tras su escritorio. Cuando entro en el despacho del sheriff, veo su sombrero colgado de la percha. Al verme, se levanta con un gesto breve.

—Gracias por venir tan rápido, Miller.

—No me has dejado muchas opciones.

—Disculpa, pero creo que es importante que sepas cuanto antes lo que tengo que decirte.

—Dime ya quién ha sido.

Se pasa una mano por la barba incipiente y luego me mira a los ojos.

—Los tenemos en custodia. Confesaron esta mañana. Pero siéntate por favor —me ofrece mirando al par de sillas que tiene al otro lado de su escritorio, pero no me siento.

—¿Confesaron qué, joder? ¿Quiénes son?

—Nate y Lucke Carter.

—¿Los hermanos Carter? —le pregunto esperando una aclaración de la bomba que acaba de hacer explotar frente a mi cara.

Al principio no entiendo lo que ha dicho. Mi cerebro no lo procesa, porque tengo la sensación de que me ha dicho unas palabras en un idioma que no conozco.

—Repite eso.

—Los Carter, sí, Nate y Lucke Carter, que llevan años trabajando en el rancho.

—Más de una década —le aclaro.

—Eso es. Pues ellos iniciaron el incendio según ellos mismos han confesado.

Me echo hacia atrás y siento que me falta el aire.

—Eso no puede ser. No tiene ningún puto sentido.

Rawlings asiente despacio. Me deja espacio, como si supiera lo que estoy sintiendo.

—Los hemos interrogado por separado y sus declaraciones coinciden. No han dicho ninguna contradicción, ni nada que no haya cuadrado.

Me apoyo en el borde del escritorio.

—Llevo más de diez años trabajando con ellos. Hemos compartido ferias, noches en los rodeos, partidos de los Broncos... ¡Estuvieron en el bautizo de mi ahijado!

—Lo sé. Por eso prefería decírtelo en persona.

—No me entra en la cabeza. Pero… ¿Por qué lo han hecho? ¿Qué ganan prendiéndole fuego al rancho?

Rawlings niega con la cabeza.

—Eso es lo que intentamos averiguar. Dicen que lo hicieron por su cuenta, pero hay cosas que no cuadran. Estaban nerviosos. Como si alguien les hubiera presionado.... Puede que haya alguien más detrás de esto.

Me paso las manos por la cara, arrastrando el sudor de mi frente.

—No puede ser. Los Carter nunca me harían algo así...

Rawlings me observa, pero no dice nada. Me deja digerirlo. Tragarme el nudo que tengo en la garganta, aunque se me haya quedado atascado.

—No tenemos pruebas de que alguien más esté implicado —continúa—, pero tampoco lo descartamos. Por ahora, van a quedar retenidos en la cárcel del condado. En cuanto tengamos más información, te avisaré.

Asiento sin saber qué decir, porque me he quedado sin palabras y siento una traición tan grande dentro de mí, que noto

como si en cualquier momento el que fuera a dejarse devorar por las llamas fuera yo.

Lo primero que hago al llegar al rancho es no mirar hacia la casa principal. Paso con la camioneta por el sendero que lleva hasta el establo sin apartar la vista del camino, aunque noto un nudo en el estómago al imaginarla vacía. El porche, las sillas, la cuerda de luces que colgué aquella noche… Todo sigue donde lo dejamos, como si nos estuviera esperando y no supiera que ella ya no está.

He vuelto a dormir a mi casa. A la antigua. La que tiene las paredes mal aisladas y el tejado que cruje cuando sopla el viento. La misma en la que aprendí a vivir solo, a cocinar sin incendiar la cocina y a beber sin nadie que me quitara la botella de las manos. Desde que Susan se fue, no he querido poner un pie en la casa grande. Porque estar en esa casa sin ella, me duele, porque todo me recuerda demasiado a Susan, a su risa colándose por las escaleras, a su pelo rojo sobre mi almohada y a los días en los que pensé que tenía sentido compartir la vida con alguien.

Pero ahora solo me queda esto: el trabajo, el polvo que se me mete por las botas, el calor que lo reblandece todo y los animales que no entienden de ausencias. Ellos siguen aquí y yo también, aunque ahora ya nada es igual.

Me levanto temprano, antes incluso de que salga el sol, y no paro hasta que el cuerpo me dice basta. No dejo que nadie me ayude, además los Carter ahora tampoco están. Me ensucio las manos con las reparaciones, con el estiércol y con las herraduras de los caballos. Porque necesito vaciarme de ella y trabajar es lo único que me mantiene la cabeza ocupada, aunque no funciona. Trabaje lo que trabaje y sude lo que sude, el eco de su voz me sigue a todas partes. La escucho en los pasillos que ahora están mudos, en las noches sin cena y en los huecos de la cama que ya no calienta nadie.

—Se ha ido porque nunca quiso quedarse —murmuro para mí mientras cargo un saco de pienso sobre el hombro.

Pero me cuesta creerlo, porque la forma en que me miraba, la manera en que se me dormía encima cuando caía rendida después

de hacer el amor o la rabia con la que lloró aquella noche después del incendio.... Nada de eso se finge. Sin embargo, firmó ese maldito papel y se fue.

Lo peor de todo es que ni siquiera tengo a quién culpar. Ni siquiera puedo odiarla del todo, porque una parte de mí piensa que lo hice mal y me cerré en banda cuando más necesitaba que le dijera que me importaba y que quería que se quedara.

A veces, cuando el sol cae, me quedo sentado en la valla del campo sur, con la cerveza caliente en la mano, mirando los caballos. No tengo a nadie con quién hablar, ni discutir si ese potro necesita otra ronda de entreno o si deberíamos dejar crecer el pasto unas semanas más. Ahora ya no está Susan para llamarme cabezón, ni para lanzarme una mirada que me desmonte por dentro.

El otro día, sin pensarlo, cogí la camioneta y conduje hasta la valla norte. El viejo olmo continúa allí, como cuando éramos críos. Me acerqué y pasé los dedos por la corteza hasta dar con la marca. S + J. Aún se ve, aunque el tiempo haya querido borrarla. Me quedé un buen rato ahí, apoyado contra el tronco, sin pensar en nada.

Regreso al establo y River me recibe con un resoplido suave. Le acaricio el cuello con la mano, hundiendo los dedos en su crin oscura. El caballo ladea la cabeza como si supiera, que hoy tampoco me apetece hablar.

—Vamos, chico —susurro al abrocharle la cincha—. A falta de buenas noticias, nos queda el polvo del camino.

Subo a lomos y salgo por la verja lateral, dejando que River trote sin prisa. El rancho se extiende a nuestro alrededor, amplio y callado. A veces pienso que, si ella pudiera verlo así, si pudiera entender que esto no es solo tierra, ni caballos, ni estructuras viejas... si pudiera sentir lo que yo siento cuando estoy aquí... Quizá entonces entendería por qué no pienso venderlo. Porque, aunque todo se me vaya al carajo, yo me quedo aquí. Porque este es mi sitio. Aunque esté roto, la mitad esté vacía y ella no vuelva.

Capítulo 34

Susan

El ruido de la ciudad vuelve a ser una jauría que me crispan los nervios. Coches, gente con prisa arriba y abajo, voces que se atropellan en las aceras… Todo es más rápido de lo que recuerdo y ahora también más ajeno. Y yo… yo ya no encajo aquí.

Camino por la acera con la chaqueta abierto, a pesar del fresco que me eriza la piel. El taxi me ha dejado a tres manzanas del restaurante, porque había demasiado tráfico y, francamente, necesito andar y moverme, mientras mi cabeza no deja de dar vueltas a lo mismo. Aunque lo que de verdad me gustaría es volver a cerrar los ojos y despertar con el sonido de las cigarras, del viento entre las ramas secas y de las patas de los caballos golpeando la tierra.

No debería estar aquí. Ni con este vestido, ni con estas botas altas que me cortan la circulación, ni con el pelo perfectamente peinado en una coleta que ya no me representa. Parezco una réplica impostada de la mujer que fui. Una que se ha puesto de nuevo el disfraz de neoyorquina elegante, pero que ya no sabe llevarlo sin tropezar.

Ryan ya está en la mesa cuando entro en el restaurante. El ambiente está lleno del murmullo de conversaciones, copas de cristal y velas que parpadean sobre las mesas. Este es el tipo de lugar, donde solíamos celebrar acuerdos, cumpleaños y también rupturas. Aquí todo huele a sofisticación… y a mentira.

—Estás preciosa —me dice Ryan incorporándose de su silla para darme un beso en la mejilla.

—Gracias —Le sonrío, aunque creo que mi sonrisa no me sale demasiado natural.

Me siento frente a él y dejo mi bolso a un lado, como si necesitara más espacio para respirar. En seguida, Ryan pide vino, uno de esos caros, con nombre impronunciable y etiqueta minimalista. Lo hace sin preguntarme, porque siempre ha sido así: toma decisiones como si el mundo fuera suyo y sin importarle lo más mínimo la opinión de los demás.

—Me alegra tanto que hayas vuelto — me dice, mirándome de una manera como si el tiempo no hubiera pasado.

—No he vuelto, Ryan, solo estoy de paso.

Se ríe con ese gesto ensayado, que antes me parecía encantador, pero que ahora me pone nerviosa.

—Vamos, Susan. No empecemos. Pensaba que habíamos quedado para celebrar tu regreso.

—¿Celebrar qué? ¿Que he dejado atrás todo lo que me importa?

Sus cejas se arquean, pero no dice nada, solo se limita a llenar nuestras copas. Brinda por algo que no escucho, solo me limito a beber. Necesito mojarme los labios y tragarme el nudo que tengo en la garganta, fingiendo que puedo con esto.

—¿Has pensado en mi oferta? —pregunta mientras juega con el borde de la copa.

Asiento despacio sin apartar la mirada de mi bebida.

—Sí, y he tomado una decisión —Lo miro a los ojos, esperando encontrar en ellos algo distinto a esa ambición disfrazada de cortesía.

—Me parece estupendo. Estoy seguro de que podemos cerrar todo en un par de días. Tengo a los abogados preparados para redactar el contrato en cuanto me des el visto bueno. —me suelta sonriendo como un tiburón.

—No —dejo mi copa sobre la mesa con más fuerza de la que pretendía.

—¿Cómo que no?

—No voy a vender, Ryan.

Su expresión cambia. Entorna los ojos y tensa el cuerpo.

—¿Estás de broma?

—Ojalá. Pero no, no lo estoy.

—Susan, escucha. Esto es lo mejor para ti. No tienes que volver a ese agujero lleno de polvo. Puedes seguir con tu vida, con tus proyectos y con todo lo que has construido aquí. No eres una chica de campo, nunca lo has sido.

—Quizá nunca he sido quien tú querías que fuera.

Se inclina sobre la mesa y baja la voz para hablarme.

—¿Esto es por él?

—Esto es por mí —Me inclino también, lo suficiente para que nuestras miradas se encuentren sin escapatoria—. Me he equivocado, Ryan. No al ir a Red Valley, sino al volver aquí. Pensé que esto me ayudaría a recuperar el control, pero lo único que he conseguido es darme cuenta de que todo esto… ya no es para mí. Nunca lo fue del todo.

Él se queda callado, pero sus dedos tamborilean con impaciencia sobre el mantel. Sé que va a explotar o aún peor: va a intentar convencerme con un chantaje emocional.

—Te vas a arrepentir. Tarde o temprano, te darás cuenta de que ese rancho es una trampa y que ese hombre no puede darte lo que mereces. Que tu sitio está aquí, conmigo.

Al escucharlo, me echo hacia atrás, cojo mi bolso y me levanto.

—Mi sitio nunca ha estado contigo, Ryan. Ni en esta ciudad, ni en tu agenda de reuniones, ni en esa cama donde siempre era yo la que tenía que encajar.

Me doy la vuelta y me alejo sin mirar atrás. Mientras avanzo con paso firme, oigo su voz llamándome, pero no le contesto. Salgo al frío de la calle como si necesitara que el viento me golpeara la cara para borrarme el sabor amargo y los nervios.

Levanto la mano para parar un taxi y, por suerte, uno se detiene sin que tenga que pelearme con nadie. Me subo y doy la dirección de mi apartamento. En cuanto el coche arranca, los ojos se me llenan de lágrimas. Aprieto la mandíbula, pero no sirve. Me tiemblan los dedos y me arde la garganta. Apoyo la cabeza en el cristal y observo cómo las luces de la ciudad se funden en líneas

borrosas. Todo pasa deprisa, como si yo fuera una espectadora de una película que ya no entiendo.

Me equivoqué. Me equivoqué al irme de allí y huir de lo único que me hacía sentir viva. Me equivoqué al no quedarme. Al no decírselo.

—Mi hogar nunca ha sido Nueva York —susurro con la garganta seca—, porque mi hogar siempre ha sido él, James.

Capítulo 35

James

Esta noche el bar huele a madera mojada y a resignación. Al entrar, el ambiente está cargado de humo, de conversaciones arrastradas y de la música de fondo que nunca cambia. Me siento en la esquina de siempre, al fondo, donde nadie me interrumpe y las miradas no llegan a alcanzarme. El taburete que he elegido está cojo, pero no me molesto en cambiarlo. Pido un whisky sin levantar la voz y espero. Es lo único que me queda: esperar a que se me pase este nudo en el pecho, o a que el alcohol me lo disuelva.

El cristal de la copa está frío. Lo agarro con fuerza, como si me sirviera de ancla. Apoyo los codos sobre la barra y clavo la mirada en una de las grietas del suelo, que lleva ahí desde siempre. La conozco como conozco los gestos de Susan. Su risa en mitad de la noche. El tono de voz que usaba cuando quería convencerme de algo. Las discusiones en la cocina con las manos en jarras y los labios temblando de rabia y deseo. Todo eso está en mi cabeza, dando vueltas como un caballo encerrado en un corral que se le queda pequeño. Maldita sea, mi mente vuelve una y otra vez a ella, por mucho que me imponga olvidarla, no hay manera de sacarla ni de mi cabeza y, mucho menos, de mi corazón.

Alguien se sienta a mi lado, pero no levanto la mirada. No hace falta.

—No sabía que ahora bebías solo —dice Maggie, con un tono en su voz, que siempre suena a reproche disfrazado de interés.

—Hoy no tengo ganas de charlar —contesto sin mirarla.

—Vaya. Entonces estás peor de lo que pensaba.

Dejo la copa sobre la barra, más vacía de lo que debería, y la miro por fin. Lleva una coleta alta y un jersey ancho. No se ha molestado en maquillarse demasiado, como si supiera que esta conversación no va de apariencias.

—¿A qué has venido, Maggie?

—A decirte que dejes de una vez de comportarte como un crío cabreado. Estás solo en este rincón todas las noches, mirando el fondo de tu copa como si te fuera a decir algo que no te atreves a admitir.

—No tienes ni idea de lo que quiero admitir —replico con más amargura de la que me hubiera gustado.

Ella se cruza de brazos y ladea la cabeza.

—Si de verdad no te importa, ¿por qué imagino que te pasas las noches mirando hacia el cielo como esperando a que vuelva?

No digo nada. No puedo, porque tiene razón. Porque cada noche, antes de acostarme, salgo al porche de la casa vieja y fijo la vista en las estrellas, como si entre ellas pudiera encontrar una respuesta, o el vuelo de un avión que me diga que ella está volviendo para quedarse, porque se ha dado cuenta de que este lugar también le pertenece.

Maggie se marcha sin decirme adiós. Me deja solo, igual que estoy desde que Susan se fue. Termino la copa y salgo a la calle con el cuerpo dolorido y la cabeza embotada. El frío me corta la piel, pero me sienta bien, porque es real y me recuerda que sigo aquí, aunque todo lo demás se tambalee.

La camioneta está aparcada justo donde la dejé. Abro la puerta y al subir noto algo en el asiento del copiloto, que me había pasado totalmente desapercibido hasta ahora. Es una tela fina, de color crema. Lo cojo entre los dedos y veo que es su pañuelo, uno que solía ponerse alrededor del cuello cuando salíamos a caballo y el viento le agitaba el pelo y me miraba como si no tuviera miedo a nada. Lo aprieto con la mano y me lo acerco a la nariz. Aún huele a lavanda y a campo y a Susan. Me lo llevo a los labios y lo beso como si fuera su piel. Como si con ese gesto pudiera volver a tocarla, a retenerla y a hacer que las cosas fueran distintas, pero no lo son.

—Deja de hacer el idiota, Miller —murmuro con la voz rota—. Susan nunca va a volver.

Capítulo 36

James

El reloj de la pared marca las once en punto cuando cruzo la puerta de la oficina del sheriff. La madera cruje bajo mis pies y el ventilador del techo gira con desgana, como si tampoco tuviera ganas de estar allí. El sheriff Rawlings levanta la vista desde su escritorio y me hace una señal con la cabeza para que me acerque. No dice nada. Nunca ha sido un hombre de muchas palabras, y no me hace falta que lo sea. Basta con la forma en que me mira para saber que está a punto de darme una noticia importante.

Me siento con los brazos cruzados frente a él y espero.

—Tenemos una declaración —dice al fin, con esa voz rota por el tabaco y los años—. Los hermanos Carter han cantado.

La rabia me sube por la garganta como una ola que amenaza con ahogarme. Aprieto los dientes.

—¡Maldita sea! —escupo, clavando los dedos en la madera del mostrador—. ¿Lo hicieron ellos?

Rawlings niega con la cabeza.

—Fueron los ejecutores, pero no los que movieron los hilos. No habrían prendido fuego sin alguien que les prometiera algo a cambio.

—¿Y quién fue el listo que se lo prometió?

—Ryan Davenport.

Me quedo quieto. No porque no me lo esperara, sino porque escucharlo de su boca me revuelve el estómago.

—Lo sabía. Joder, sabía que ese bastardo estaba tramando algo.

Rawlings asiente con gravedad.

—Les pagó por prender fuego al establo. Quería que la venta se hiciera fácil, que Susan se viera obligada a vender por necesidad y que tú no tuvieras opciones para resistirte. Un rancho quemado vale menos que la tierra yerma.

Me echo hacia atrás, como si el aire se hubiera vuelto irrespirable de golpe. Me llevo una mano a la cara y la arrastro desde la frente hasta la mandíbula, intentando mantener la cabeza fría, pero es imposible. Me arde todo por dentro.

—Ese cabrón la engatusó para meterse en su cama y en sus decisiones. Le vendió la idea de que el rancho era una carga. Quiso arrancar de cuajo lo último que nos queda de Margaret. ¡Para levantar un puto *resort* de lujo en mitad de nuestras tierras!

Rawlings me observa en silencio.

—Davenport está siendo investigado. Con la declaración de los Carter y las pruebas de los bomberos sobre el uso de acelerantes, tenemos lo suficiente para arrestarlo. Pero necesito que te mantengas al margen. Que no lo busques. ¡Te estoy hablando en serio, James!

—No voy a tocarlo —respondo, aunque los nudillos me tiemblan de ganas. Pero eso no se lo digo.

—Lo digo por tu bien. No por el suyo.

Asiento, seco. Me doy la vuelta sin despedirme y me marcho. El calor del día me golpea de frente en cuanto cruzo la puerta y camino hacia mi camioneta con la misma sensación que cuando enterramos a mi padre: que algo grande se ha roto y no hay manera de volver a pegarlo.

Me subo y me quedo unos minutos con las manos en el volante, sin arrancar el motor. Miro el espejo retrovisor y veo mi propia cara reflejada: barba de tres días, ojeras profundas y una mirada que ya no se parece a la que tenía hace un mes. Antes me ilusionaba reconstruir Red Valley con Susan, ahora solo queda una parte de esa frase, porque ella ya no está.

No obstante, a pesar de todo, no pienso dejar que Ryan se salga con la suya, porque no le voy a vender mi terreno. No voy a permitir que ese capullo convierta estas tierras en una postal para turistas con sandalias y sombreros de paja. Este rancho lleva sangre

en su tierra, sudor en cada viga y memoria en cada rincón, aunque esté chamuscado y todo huela a ceniza.

Lo levantaré de nuevo. Aunque tenga que hacerlo piedra a piedra e hipotecar mi alma para conseguirlo.

Arranco el motor de mi camioneta y conduzco sin rumbo fijo, dejando que el paisaje de Deep Valley me hable, como si el polvo de los caminos supiera más que yo. Paso por delante del antiguo campo de rodeo, por el camino que lleva al arroyo, donde me enseñaron a montar por primera vez, y todo parece igual, pero no lo es.

Paso por The Howl y veo el bar abierto, aunque huele a cerveza caliente y a resignación, la misma que sentí anoche. Pero ahora no, ahora tengo que pensar con la cabeza fría y sobria.

Llego al rancho con el sol mordiéndome la nuca. Bajo de la camioneta y contemplo los restos del establo, cubiertos por una lona a medio caer. El olor a humo ya no se percibe, pero el recuerdo sigue tan vivo, que parece que en cualquier momento pueda volver a oír los relinchos desesperados de los caballos.

Camino entre los tablones chamuscados, pateo un trozo de viga y dejo que el polvo se mezcle con el sudor de mis manos. Aquí fue donde casi muero y donde Susan me gritó que saliera muerta de miedo y todo por culpa de esa maldita de rata inmunda de Ryan.

Susan confió en ese cerdo. Se dejó llevar por su sonrisa de ejecutivo y sus promesas vacías. Quiso convencerla de que esto no era su sitio. Pero yo la vi, joder. Vi cómo miraba a los caballos cuando creía que nadie la observaba y cómo tocaba la madera del porche con una ternura que no encajaba con su aire de ciudad. También la vi con las mejillas sonrojadas por el sol y las botas manchadas de tierra. Ahí fue cuando vi a la verdadera Susan. La que podría haberse quedado, pero no lo hizo.

Me agacho, recojo una herradura medio derretida entre las brasas y me la guardo en el bolsillo trasero de mi vaquero, como un recordatorio no solo de lo que perdí, sino de lo que me queda por proteger.

Cuando regreso a la casa, la que compartí con Susan, abro todas las ventanas y dejo que el aire nuevo entre, se han acabado los encierros. Pongo agua a calentar, dejo la cafetera sobre el fuego

y saco una libreta vieja que guardo en la cocina, donde antes apuntaba los turnos de los vaqueros. Paso la página y empiezo a escribir un plan.

Día uno: limpiar toda la zona.

Día dos: reunir al equipo. El que quede.

Día tres: hablar con el banco.

No voy a llorar por lo que ya no está, porque voy a centrar mis fuerzas en luchar por lo que queda.

Mientras anoto ideas, siento una punzada en el pecho, pero no me detengo. Miro el reloj, ya es media tarde. Salgo al porche y me dejo caer en la silla de mimbre de Margaret. No sé si Susan volverá, ni si lo haría, aunque supiera lo de Ryan, porque quizá para ella todo esto ya sea parte de un capítulo cerrado. Pero yo sigo aquí y mientras quede una brizna de aliento en Red Valley, voy a seguir peleando. Por el rancho, por la memoria de Margaret y por todo lo que no se puede comprar con dinero.

Capítulo 37

Susan

El aire acondicionado ruge como si intentara competir con el murmullo sordo de la ciudad que nunca se detiene. Manhattan palpita al otro lado del ventanal con su habitual ritmo frenético, como si todo el mundo tuviera prisa por llegar a algún sitio que tampoco desea. Yo también debería estar corriendo hacia algún lado. De hecho, se supone que ahora mismo tendría que estar presentando el rediseño del vestíbulo de un hotel de cinco estrellas delante de una inmensa y larguísima mesa llena de ejecutivos impacientes. Pero no. Estoy sentada en una silla de plástico del aeropuerto, con las manos heladas y el corazón en la garganta.

Hace una hora estaba en la sala de juntas del estudio, vestida con mi mejor traje y con los planos del proyecto extendidos sobre la mesa. Escuchaba con un oído medio distraído cómo uno de los socios repetía por enésima vez lo de siempre: que hay que pensar en experiencias sensoriales, que el lujo está en los detalles, que el cliente busca algo exclusivo. Bla, bla, bla.

Hasta que mi cuerpo ha decidido por sí mismo, que no podía seguir fingiendo.

—Lo siento, pero tengo que irme —he dicho poniéndome de pie y sin siquiera pararme a recoger mis cosas.

Todas las cabezas se han girado hacia mí con una desconcierto y molestia. Incluso, una de las chicas del equipo me ha mirado con los ojos muy abiertos, como si pensara que me había vuelto loca. Quizá lo he hecho, sí, pero no me arrepiento de nada.

He salido de allí sin más y con la única compañía del sonido de mis tacones sobre el mármol de la oficina. Cuando por fin he salido a

la calle, he levantado la mano para parar un taxi y cuando el conductor ha bajado la ventanilla, no he dudado ni un segundo.

—Al aeropuerto. Cuanto antes, por favor.

No he mirado atrás. Ni he mandado ningún mensaje. Ni a Ryan, ni a mis compañeras, ni al cliente. Ni siquiera he apagado el portátil. Se ha quedado abierto sobre la mesa, como si todavía tuviera algo que decir. Pero yo ya no tengo nada que decir aquí.

Ahora estoy sentada junto a una pareja que discute en voz baja sobre la terminal equivocada y una azafata que bosteza mirando el móvil. El suelo de moqueta es tan gris como el cielo que amenaza tormenta sobre la pista. Huele a café recalentado y a perfume de aeropuerto.

Todo me resulta ajeno, menos la presión que siento en el pecho y que no logro que desaparezca. Miro la pantalla de mi teléfono y me digo que podría llamar y decirle que voy, pero no sé si él quiere que vuelva, así que prefiero quedarme quieta.

¿Qué sucedería si ya no quedara nada para mí en Red Valley? ¿Y si James ya ha reconstruido todo lo que quedó en ruinas, incluso a sí mismo… y ya no me necesita?

Me recoloco el mechón rebelde que me cae sobre la cara detrás de la oreja y me observo en el reflejo del cristal. Mis ojos verdes que me devuelven la mirada están cansados y ya no son los mismos con los que llegué a Nueva York hace más de diez años, cuando tenía las ideas claras y el corazón blindado. Ni tampoco tienen ya nada que ver con los de la adolescente que una vez soñó con que un beso pudiera cambiarlo todo. Pero ese beso nunca llegó y, ahora, cuando años después al fin lo tuve, fui yo la que lo dejó atrás.

Una señora que tengo sentada frente a mí lanza un profundo suspiro. Tiene un bebé dormido en brazos y una mochila destrozada a los pies. Me mira como si pudiera adivinar que estoy a punto de hacer una locura.

—¿Primer viaje o escapada? —me pregunta, con una media sonrisa.

—Ninguna de las dos —respondo—. Estoy volviendo a casa.

No sé por qué le digo eso, pero la frase me deja un sabor extraño en la boca. Como si al pronunciarla, algo dentro de mí hubiera encajado por fin.

Me levanto y camino hasta el mostrador. Mis piernas tiemblan un poco, pero mi voz suena firme cuando le hablo a la chica uniformada.

—Un billete para Colorado. Vuelo directo. Lo antes posible, por favor.

La joven teclea en su ordenador con movimientos rápidos. No me pregunta nada, ni siquiera por el equipaje. Solo me ofrece el billete impreso y una sonrisa profesional.

—Embarque en puerta 23. En veinte minutos.

Asiento, pero no me muevo. Me limito a mirar el billete como si fuera una entrada a un universo paralelo. Al que dejé colgado en la valla del rancho, con las botas llenas de barro y el corazón latiendo por un hombre al que no podía tener. Porque fui idiota y creí que todo lo que había conseguido aquí era más valioso que lo que dejaba atrás; también pensé que James me rechazaría de nuevo y que todo lo que pasó entre nosotros era solo deseo reprimido, una fantasía de verano. Pero no lo era, nunca lo fue.

Además, Ryan se aprovechó de eso para venderme una idea disfrazada de vida perfecta y yo, como una tonta, me tragué entera su mentira. Cuando lo vi reunirse con aquellos hombres, hablando de licencias y de inversores, lo entendí todo. No me quería a mí, sino a mi parte del rancho que había heredado. Mi parte de Red Valley.

James tenía razón y, joder, duele admitirlo.

Camino por el pasillo del aeropuerto sin pensar en nada más. Las pantallas anuncian vuelos con destinos distintos: París, Los Ángeles, Tokyo... Sitios donde nunca me he sentido en casa. Pero Deep Valley… Ese lugar maldito, donde todos me juzgan y nadie olvida, donde el polvo se te mete en la ropa y los caballos huelen a libertad y donde cada mirada de James me desmonta por dentro… Ese sitio es el único donde ahora quiero estar.

Paso por seguridad y me quito los zapatos con torpeza. La pulsera que llevaba mi abuela me cuelga de la muñeca. Me la regaló el día en que cumplí quince años y, aunque la dejé olvidada en un

cajón durante más de una década, la recuperé cuando volví al rancho. Ahora no me la quito ni para dormir. La aprieto entre los dedos cuando cruzo el arco detector y pienso en la última vez que vi a James. En cómo me miró cuando me marché sin decir adiós, en lo que habría pasado si me hubiera quedado y en lo que puede pasar con mi regreso.

Cuando anuncian mi vuelo, no lo dudo y camino con decisión hacia puerta de embarque, porque si hay una mínima posibilidad de que James todavía me quiera allí… voy a averiguarlo.

Sigo caminando hacia la puerta de embarque y, por primera vez, no siento que estoy huyendo. Esta vez estoy volviendo.

Capítulo 38

James

Las luces cuelgan de los postes como si alguien hubiera querido atrapar las estrellas con un puñado de cables. Las banderas ondean en las farolas, las casetas están llenas de tartas, caballos de madera y premios de peluche, y los niños corren entre los puestos con las mejillas coloradas y la risa desatada. La música del festival suena en todas las esquinas: country, rock clásico, algún grupo local desafinando en el escenario principal... todo parece como siempre. Hasta el cielo parece saber que hoy es el día grande del pueblo, porque no hay ni una sola nube sobre Deep Valley.

Todo sigue igual, menos yo.

Camino por el sendero de gravilla que bordea el recinto, con las manos en los bolsillos y la vista en el suelo. La gente me saluda al pasar. Algunos me palmean el hombro, otros no saben qué decir, así que bajan la mirada y siguen su camino. Me da igual. No he venido a socializar, ni a fingir que me divierte esta feria. He venido porque Margaret venía todos los años, porque este era su lugar, y porque este rancho y este pueblo merecen que alguien se quede de pie, aunque lo que quede dentro esté hecho trizas. Todos me miran con lástima. No necesito preguntar por qué. Saben lo del incendio, lo de Susan y que todo lo que construí se vino abajo en cuestión de semanas. Lo saben, pero nadie dice nada. En los pueblos así funciona: todos se enteran, pero nadie pregunta.

Paso junto al puesto de cerveza y noto el impulso de detenerme. De pedirme un vaso bien frío y esconderme entre la gente. Pero no lo hago. Hoy no quiero esconderme. Hoy quiero ver y sentir, aunque duela.

El escenario está rodeado de luces, banderines y bancos largos de madera. Una pareja baila al ritmo de una canción que no reconozco. Él la gira y ella ríe con esa alegría sencilla que yo ya no recuerdo cómo se siente. Me quedo allí, de pie, con el sombrero calado hasta las cejas y la mandíbula apretada observando lo que sucede a mi alrededor.

Llevo un rato mirando hacia la carretera, sin saber por qué. Me digo que es por costumbre, por aburrimiento o porque el horizonte siempre ha sido mi punto de escape. Pero lo cierto es que espero algo o a alguien, aunque no quiera reconocerlo.

Una sombra aparece al fondo. Un coche pequeño, blanco, de esos que parecen temblar con cada bache del camino. Al principio no pienso nada. Luego me doy cuenta. Es el mismo modelo que Susan alquiló cuando llegó. El mismo con el que aparcó frente al rancho, con cara de ciudad y las botas recién compradas.

Sonrío sin querer. Es automático, como un espasmo. Pero también es estúpido, porque no puede ser ella, porque Susan se fue y no ha dado señales desde entonces.

El coche se detiene junto al borde del campo de feria. La gente sigue caminando. No veo quién baja. Me esfuerzo por mantener la vista en otra parte, pero no puedo y entonces ocurre.

La multitud se aparta, como si algo la hubiera cortado en dos y mis ojos la encuentran antes que mi cabeza. Susan está ahí, frente a mí y de pie, como si nunca se hubiera ido.

Lleva unos vaqueros ceñidos y una blusa clara. El pelo recogido en una coleta, con algunos mechones cayendo sobre sus mejillas. Su melena brilla bajo las bombillas del festival, como si llevara fuego sobre los hombros. Está más delgada, pero sus ojos... siguen siendo los mismos. Verdes, vivos e inquietos.

Me quedo quieto. No me muevo. No puedo.

Ella también me mira. Se queda unos segundos inmóvil, como si no supiera si acercarse o no a mí, como si temiera haber llegado tarde. Pero da un paso. Otro. Parece que duda y que se arrepiente, pero no se marcha.

—Me equivoqué al irme —dice con la voz temblorosa. Como si confesarlo fuera lo más valiente que ha hecho nunca.

Yo no digo nada. No porque no tenga nada que decir, sino porque el nudo en la garganta me tiene atrapado. Porque si digo algo, temo que todo esto desaparezca. Así que solo la miro y, por primera vez desde que se marchó, respiro.

Capítulo 39

Susan

No hay vuelta atrás cuando una decisión te nace del pecho. La incertidumbre, el miedo y las dudas se disuelven cuando el corazón lo grita tan alto que ni siquiera el orgullo puede taparlo. Por eso estoy aquí, en medio de Deep Valley, con los pies clavados en la tierra y la garganta ardiendo de nervios, mirando a James como si todo dependiera de este instante. Porque depende, porque no tengo ni un plan ni una garantía, pero tengo la verdad latiéndome en la boca.

Sus ojos me atraviesan como el primer día, solo que ahora ya no hay desconfianza en ellos, ni rabia, ni esa frialdad con la que intentaba protegerse de mí. Solo hay una pregunta muda, una esperanza que parece demasiado frágil para nombrarla.

—Te quiero, James —susurro, sin apartar la vista de sus pupilas dilatadas—, y quiero quedarme en Red Valley contigo.

James no se mueve ni un paso, ni siquiera parpadea. Solo veo sus puños, que se cierran con fuerza a los lados del cuerpo, como si se le estuviera rompiendo algo por dentro, pero me aguanta la mirada.

—Dímelo otra vez —me dice con voz ronca, como si le costara respirar.

Doy un paso hacia él. Me tiembla todo, pero no dudo. Ya no.

—Te quiero.

Entonces sucede. James da un solo paso y me atrapa. Me agarra de la cintura y me besa como si llevara meses sin aire, como

si mis labios fueran el lugar al que siempre quiso volver. Su boca es fuego, refugio, rabia y consuelo. Me besa como si este beso no tuviera fin, como si el mundo se hubiera parado y solo quedáramos él y yo. Sus manos me rodean la espalda, me aprietan contra él y me sujetan sin dejarme escapar.

La gente del pueblo nos observa. Sé que están todos mirando. Algunos no disimulan, otros se giran con una sonrisa y los más viejos se quedan quietos, como si estuvieran viendo una escena que ya habían vivido. Nadie nos interrumpe, porque todos se han quedado callados, porque entienden que hay momentos que no se explican, solo se sienten.

James apoya la frente en la mía y sus dedos acarician mi cara como si no pudiera creérselo.

—Yo también te quiero a ti —susurra contra mis labios—. Bienvenida a casa, Collins.

Me pasa el brazo sobre los hombros y caminamos entre la gente sin mirar a nadie. Subimos a su camioneta y el trayecto hasta el rancho parece durar segundos. Cuando cruzamos la cerca, me late el corazón en medio del pecho como si me fuera a explotar.

En cuanto entramos en la casa principal, James cierra la puerta de un empujón y me empotra contra la pared del salón. El corazón me golpea las costillas. Sus ojos me sujetan con la misma fuerza que sus brazos.

—Te has ido una vez, Collins, pero no pienso dejar que te vayas otra vez.

Sonrío entre lágrimas, temblorosa por dentro y desbordada por fuera. Me lanzo a su boca con desesperación, con las manos enredadas en su camisa y la urgencia de quien ha recuperado algo que nunca debió perder. James me alza, me sostiene con las piernas a su alrededor, y en esa pared, entre respiraciones entrecortadas y promesas que no necesitan decirse, empiezo a sentir que por fin he llegado al lugar donde siempre quise estar.

Epílogo

James

Un año después

El verano se despide lento en Red Valley. Las colinas brillan con ese verde apagado que anuncia el final de la temporada, las cigarras cantan con menos entusiasmo y el calor ha dejado de ser asfixiante para volverse soportable. El cielo está limpio, con alguna nube perezosa que pasa de largo y el aire huele a hierba cortada, a madera recién barnizada y a hogar, porque eso es lo que por fin tengo. Un hogar.

Susan está sentada en la mecedora del porche, con las piernas cruzadas y el vestido de lino flotando con la brisa. Tiene una mano apoyada sobre la barriga, redonda y firme como una promesa cumplida, y los ojos cerrados. No duerme. La conozco demasiado bien. Está escuchando, respirando, sintiendo y asimilando todo esto que hemos construido juntos.

La casa está irreconocible. Susan le ha dado la vuelta como un calcetín sin perder su esencia. Ha cambiado los suelos, abierto en las paredes nuevas ventanas, traído colores claros y algodones suaves. Pero la estructura sigue en pie, como el corazón de esta tierra. Ahora nuestro salón huele a canela y a café recién hecho, la cocina está llena de vida, con cortinas nuevas y plantas en los alféizares. Hay risas, conversaciones y planes, muchos planes de futuro juntos.

Ahora ya no queda rastro del incendio, ni del humo y tampoco del dolor.

Ryan está donde debe estar. Dicen que le han caído varios años por lo que hizo, y a mí me parece justo. No me alegra, pero me alivia. El rancho ya no lleva su sombra encima, ni su ambición sucia, porque ahora el rancho es solo nuestro y lo hemos levantado entre los dos.

Me acerco al porche, con las botas llenas de tierra y las manos algo manchadas de grasa. He estado toda la tarde revisando las instalaciones nuevas del establo. El negocio va mejor de lo que habría imaginado nunca. Tenemos reservas para todo el otoño y Susan está ya organizando actividades para la temporada de invierno. Ahora también tenemos rutas a caballo, catas de vino y cenas temáticas. Ella dice que quiere que Red Valley tenga vida todo el año, no solo en verano y yo me dejo llevar, porque verla feliz es mejor que cualquier plan que pudiera hacer yo solo.

Me siento junto a ella, sin decir nada. Solo le rodeo los hombros con el brazo y dejo que el peso de su cuerpo se apoye contra el mío.

—Está inquieta —murmura, sonriendo con los ojos cerrados.

Coloco mi mano sobre su vientre y justo en ese momento, siento el movimiento. Una pequeña patada, firme, como si dijera «oye, estoy aquí».

—Es fuerte. Como su madre —le digo entre risas.

Susan abre los ojos y me mira con ternura, pero también con ese brillo que solo aparece cuando sabe que lo que está viviendo es real. Cuando no tiene que defenderse de nada.

—Nunca pensé que tendría todo esto —le digo, dejando que la vista se pierda en los campos que se extienden frente a nosotros.

—Yo tampoco —susurra.

La beso en la sien y le acaricio el vientre con la palma abierta. La bebé vuelve a moverse, como si nos escuchara. Como si supiera que la estamos esperando con el corazón repleto de amor para regalarle.

Se hace de noche sin que nos demos cuenta. Las luces del porche se encienden solas, el cielo se pinta con mil tonos oscuros y

el campo se cubre de sombras suaves. Susan se levanta despacio y yo la ayudo.

Entramos en casa sin prisa y cuando subimos al dormitorio, Susan se tumba en la cama y yo me quedo mirándola un rato. Luego bajo, cierro la puerta de entrada, reviso que todo esté bien, que las luces del establo estén apagadas, que los perros estén tranquilos y que todo esté en su sitio.

Vuelvo al porche y me siento un instante más. El aire huele a campo y a futuro. Alzo la vista al cielo y veo estrellas por todas partes. Algunas las reconozco. Otras no. Pero todas me parecen nuestras.

Susan aparece en la puerta. Lleva una manta sobre los hombros y el pelo suelto y algo revuelto. Se acerca a mí, se sienta en mi regazo sin decir nada y apoya la cabeza en mi pecho.

Bajo el cielo estrellado, nos besamos lento y profundo. Como si no existiera nada más. Como si acabáramos de entenderlo todo.

—Red Valley siempre fue mi hogar —susurra contra mi cuello —. Solo que tardé demasiado en darme cuenta.

Le aparto un mechón de la cara y la miro a los ojos.

—Ahora lo sabes.

Ella asiente, emocionada.

—Ahora sé que te quiero más que a nada en este mundo.

Sonrío, tragando saliva y apoyo la mano en su vientre otra vez.

—Y yo también a ti. A vosotras —susurro, con la voz ronca—. Para siempre.

Nota de la autora

Querida lectora,

Si has llegado hasta aquí, quiero darte las gracias de todo corazón por acompañarme en este viaje a través de las vastas praderas de Colorado y por vivir junto a Sophie y Wyatt su historia de amor en *Atrapada con mi lazo*.

Cada página de esta historia está escrita con ilusión, pensando en compartir contigo momentos llenos de emociones, pasión y escenarios que te transporten a otro lugar.

Tu opinión es muy importante para mí. Así que, por favor, si esta historia te ha hecho soñar, emocionarte o simplemente pasar un buen rato, te agradecería muchísimo que dejaras tu reseña en Amazon. No importa si es breve, porque cada una de tus palabras cuenta y marca una gran diferencia. Las reseñas no solo me ayudan a que más personas descubran mis libros, sino que también me animan a seguir creando nuevas historias como esta.

Gracias por ser parte de este viaje. Espero que volvamos a encontrarnos muy pronto, en cualquier otro lugar donde la magia de

los cowboys y el amor nos lleve.

Con cariño,

Valerie Nash

Mis otras novelas

Además de *Pasión en Wild Creek*, también he publicado *Un cowboy bajo la nieve*. Te invito a descubrir esta historia y, para que te animes a conocerla, te dejo las primeras páginas para que puedas leerlas:

Un *cowboy* bajo la nieve

Serie *Cowboys* de Colorado, 1

Prólogo

Clara

La cafetería está llena, como de costumbre a estas horas. El tintineo de las cucharillas contra las tazas se mezcla con el murmullo de conversaciones cruzadas. Un grupo de turistas se agolpa junto a la barra, señalando los pasteles tras el cristal, mientras una camarera intenta explicarles en un inglés atropellado qué es cada uno. A mi alrededor, parejas, amigos y solitarios ocupan cada mesa, algunos enfrascados en sus móviles y otros en debates apasionados.

Afuera, Madrid ya se ha vestido de Navidad, aunque el calendario diga otra cosa. Faltan casi dos meses para

Nochebuena, pero las luces adornan las calles como si mañana fuese 24 de diciembre. Desde mi rincón junto a la ventana, veo a un hombre disfrazado de Papá Noel, repartiendo folletos frente a una tienda de electrodomésticos. El sonido de los villancicos llega amortiguado hasta aquí, mezclándose con el bullicio del tráfico.

Llevo casi una hora sentada en esta mesa, con la misma taza de café enfriándose entre mis manos. Frente a mí, un sobre. No lo abro, no porque no sepa lo que contiene, sino porque el peso de las decisiones pendientes que contiene me oprime el pecho.

El sobre no tiene nada especial. Es de esos blancos con bordes azulados que usan las gestorías y los despachos de abogados. Sin embargo, su contenido es cualquier cosa menos rutinario. Cuando lo recibí hace una semana, pensé que era un error. Pero el nombre en la carta no dejaba lugar a dudas: Clara Montoro. Yo.

Una herencia. Un rancho en Colorado.

Mis labios se curvan en una sonrisa irónica. Si esto fuese una película, ahora sería el momento en que el protagonista se lanza a la aventura y descubre que la vida tiene giros inesperados que la llevan a la felicidad. Pero no estamos en una película, y lo

único que siento es una mezcla de incredulidad y algo que no puedo definir, porque no tengo ni idea de lo que es.

Mis dedos rozan el sobre mientras mis pensamientos vagan. Mi abuelo materno, un hombre al que apenas conocí, decidió dejarme su rancho al otro lado del Atlántico. Silver Pines, lo llaman. Un nombre bonito, aunque vete tú a saber lo que significa en realidad. Para mí, ese hombre siempre fue una sombra, alguien que abandonó a mi abuela y a mi madre cuando más lo necesitaban.

Mi madre nunca quiso hablar de él. Cuando le preguntaba, se limitaba a sacudir la cabeza y cambiar de tema. «No vale la pena remover el pasado», solía decir, pero la tensión en su voz siempre la traicionaba. Mi abuela era menos discreta. «Era un egoísta», decía con amargura, «un hombre que puso sus sueños por encima de su familia».

Cierro los ojos y respiro hondo. El problema es que ahora ese *egoísta* me ha dejado su rancho. Una propiedad en medio de Colorado, un lugar que apenas puedo situar en el mapa, y que ahora está a mi nombre.

El café ya está frío, pero le doy un sorbo de todas formas. Necesito algo que me despierte, aunque sea el sabor

amargo de este espresso olvidado. Miro de nuevo por la ventana. La Navidad temprana inunda las calles con un brillo que parece forzado. Madrid nunca se detiene, siempre está en movimiento, siempre avanzando, y yo me siento estancada.

Hace meses que mi negocio de decoración de interiores quedó reducido a cenizas. Todo empezó como un sueño: mi pequeño estudio, mis clientes fieles, proyectos que llenaban mis días y mi cuenta bancaria. Pero entonces llegó ese cliente, uno que prometía ser mi gran oportunidad. Invertí tiempo, dinero y energía en su proyecto, solo para descubrir, demasiado tarde, que había desaparecido dejándome con una factura de miles de euros por pagar.

El fracaso dejó una marca en mí. Desde entonces, he estado sobreviviendo a base de trabajos pequeños y un orgullo maltrecho. Y como si eso no fuese suficiente, mi vida sentimental decidió añadir un toque extra de dramatismo al guion.

La imagen de Jaime besando a su secretaria en el despacho se graba en mi mente con una nitidez que preferiría no tener. No fue solo el acto en sí, sino la humillación, la traición que convirtió a mi relación en un cliché de novela barata.

«Perdóname, Clara. Fue un error». Esa fue su defensa. Un error. Como si todo se pudiera resumir en una palabra tan vacía. Sacudo la cabeza, apartando ese recuerdo. No merece más espacio en mi día. Lo que importa ahora está frente a mí, en este sobre. Aunque también podría quedarme en Madrid y aceptar la oferta de trabajo de un antiguo cliente que insiste en que mi talento no debe desperdiciarse. Lo mejor es que es una opción segura, una que me mantendría en esta ciudad que amo y odio al mismo tiempo. Pero entonces, cada esquina, cada café y cada rincón seguirían recordándome lo que perdí.

Miro el sobre una vez más y suelto un suspiro. La idea de Colorado, de ese rancho desconocido, me intriga tanto como me aterra. ¿Qué sé yo de ranchos? Nada. Absolutamente nada. Pero quizás eso sea lo que necesito: un cambio radical, algo que me saque de esta monotonía gris que me envuelve desde hace meses.

Mis dedos teclean en mi móvil antes de que pueda detenerme. «Vuelos a Denver desde Madrid». La búsqueda arroja resultados al instante. Uno de ellos, sale mañana. No es caro… No me lo pienso demasiado y lo reservo.

El ruido de la cafetería parece desvanecerse por un instante. Afuera, las luces navideñas brillan con una intensidad

que ahora parece menos artificial. Hay algo en este impulso que me da una sensación de vértigo, pero también de alivio.

Recojo mis cosas y salgo al frío de la tarde. Madrid sigue latiendo a mi alrededor: los coches, las voces, las luces y ese Papa Noel de disfraz maltrecho. Camino sin un rumbo claro, dejando que el aire frío despeje mi mente.

De vuelta en casa, abro la maleta y empiezo a meter cosas. Ropa cómoda, un par de libros, mi portátil. No sé cuánto tiempo estaré fuera, pero tampoco quiero pensar demasiado en ello.

Antes de acostarme, abro el correo y repaso los documentos que me enviaron los abogados. La carta de mi abuelo está ahí, breve y directa. No hay disculpas, ni explicaciones, solo un traspaso de responsabilidades. Por alguna razón, esa frialdad me duele más de lo que esperaba, pero prefiero no darle vueltas. Así que compruebo que he puesto el despertador y silencio mi teléfono antes de ponerlo boca abajo sobre la mesita de noche.

Por la mañana, el aeropuerto bulle con una energía que no consigo compartir. Las colas interminables en los mostradores de facturación, los anuncios constantes por megafonía y el ir y venir de

pasajeros con maletas parecen formar parte de un caos organizado. Miro a mi alrededor mientras me acerco al control de seguridad, intentando encontrar algún sentido a todo este movimiento frenético. Hay familias discutiendo sobre qué puerta es la correcta, parejas abrazándose con promesas susurradas al oído, y viajeros solitarios con auriculares puestos, aislados en su propio mundo.

La fila para pasar el control es larga. Mientras avanzo a paso lento, abro mi bolso y me doy cuenta de que mis dedos encuentran el sobre antes que cualquier otra cosa. Lo saco casi sin pensar, sosteniéndolo entre mis manos como si fuese algo más que un simple conjunto de papeles. La textura áspera del papel contra mi piel es un recordatorio constante de lo que estoy a punto de hacer.

¿Por qué no puedo dejarlo en la maleta? Lo miro y me sorprende la forma en que parece haberse convertido en un ancla y, al mismo tiempo, en un símbolo de todo lo desconocido que me espera. Paso los dedos por el borde cerrado, casi como si acariciarlo pudiera darme respuestas a las preguntas que me niego a formular.

Superado el control, camino hacia la puerta de embarque con paso lento. El ambiente no cambia. Más voces, más

movimiento y más anuncios de vuelos que salen con retraso. Me detengo frente a una pequeña cafetería, pero descarto la idea de pedir algo. El nudo que siento en mi estómago hace imposible que piense en comida.

Finalmente, me siento en una de las incómodas sillas de plástico de la sala de espera. Frente a mí, una familia con dos niños pequeños intenta mantenerlos entretenidos. Ellos juegan con coches de juguete mientras los padres comparten una mirada exasperada. Me pregunto si ese tipo de rutina frenética es lo que me espera si decido quedarme en Madrid y aceptar la oferta de trabajo. Un día tras otro lleno de obligaciones previsibles, donde cada decisión ya está tomada antes incluso de que llegue el momento.

Miro el panel que anuncia mi vuelo y siento un cosquilleo de ansiedad cuando veo que faltan apenas treinta minutos para el embarque. Mi mano derecha sigue sosteniendo el sobre, y me doy cuenta de que lo he apretado tanto que las esquinas se han marcado en mis dedos.

Un aviso por megafonía anuncia que podemos embarcar, y mi cuerpo responde antes de que mi mente lo procese del todo. Me levanto, me ajusto el bolso al hombro y me dirijo hacia

la fila que empieza a formarse. El sobre, ahora arrugado, permanece firme en mi mano, como si deshacerme de él no fuera una opción.

Dentro del avión, busco mi asiento junto a la ventanilla y coloco el bolso debajo del asiento delantero. El sobre sigue conmigo, como si temiera que, de dejarlo fuera de mi alcance, toda esta decisión se desmoronase. Me acomodo en la estrecha butaca y cierro el cinturón alrededor de mi cuerpo con un clic que parece más definitivo de lo que debería.

Cuando el avión comienza a moverse por la pista, miro por la pequeña ventanilla. Madrid, mi hogar desde siempre, se extiende bajo un cielo gris. Las luces navideñas que tanto esfuerzo había puesto en ignorar ahora parecen difusas, como si el avión ya estuviera borrando mi conexión con ellas.

El rugido de los motores llena el espacio, y mi estómago se retuerce al sentir el empuje del despegue. A medida que el avión se eleva, la ciudad empieza a desaparecer, sustituida por un manto de nubes blancas que se extienden hasta donde alcanza la vista.

Apoyo la cabeza contra el cristal frío y dejo que un suspiro escape de mis labios. Por primera vez en días, el constante murmullo de dudas en mi cabeza parece acallarse. La sensación de

vértigo sigue ahí, pero también hay algo más: una calma inesperada, como si al abandonar el suelo hubiese soltado parte del peso que me arrastraba hacia abajo.

No miro hacia adelante con claridad, pero tampoco siento la necesidad de hacerlo. El futuro sigue siendo incierto, un terreno que no puedo controlar ni prever. Y, sin embargo, aquí estoy, volando hacia lo desconocido, con un sobre en la mano y una mezcla de miedo y esperanza que no consigo definir.

Cierro los ojos mientras las palabras de mi abuelo, esas que he leído tantas veces en su carta, regresan a mi mente: «Silver Pines es tuyo ahora, Clara. Haz con él lo que creas mejor». No sé lo que eso significa aún, pero por primera vez en mucho tiempo, siento que quiero descubrirlo.

Capítulo 1

Clara

El avión toca tierra con un leve temblor que sacude mi estómago, aunque no estoy segura de si es por el aterrizaje o por los nervios que llevo acumulando desde que salí de Madrid. A través de la pequeña ventanilla, Denver aparece cubierta por una capa de nieve que parece no tener fin. Blancura inmaculada, árboles

desnudos y un cielo gris que presiona el horizonte como una losa de cemento.

El frío me da la bienvenida nada más cruzar las puertas del aeropuerto. Es un aire seco que corta la piel y parece atravesar incluso el abrigo más grueso. Cargo con mi maleta hasta el mostrador de alquiler de coches, intentando recordar si alguna vez había sentido un frío tan intenso. La respuesta es no.

—¿Primera vez en Denver? —me pregunta la mujer que atiende el mostrador.

Asiento con una sonrisa educada mientras le paso mi carné de conducir, esperando que lo acepte. No tengo ganas de charla, no después de diez horas de vuelo y un cruce de miradas hostiles con el oficial de aduanas que parecía convencido de que iba a traficar con algo.

—Va a conducir hasta Snowridge —dice más como una afirmación que como una pregunta mientras teclea algo en el ordenador—. Tenga cuidado con las carreteras. Dicen que habrá tormenta de nieve esta noche.

«Genial», pienso mientras guardo las llaves del coche en el bolso. No sabía que llegar hasta Silver Pines implicaba

aventurarse en medio de una tormenta de nieve. Pero ya estoy aquí, y volver atrás no es una opción.

La carretera parece interminable, un camino que serpentea entre montañas cubiertas de nieve y bosques que se extienden hasta donde alcanza la vista. El paisaje tiene algo de hipnótico, casi surrealista, como si hubiese sido creado por un artista con predilección por el blanco y el gris. Aunque intento concentrarme en la carretera, mi mente divaga constantemente hacia lo que me espera al final del trayecto.

Cuando el GPS anuncia que he llegado, lo primero que noto es el silencio. No hay coches, ni voces, ni siquiera el murmullo de ramas agitadas por el viento. Solo el crujido de mis botas al pisar la nieve mientras me acerco a la casa principal.

La tormenta ya ha empezado, aunque de momento solo son ráfagas de viento que levantan pequeños torbellinos de nieve alrededor de los árboles. La casa está ahí, frente a mí, como un gigante dormido cubierto por un manto de polvo y abandono. Es hermosa, no puedo negarlo. Con sus vigas de madera oscura y su porche amplio, parece sacada de un catálogo navideño. Pero el descuido es evidente: la pintura está desconchada, el porche

cruje bajo mis pies y las ventanas parecen haber perdido su brillo hace décadas.

—Desde luego, tú y yo no tenemos nada en común —murmuro mientras observo la casa con ojos de decoradora. Mi abuelo, al parecer, no compartía mi obsesión por los detalles.

Con un suspiro, me acerco al porche y trato de abrir la puerta principal. El pomo está helado, tanto que me duele al tocarlo con los dedos desnudos. Intento girarlo, pero está atascado. Lo intento de nuevo, esta vez con más fuerza, pero no hay manera. Frustrada, miro a mi alrededor buscando algo con lo que romper la capa de hielo que parece sellar la cerradura.

Finalmente, después de lo que parecen siglos, consigo abrir la puerta con un empujón que me hace perder el equilibrio. Entro tambaleándome en un espacio oscuro y helado, y lo primero que noto es el olor: una mezcla de polvo, madera vieja y abandono.

—Genial, Clara. Bienvenida a Silver Pines.

Dejo mi maleta junto a la puerta y busco algo para iluminar la estancia. Encuentro una lámpara de queroseno sobre una mesa, y después de varios intentos logro encenderla. La luz es

tenue, apenas suficiente para revelar un salón amplio con muebles cubiertos por sábanas y un suelo de madera que cruje bajo mis pies.

No tengo tiempo de explorar más. Un golpe fuerte en la puerta me hace dar un salto y casi dejar caer la lámpara. El sonido se repite, esta vez más insistente, y mi corazón empieza a latir con fuerza. ¿Quién puede ser? ¿Un vecino? ¿Alguien perdido? O quizás... alguien con intenciones menos amables. Respiro hondo, intentando calmarme, y camino hacia la puerta con pasos vacilantes. La abro con cautela, esperando encontrarme con una cara amable. Lo que veo en su lugar es un hombre. Un hombre alto, con botas cubiertas de nieve, un sombrero de vaquero inclinado sobre el rostro y una expresión que podría congelar incluso la tormenta que ruge afuera.

—¿Tú quién eres? —pregunta sin preámbulos. Su voz es grave y con un deje que delata su origen local.

—Yo... Soy Clara Montoro. La nueva dueña de Silver Pines —respondo, intentando sonar más segura de lo que me siento.

El hombre me observa de arriba abajo, como si estuviese evaluando si soy real o algún tipo de broma. Finalmente,

entra sin esperar a que le invite, dejando un rastro de nieve en el suelo tras él.

—Luke Callahan. Encargado del rancho —dice, cerrando la puerta de un portazo que resuena en toda la casa.

—Ah, claro. Encantada.

Mi intento de ser cordial no parece impresionar a Luke, que se quita el sombrero y lo sacude antes de mirarme con los ojos entrecerrados.

—Así que eres la nieta del viejo Henry. —No lo dice como una pregunta, sino más bien como una acusación.

—Sí, eso parece.

—No pareces el tipo de persona que sabe manejar un rancho.

Su comentario me pilla desprevenida, pero en lugar de enfadarme, me cruzo de brazos y lo miro directamente a los ojos.

—Y tú no pareces del tipo de persona que sabe tratar con gente.

Por un instante, parece sorprendido por mi respuesta, pero esa sorpresa se desvanece rápidamente, reemplazada por una media sonrisa que no logro descifrar.

—Bueno, al menos sabes hablar inglés. Pensé que tendría que explicarte todo con dibujitos.

Sus palabras me irritan, pero decido no darle el gusto de mostrarlo.

—Qué considerado por tu parte.

Luke da un paso hacia mí, y de repente la sala parece mucho más pequeña. Su presencia es imponente, casi intimidante, pero hay algo en su mirada que me intriga tanto como me molesta.

—No durarás aquí más de dos días.

Su declaración, tan directa como todo lo demás que ha dicho, me enciende.

—¿Eso crees?

—Lo sé.

Y con eso, se pone el sombrero de nuevo y se dirige a la puerta. No me da tiempo a responder antes de que desaparezca en la tormenta, dejando tras de sí un silencio que parece aún más pesado que antes.

Me quedo en el salón, temblando de frío y de furia.

—Pues ya veremos, Luke Callahan. Ya veremos.

Capítulo 2

Luke

El viento ruge alrededor del granero con una furia que parece desafiar todo a su paso. Su aullido se cuela entre las grietas de la madera y choca con las puertas como si intentara derribarlas. Afuera, la nieve cae con una intensidad abrumadora, convirtiendo el paisaje en una extensión infinita de blanco que borra cualquier rastro de color o vida. Cada copo se une al siguiente, cubriendo todo con una capa gruesa que pesa sobre los árboles, los tejados y hasta sobre los viejos cercados que delimitan las praderas. Es un espectáculo tan bello como hostil, una muestra de lo que este lugar puede ofrecer: grandeza y crudeza en partes iguales.

Dentro, el contraste es palpable. Aunque el aire sigue siendo frío, el aliento cálido de los caballos crea una atmósfera más llevadera. El olor a heno seco y a madera vieja llena el espacio, envolviéndome en una sensación de familiaridad que no encuentro en ningún otro lugar. Este granero no es solo un refugio para los animales, es también un recordatorio constante de lo que significa trabajar para mantener algo vivo, algo que tiene raíces más profundas que las de cualquier árbol que rodee Silver Pines.

Mientras ajusto una manta sobre el lomo de uno de los caballos, mis manos se mueven casi por instinto, revisando cada detalle como he hecho miles de veces. Es un trabajo que nunca acaba, pero no lo cambiaría por nada. Cada hebilla que cierro y cada cerrojo que refuerzo me recuerda que este lugar es más que un simple rancho. Es mi hogar. No es perfecto, ni mucho menos. Las paredes tienen cicatrices de tormentas pasadas, los establos necesitan reparaciones constantes y siempre hay algo que hacer, pero cada imperfección lleva la huella de mi padre y de cada sacrificio que hizo para mantener Silver Pines en pie.

Todo aquí tiene un significado. El crujido de las tablas bajo mis botas, el sonido rítmico de los caballos al mover sus patas sobre el suelo cubierto de paja e incluso las corrientes de aire, que se cuelan por las rendijas, son parte de algo más grande, algo que llevo en las venas. Este rancho no es solo tierra o madera, es la suma de recuerdos, trabajo duro y las horas interminables que he invertido en él desde que me dejó a cargo. Aquí no hay nada que no haya ganado con esfuerzo, y por eso todo me pertenece de una forma que nadie podría entender.

No me gusta el cambio. Nunca me ha gustado. Cambiar significa arriesgarse, abrir la puerta a lo desconocido, y en mi experiencia, lo desconocido siempre acaba siendo un desastre. Es por eso que, cuando esa mujer apareció en la puerta esta tarde, mi primera reacción fue querer largarme. Clara Montoro, la nieta del viejo Henry, una completa extraña que ahora se supone que manda aquí.

Ajusto el cierre de una de las puertas del establo, que el viento no para de sacudir, y maldigo en voz baja. Henry nunca fue un santo, pero al menos entendía lo que significaba Silver Pines. Sabía lo que costaba mantenerlo. Y ahora, se lo deja a una mujer que parece más preparada para posar en una revista, que para limpiar estiércol o soportar un invierno aquí.

No puedo quitarme de la cabeza la imagen de ella en el salón. Es menuda, aunque camina como si fuese más alta, con un aire de ciudad que se ve a la legua. Todo en ella grita que no pertenece a este lugar: su ropa impecable, su piel pálida y, sobre todo, esa forma de mirarme, como si ya me hubiera catalogado.

«Soy Clara Montoro. La nueva dueña de Silver Pines». Sus palabras aún resuenan en mi cabeza, tan seguras como si ella tuviera alguna idea de lo que significa ser dueña de este sitio.

—¿Qué sabrás tú de Silver Pines? —murmuro mientras reviso la cerradura de uno de los corrales.

Desde la ventana del granero, puedo ver la casa principal, una sombra oscura entre la nieve. Las luces de dentro apenas iluminan los alrededores, pero algo me llama la atención: la figura de Clara, luchando con la puerta del porche que el viento parece decidido a arrancar de sus goznes.

No puedo evitar observarla durante unos segundos. Lleva una chaqueta que claramente no está hecha para este tipo de clima y sus movimientos son torpes, como si no supiera por dónde empezar. Me cruzo de brazos y la miro desde la distancia, dejando que una sonrisa amarga se asome a mis labios.

—Mira tú qué sorpresa —murmuro—. La niña de ciudad no sabe cerrar una puerta.

Sin embargo, hay algo en su expresión que me detiene. A pesar de su torpeza, sigue intentando cerrar la puerta, luchando contra el viento que casi la tira al suelo. Se agacha, tira, empuja, y aunque cada movimiento parece más inútil que el anterior, no se rinde.

Resoplo y aparto la mirada, volviendo a centrarme en mi trabajo. Es inútil pensar en eso. Por mucho que pueda admirar

su... empeño, eso no cambia el hecho de que ella es un peligro para este lugar.

He visto lo que pasa cuando alguien que no entiende Silver Pines intenta meter mano en él. Una decisión equivocada, una venta apresurada, y este rancho podría terminar siendo un complejo turístico o una urbanización de lujo. Todo por un puñado de dólares que probablemente ni necesite.

Los caballos relinchan suavemente, inquietos por la tormenta. Camino entre ellos, dándoles unas palmadas en los flancos y revisando que tengan suficiente agua y comida. Maverick, el viejo caballo que fue de mi padre, levanta la cabeza y me mira con esos ojos tranquilos que siempre parecen saber más de lo que debería saber un animal.

—No te preocupes, chico. Aquí no cambiará nada. No lo permitiré.

Sin embargo, la imagen de Clara vuelve a mi mente sin quererlo. Recuerdo cómo me ha respondido antes, con esa mirada desafiante y no me invade una sensación de respeto mezclada con irritación. ¿Cómo una mujer que parece tan fuera de lugar puede tener ese carácter?

Me acerco a la ventana del granero otra vez, más por impulso que por curiosidad, y la veo sentarse en los escalones del porche después de finalmente lograr cerrar la puerta. Su cabello está despeinado por el viento, y parece estar hablando consigo misma mientras frota sus manos contra sus piernas, intentando entrar en calor.

Una parte de mí quiere ignorarla, seguir con lo mío y dejar que descubra por su cuenta lo duro que es este lugar. Pero otra parte, una que no quiero admitir que existe, siente un leve tirón de algo que podría ser simpatía.

—Tiene agallas, eso no se puede negar.

Maverick resopla detrás de mí, como si estuviera comentando lo que acabo de murmurar y suelto un suspiro. No significa nada. Tener agallas no es suficiente para sobrevivir aquí y mucho menos para dirigir un rancho como Silver Pines.

Recojo mis herramientas y me aseguro de que todo está en su lugar antes de cerrar el granero. Afuera, el viento corta como una navaja y el frío se mete por el cuello de mi chaqueta. Mientras camino de vuelta a la casa principal, siento el peso de todo lo que podría salir mal con esta mujer aquí.

Antes de entrar, echo un último vistazo a las montañas que rodean el rancho. A pesar de la tormenta, hay una belleza en ellas que nunca deja de impresionarme. Este lugar es más que un pedazo de tierra; es mi vida, mi refugio y no pienso dejar que nadie lo arruine.

Subo los escalones del porche y me detengo al ver la luz de la sala principal encendida. Clara sigue ahí, probablemente pensando que ha ganado la primera batalla. Pero esto no es una batalla, es una guerra, y yo pienso ganar. Mientras abro la puerta y el calor de la casa me envuelve, una única certeza cruza mi mente: puede que Clara Montoro tenga más agallas de las que aparenta, pero eso no significa que vaya a quedarse.

Capítulo 3

Clara

Al despertar, parece que el mundo entero ha decidido transformarse. Donde anoche había un vendaval furioso que hacía vibrar las ventanas y el rugido del viento llenaba cada rincón de la casa, ahora solo hay un silencio absoluto. Me acerco a la ventana del dormitorio, donde los cristales están empañados por el contraste entre el calor de la casa y el frío que reina fuera. Limpio un pequeño círculo con la

palma de la mano y descubro un paisaje que parece sacado de una postal invernal: todo está cubierto por un manto blanco que brilla con una pureza casi irreal. La nieve ha borrado cualquier rastro de huellas o de vida y ha creado una extensión inmaculada que se pierde en el horizonte.

Decido salir al porche y sentir el aire fresco en mi rostro, aunque sé que es una decisión poco sensata con el abrigo tan ligero que llevo. En cuanto abro la puerta, un frío seco y cortante me recibe, obligándome a ajustar el cuello del abrigo alrededor de mi garganta. Respiro hondo y el aire helado se cuela en mis pulmones, dejándome una sensación punzante, como si miles de agujas invisibles se clavaran en mi pecho.

La tormenta se ha llevado consigo no solo el ruido, sino también cualquier indicio de caos. Todo parece suspendido, inmóvil, como si el tiempo hubiera decidido detenerse para contemplar la belleza de este instante. Los árboles que rodean la casa están cubiertos de nieve, sus ramas desnudas sostienen pequeños montículos blancos que parecen demasiado frágiles para permanecer allí. Los cercados del rancho, que anoche parecían tambalearse bajo el embate del viento, ahora están firmes y

decorados con una capa de nieve que se acumula sobre la madera desgastada.

Me detengo en el borde del porche, con las manos metidas en los bolsillos, y dejo que mis ojos se pierdan en las montañas que se alzan a lo lejos. Su imponente silueta se dibuja contra un cielo claro pero opaco, un gris uniforme que refleja la blancura del paisaje. El viento de la noche anterior, que parecía querer arrancar la casa de sus cimientos, ahora solo es un susurro lejano, como un recuerdo que se desvanece.

A pesar del frío que se filtra a través de mi ropa, me quedo unos minutos más, absorbiendo cada detalle de esta escena. Hay algo profundamente tranquilizador en este silencio, en este instante donde todo parece estar en equilibrio. Pero también hay algo inquietante, como si la nieve hubiese enterrado no solo el caos, sino también cualquier rastro de vida.

Luke aparece desde el granero, caminando con pasos firmes que dejan huellas profundas en la nieve. Su chaqueta de cuero parece diseñada para resistir cualquier inclemencia, y su sombrero proyecta una sombra que oculta parte de su expresión. Lleva una cuerda en la mano, y detrás de él camina un caballo marrón, enorme y robusto, con la melena despeinada por el viento.

—Espero que estés lista —dice sin preámbulos, deteniéndose frente a mí.

—¿Lista para qué? —pregunto, aunque ya sospecho la respuesta.

Luke alza una ceja y hace un gesto hacia el caballo.

—Silver Pines no se gestiona desde un despacho ni con papeles. Vas a aprender a montar.

Intento no mostrar mi sorpresa. No esperaba que empezara tan pronto con esta especie de *entrenamiento de supervivencia*, pero tampoco voy a darle la satisfacción de parecer que su propuesta me ha intimidado.

—De acuerdo. ¿Qué tengo que hacer?

Luke me observa de arriba abajo, deteniéndose en mis botas, claramente inapropiadas para el terreno, y en mi abrigo, más elegante que funcional. Niega con la cabeza.

—Primero, intentar no caerte.

El sarcasmo en su voz me irrita, pero no le respondo. En su lugar, me acerco al caballo, intentando recordar alguna de las pocas veces que he visto montar a alguien. Extiendo una mano hacia el animal, que gira su enorme cabeza para mirarme. Sus ojos oscuros me observan con una mezcla de curiosidad y paciencia, y de repente me siento como una niña pequeña

intentando impresionar a un adulto que sabe que no va a conseguirlo.

—Se llama Rusty —dice Luke, colocándose a mi lado—. No muerde, pero tampoco le gustan los movimientos bruscos.

Rusty mueve una oreja en mi dirección, y aprovecho para acariciarle el hocico. Su piel es áspera y cálida bajo mis dedos, y eso me da un poco de confianza.

—Bien, ahora pon un pie en el estribo y súbete. Yo sostendré las riendas.

Respiro hondo y hago lo que me dice, aunque no es tan fácil como parece. La silla de montar está más alta de lo que imaginaba, y mis intentos de impulsarme son torpes y poco elegantes. Luke no dice nada, pero siento su mirada fija en mí, cargada de ese juicio silencioso que empieza a ser habitual.

—Vamos, no tenemos todo el día —gruñe al cabo de un rato.

Frustrada, hago un esfuerzo mayor y, con algo de suerte, consigo subir. El mundo desde aquí arriba parece diferente, más inestable. Rusty se mueve ligeramente, y yo me agarro con fuerza a las riendas, como si mi vida dependiera de ello.

—No tires tan fuerte —dice Luke, poniéndose delante de mí—. No es un coche, no necesitas controlar cada movimiento. Relájate.

—¿Relajarme? —respondo, sin poder evitar la ironía—. Estoy a punto de caerme, y tú me dices que me relaje.

Luke suspira y da un paso atrás, cruzándose de brazos.

—Si te caes, te levantas. Así es como se aprende.

La indiferencia en su tono me enfurece, pero no respondo. Intento seguir sus instrucciones mientras Rusty da sus primeros pasos. El movimiento del animal es más fluido de lo que esperaba, aunque sigue siendo extraño. Mis piernas parecen no encontrar la posición adecuada, y siento que me tambaleo con cada paso del caballo.

—Endereza la espalda —ordena Luke desde el suelo, caminando junto a nosotros—. Si sigues encorvada, Rusty pensará que no sabes lo que haces.

—No sé lo que hago —murmuro, pero enderezo la espalda de todos modos.

Los minutos pasan y, aunque sigo sintiéndome como una marioneta mal manejada, empiezo a entender el ritmo del

movimiento del animal. Luke me da indicaciones con su voz firme, corrigiendo cada pequeño error con una paciencia que no sabía que tenía.

—Muy bien, ahora tira ligeramente de las riendas para que se detenga.

Obedezco y, para mi sorpresa, Rusty se detiene. Me giro hacia Luke con una pequeña sonrisa de triunfo, pero él solo asiente.

—No está mal para ser tu primer día.

Antes de que pueda responder, Rusty se mueve de nuevo, esta vez sin previo aviso. Intento sujetarme, pero pierdo el equilibrio y, en un segundo, estoy en el suelo. La nieve amortigua la caída, pero el golpe es suficiente para dejarme sin aliento.

—¿Estás bien? —Luke se acerca rápidamente con una expresión en su cara más seria de lo habitual.

—Sí, creo que sí —respondo, aunque me siento más humillada que otra cosa.

Luke me ofrece una mano y, aunque mi orgullo me dice que no la acepte, la tomo. Su agarre es firme y cuando me levanta, nuestros ojos se encuentran por un breve instante. Hay algo

en su mirada que no consigo identificar, quizás una mezcla de irritación y... ¿preocupación?

—Te lo dije —dice finalmente, rompiendo el momento—. Te levantas y vuelves a intentarlo.

—Eso haré —le respondo tratando de no mostrar el más mínimo fastidio.

Rusty me mira desde su posición, como si estuviera evaluando si merezco una segunda oportunidad. Decidida a no rendirme, me acerco de nuevo al caballo y, esta vez, subo con menos torpeza. La lección continúa y, aunque me caigo una vez más, consigo terminar montando sin perder el equilibrio. Al final, cuando Luke me ayuda a desmontar, hay una ligera curva en sus labios, casi una sonrisa.

—No lo has hecho tan mal —dice, y su voz tiene un tono más suave que antes.

—¿Eso es un cumplido? —pregunto, arqueando una ceja.

—No te emociones.

Mientras camino de vuelta a la casa, siento su mirada en mi espalda. Es una sensación extraña, pero en lugar de incomodarme, me da fuerzas. Puede que Luke Callahan piense que

no soy capaz, pero voy a demostrarle que se equivoca. Silver Pines puede que no sea mi hogar todavía, pero pienso ganarme el derecho a llamarlo así.

Puedes seguir leyendo aquí.